FRAY MOCHO



"MOTIVO MARPLATENSE"

N.° 708

17-11-1925.



UNA DE ESTAS LIBRETAS

REPRESENTA UN SEGURO PARA EL PORVENIR
Y DEBE SER LA ASPIRACIÓN DE TODO ARGENTINO

¡Estos fosforos!



DE CALIDAD INSUPERABLE, RESISTENTES A LA HUMEDAD, DE ENCENDIDO INFALIBLE,



FABRICADOS CON MATERIAS PRIMAS NACIONALES
BRINDAN A QUIENES LOS PREFIEREN

BONOS DE AHORRO DE 5-10-50 y 100 $

EN EL MES DE OCTUBRE ÚLTIMO

$20.015 HAN SIDO ACREDITADOS EN LIBRETAS DE AHORRO A
2.908 CONSUMIDORES DEPOSITANTES DE BONOS POR LA CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL SEGÚN EL SIGUIENTE CERTIFICADO:

C E R T I F I C A D O

CAJA NACIONAL DE AHORRO POSTAL
DIRECCION TELEGRAFICA "AHORROPOST" BUENOS AIRES

Certifícase que desde el 15 de diciembre de 1924 hasta la fecha, los bonos de ahorro de la "Compañía General de Fósforos", presentados a esta Caja para acreditar en libretas de ahorro, ascienden a las siguientes cantidades:

Meses	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Septiembre 1925	13.494	$ 101.080
En Octubre 1925	2.908	" 20.015
Totales.	16.402	$ 121.095

Se extiende el presente certificado a pedido de la Compañía.

Buenos Aires, Octubre 31/925.



TOTAL GENERAL

$121.095 ACREDITADOS EN LIBRETAS DE AHORRO A
16.402 CONSUMIDORES DEPOSITANTES DE BONOS.

COMPAÑÍA GENERAL DE FÓSFOROS

LIMA 239 - BUENOS AIRES



FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 17 de noviembre de 1925 — Núm. 708

Canción de primavera

Por Ortiz de Pinedo

Tres meses hacía que César había ingresado en el seminario, y tan corto espacio de tiempo dábale la sensación de años y años acumulados. Dijérase que nació allí, en el recio caserón sombrío; que allí hecharon raíces su alma y su cuerpo; que el mundo entero se encerraba entre aquellos muros y nada existía fuera de ellos. Así, al menos, se le antojaba a César, aburrido del latín, por cuyo estudio no sentía la menor vocación, y aburrido asimismo del ambiente austero, frío y monótono, contra el que protestaba íntimamente su rústica y brava naturaleza.

Pero había que ser algo en el mundo; había, ante todo, que dar gusto a la madre; y, según ésta, el más alto empleo del hombre era ser cura. Cura sería, pues. Ello le costaba renunciar a sus más caras ambiciones, cuales eran emigrar a las tierras del sol para volver un día al pueblo, como tantos otros, con la gaveta bien hinchada de patacones; pero sería cura. Bástele para ello poner al servicio de su deseo aquel tesón, aquella testarudez que heredara de su padre, el cual perdió la vida en la presa de un río por empeñarse en nadar contra la corriente en desigual combate.

Y eso que el latín se le atragantaba un poco. Horas y horas le costaba aprenderse de memoria las lecciones; mas una vez aprendidas, no había miedo de que las olvidase; como clavos las tenía aseguradas en la mollera. Es decir..., las palabras sí; pero el sentido de ellas, la esencia del discurso... ¡Qué bruto soy!—se decía el obstinado.—¿De qué tengo yo hecha la sesera que no acierto a explicarme la razón de toda esta monserga? ¿Por qué mi señora madre se ha empeñado en que yo sea cura? Con la poca afición que le tengo a los hábitos y a estar encerrado. Con lo bien que me iba amarrado a lo mío, que es la tierra, y no los librotes; ararme el terruño y no la cabeza; entendérmelas con el azadón y no con las letras. La culpa es de don Ambrosio, mi maestro de escuela, que es quien le metió a mi madre en ganas de que yo fuese cura, porque, según él, para labrador era demasiado fino. Es posible; mas esta finura no me sirve gran cosa que digamos para el latín, que, por lo visto, es más fino que yo. En fin, paciencia y machacar cuanto sea menester hasta salir adelante. Bien sabe Dios que, a la postre, lo mismo me da cavar la tierra que hechar bendiciones; la cuestión es ganarse el pan, y en esto no he de quedarme corto, que soy de los que lo ganan a fuerza de puños, y no esperándolo de la suerte, que es la lotería de los holgazanes. Pero una cosa hay con la cual no transijo, es decir, transijo a la fuerza, por lo mismo que ahorcan, y esa cosa es... que un cura no puede casarse. Porque a mí se me figura que el casorio me tiraba a mí mucho, y que la mitad del tiempo que voy a gastar en hacerme clérigo me hubiera sobrado para casarme y tener unos cuantos críos. Y si no ahí está la Rosario, la de la huerta, para la que yo no era ningún costal de paja. Tampoco lo era ella para mí, esa es la verdad. Bien que me gustaba verla en el bardal y echar con ella un rato de palique cuando pasaba yo con mi caballería de vuelta al pueblo, a la tardecita, o muy de madrugada, camino del trabajo. ¡Y pensar que me separan de ella unas pocas leguas nada más y no puedo el gusto de ir a verla cuando me venga en gana! Todo sea por Dios y los latines. Bien puede agradecerme mi madre el sacrificio que hago por ella.

. . . .

Sucédense grises y lluviosos los días de invierno. Por los estrechos ventanales del seminario asomábase la luz pálida de las jornadas sin sol. A lo largo de sus claustros y corredores arrastrábase el viento de las tormentas silbando en los muros, gimiendo en las puertas, barriendo el polvo de las losas. El patio de recreo, amplio y circundado por altas tapias, mostraba la amarilla desdurez de sus arbolillos. Viento y lluvia, niebla y frío tendían sobre el campo su melancólico imperio, y en él se erguía la mole del seminario con cierta majestad dolorida.

César, en tanto, iba acostumbrándose al estudio y descubriendo, cada vez con menos trabajo, el sentido de las lecciones. Limpia de nebulosidades, iba asomándose su inteligencia a un mundo nuevo, adquiriendo visión propia y comunicándose sin esfuerzo con ideas y sentimientos desconocidos para él hasta entonces. Pero esto, en vez de producirle natural gozo, le entristecía cada vez más. Como si su prístina ignorancia fuese costra o corteza que a salvo lo pusiese de posibles desencantos, a medida que la costra desaparecía iba naciéndole una honda tristeza. Dijérase que su felicidad consistía en vivir en bruto, por aquello de quien añade ciencia añade dolor. Ello es que había perdido su ingénita jovialidad, el esguince risueño de la boca, el brillo animoso de la mirada, y hasta aquella tosquedad del semblante, trocada ahora en afinada expresión conventual. Una murria tenaz le invadía. A excepción del estudio, donde únicamente hallaba el olvido de sí mismo, todo lo demás, el paseo, la charla con sus camaradas, el acto de la comida, la hora de despertar y la de acostarse, echó sobre su espíritu un peso abrumador. Sentíase acorralado, indefenso, perdida la libertad, muerto el instinto, convertido en un autómata que se movía siempre a toque de campana, y también enfermo, debilitado por inapetencias y sueños intranquilos.

Al cabo de algún tiempo, César cayó en una cama de la enfermería víctima de un mal que el médico no acertó a definir, acaso porque no provenía del cuerpo principalmente. Postrado estuvo días y días, padeciendo grandes insomnios y fantásticas alucinaciones. Se veía obispo y labrador al mismo tiempo, y en su quimera mezclábase lo real con lo imposible, como en la mente de un loco. El médico le recetó duchas y fosfatos, que hubieron de aliviarle. Comenzó a convalecer sin abandonar la enfermería. Prohibiósele el estudio y la lectura. No podía hacer otra cosa que pasar por su dormitorio o por la galería contigua tomando el sol y respirando aire puro.

Curándose iba el cuerpo de sus quebrantos; mas el espíritu continuaba enfermo, y era dentro de su cárcel como un pájaro que en ella hubiese caído con las alas rotas. Sentíase herido de muerte, ofreciéndosele la vida como un largo camino sin objeto. Tenía la conciencia borrosa, dormida, y el pensamiento velado por densa niebla.

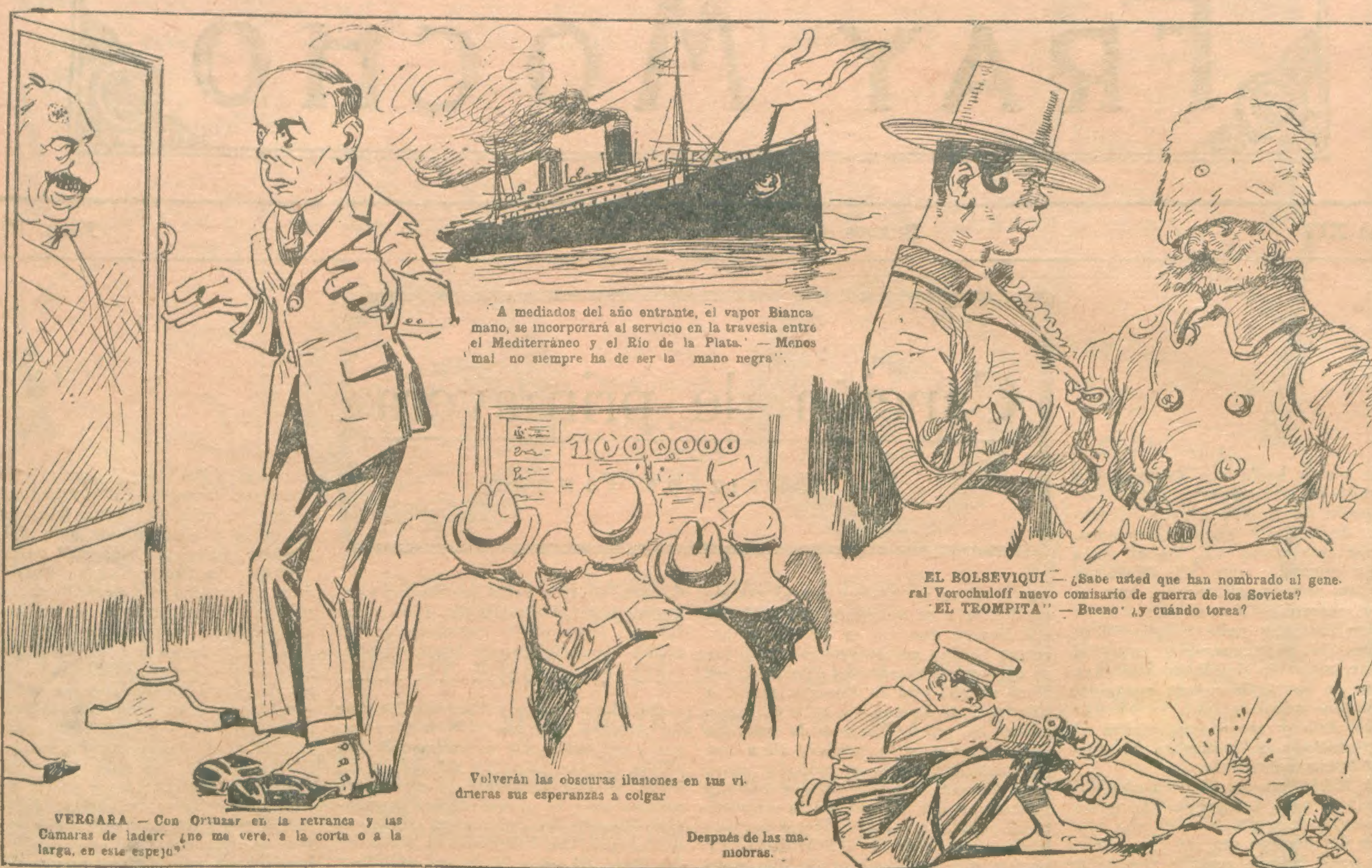
Así meditaba cierta tarde en abril sentado en la terraza de la enfermería, cuando un gorrión vino a posar el

El nuevo ministro de Inglaterra



Sir Malcom Robertson, nuevo ministro de la Gran Bretaña, ante el gobierno argentino. — Caricatura de Sanguinetti.

ALREDEDOR DEL MUNDO, *por Rojas*



VERGARA — Con Ortuzar en la retranca y las Cámaras de ladere ¿no me veré, a la corta o a la larga, en este espejo?"

"A mediados del año entrante, el vapor Biancamano, se incorporará al servicio en la travesía entre el Mediterráneo y el Río de la Plata." — Menos mal no siempre ha de ser la "mano negra".

Volverán las obscuras ilusiones en tus vidrieras sus esperanzas a colgar

EL BOLSEVIQUI — ¿Sabe usted que han nombrado al general Vorochuloff nuevo comisario de guerra de los Soviets?
"EL TROMPITA" — Bueno' ¿y cuándo torea?

Después de las maniobras.

vuelo cerca de él, y una ráfaga de aire tibio, oloroso y sensual subió a la galería como una invitación de la primavera. Quedóse contemplando al pajarillo, que saltaba y picoteaba sobre las baldosas... ¡Dichoso él! Estaba alegre y disfrutaba de la más hermosa libertad. Envidiable suerte. El, en cambio, se miraba sujeto a la tierra, amarrado a promesas hechas y deberes aceptados.

El gorrión levantó el vuelo y fué a perderse en el azul.

—Mas yo también podría volar— pensó el seminarista.—Yo puedo rebelarme, recuperar la libertad perdida.

Otra racha de aire embalsamado pasó sobre la terraza. El enfermo aspiró con delicia tan sabroso aliento. Era la primavera que nacía, la primera explosión de gozo de la tierra que empezaba a enseñar sus flores y sus frutos.

¡El campo! Y al calor de esta evocación, la conciencia del enfermo despertó poderosa. ¡El campo! ¡El campo trabajado, agradecido, noble, que devuelve ciento por uno; tan bueno, que para todos pare el pan que luego se disputan sus hijos; tan magnánimo, que paga con flores el bien que recibe, y procura la salud, y renueva la vida, y cura con escaleras: la luna complicada su fuga, le iluminaba el camino. Descendió ciento y pico de escalones, atravesó los claustros, llegó al patio de recreo. No había que pensar en puertas ni llaves; todo estará cerrado a piedra y lodo, como fortaleza inexpugnable. Mas allí estaba la tapia del patio, difícil de ganar para otro cualquiera que no tuviese, como él, hechas las piernas y las manos a trepaduras difíciles. Tras un breve tanteo buscando el sitio más accesible, el prófugo trepó, cabalgó un instante sobre la tapia y deslizóse por el otro lado.

Respiró libremente. ¡Ya estaba, tras la breve ausencia de unos meses, en pleno campo, al que hubo de dedicar sus afanes día tras día y año tras año, desde que era un rapaz! Ya estaba otra vez en su sitio, en su elemento, objeto de sus gustos y entusiasmos, principio y fin de sus ambiciones. A medida que caminaba iba tendiendo la vista sobre el campo cariñosamente, con la jubilosa complacencia del que torna a ver a la bien amada. Atrás se quedaba la mole rígida de su reciente cárcel...

Bajo la luna, redonda y serena, que todo lo ungía con su luz de ensueño, parecía estremecerse la noche en una singular ternura. Cuantos senderos culebreaban entre los sembrados, como blancas cintas por el suelo extendidas, eran para el caminante grata invitación de venturosos caminos. El iba derecho por la senda, que, a no serle conocida, le hubiera hecho elegir el instinto, porque a su pueblo conducía. Avanzaba despaciosamente gustando de la serenidad de la noche y la paz del campo dormido. Un perro de alguna heredad dejaba oír su doliente aullido. Lejos, bajo larga melena de humo, pasaba un tren silbando...

¡Cosa rara! Recorriendo iba el enfermo las dos leguas largas que le separaban del pueblo sin sentir el menor cansancio. Dijérase que unas alas la empujaban privándole de la fatiga. Y unas alas, tenía en efecto; mas no arrancando de los hombros, sino del espíritu: las de la vocación, que empujan al hombre hacia el fin deseado.

Anduvo, anduvo y ninó la noche, se hizo sobre el campo y bajo el cielo una sombra malva sutilísima, como una gasa, que fué poco a poco aclarándose hasta romper el día y asomar el sol tras un ribazo para esparcir sobre el mundo el tesoro de su alegría. ¡Entonces fué cuando el fugitivo sintió vivas ansias de abrazar y besar un brazado de aquella tierra por la que sentía tanta ternura! Porque salir el sol y sentir el enfermo que sus fuerzas renacían en plétora de vida fué cosa casi simultánea.

A pleno pulmón respiraba el aire fresco de amanecido y parecía hallar en él la mejor fuente de salud.

En tanto despertaba el día, tras los largos sueños de la invernada, con fuerza impetuosa, ardiente. La campiña, toda verde y húmeda de rocío, mostraba sus jugosos sembrados, sus limpias acequias, sus árboles recién floridos. Sazonados frutos pendían de las ramas brindando apetitoso regalo, y claras florecillas, prendidas en la acacia el almendro y escondiéndose entre la hierba, vestían y alegraban la campiña. De los corrales surgía el clarín victorioso de los gallos, y todo en aquel amanecer parecía cantar ya en voz alta, ya quedo. Cantaba el aire con sonoro zumbido, llevando en sus alas mil olores silvestres; cantaban los pájaros madrugadores con su piar cristalino; cantaba el río, que pasaba cerca, con el rumor de su corriente; cantaban las acequias y los regatos con voz queda... Todo parecía tener para César un sentido armonioso. Juraría que volaba sobre el campo una canción gozosa, valiente, libertadora, que brotaba del centro de la tierra... Esta era, al menos, la voz que había creído oír, llamándole imperiosamente, la tarde anterior en la terraza del seminario. ¡El seminario!... Lejos se había quedado para siempre.

"Perdona, madre —pensó el prófugo,—si la tierra, que también es madre, ha podido más que yo. ¡Qué le vamos a hacer! Paciencia, y que cada uno tire por donde Dios le llama."

Ya estaba a la vista del pueblo. Y a la vuelta de aquel recodo del camino toparía con la huerta de la Rosario. ¡De la Rosario!...

Una risotada noble, sana, fresca, de ingenuidad y de optimismo voló un instante por el campo...

No debes temer a ningún hombre

Palideces, tiemblas y balbuceas porque vas a encontrarte en presencia de un príncipe o de un magnate.

—¿Cómo me recibirá? ¿Cómo me escuchará?

—¡Vil esclavo! Te recibirá y te escuchará como mejor le plazca. Peor para él si recibe mal a un hombre sensato. El sólo llevará la pena; ¿puedes acaso llevarla tú de la falta cometida por otro?

—¿Pero cómo le hablaré?

—Le hablarás como quieras.

—¿Y si me turbo en su presencia?

—¿Por qué? ¿No sabes hablar con discreción, prudencia y honrada libertad? ¿De cuándo acá temes a un hombre? Zenón no temía a Antígono y Antígono temía a Zenón; Sócrates no se turbó jamás ni hablando con los tiranos ni con sus jueces; tampoco se turbó Diógenes al hablar con Alejandro.

EPICTETO.

Páginas olvidadas

El perro y la gata

Un cuento de ANTONIO MONTEAVARO

A pesar de la amistad que nos unía, Francisco Amenagar me ocultaba varios escondrijos de su espíritu, velados al parecer por la timidez recalcitrante de los sensitivos. ¿Era bueno, malo, soñador, hipócrita, falso, sincero? Nunca lo supe. Su fisonomía áspera, como carpidas por penas incógnitas, sus greñas rebeldes, la mandíbula fuerte y la vejez prematura de sus ojos grises hundidos en órbitas rugosas, dábanle aspecto de traidor de tragedia, a la vez que las entonaciones de su voz, acariciadoras y tristes, hacían presumir un bello carácter envuelto en ruda corteza.

Una noche conversábamos de amigos y conocidos con ese abandono de lenguaje que vierte el juicio sin reticencias, como si los vocablos fueran espadas desnudas y no venenosos puñalitos de exquisita labor. Pronto el vaivén de la charla nos transportó al período filosófico que tanto deleita y tan poco enseña cuando los interlocutores quieren brillar por la originalidad paradójica.

Francisco fingía (¿fingía?) una emoción penosa al emitir opiniones sobre las mujeres, y el gesto de misántropo, ordinariamente suavizado por la voz, se acentuaba en sus acritudes.

—Pero, che—le dije.—Yo no te conozco ninguna aventura amarga para que eches el sobrante de tu acíbar sobre un sexo, todo lo inferior que quieras...

—¿Inferior?—me interrumpió.—Todo lo contrario: superior. La mujer nos vence, nos derrota, nos encanta y nos engaña. Y así todas, hasta la más buena y sagrada, hasta la madre. Sólo dominan los entes superiores y ellas nos dominan, tal vez sin quererlo, por virtualidad de su ser, por ingénita supremacía. Mirá, Jiménez, vos que a veces escribís cuentos, ¿querés un argumento y un título? Te los daré. Es un caso particular que reviste los caracteres generales de la humanidad.

—Venga el título.

—"El perro y la gata".

—¿Y qué tiene que ver?...

—Que el "perro" es un hombre a quien conocí y la "gata" una mujercita adorable, una joven que hacía pensar en Ofelia.

Mientras yo me reía para mis barbas... ausentes, Francisco inclinó su pesada cabeza como si recapacitara y comenzó, siempre filosofando:

—Sí, él era un perro, un animal dulce y valiente de poderosas quijadas, fidelidad absoluta, cóleras vigorosas, fuerte, abnegado y feo. Todos los perros son feos cuanto más buenos. ¡Y qué zonzos! El amo los castiga y se retiran llenos de súplicas en sus quejidos lastimeros. Sin embargo, tras el latigazo injusto, basta con una palmada, con un llamado indiferente, para que vengan arrastrándose a lamer la mano púnica, contentos, con los ojos llenos de adoración. Tal era nuestro hombre y tales son todos los hombres cuando se imponen un amo a quien podrían destrozar pero respetan y temen. ¡Ah, los babiecas!...

—¿Y la gata?

—La gata se convirtió en señora de ese perro. La raza felina no se doblega: es imperiosa. ¡Son tan bonitos esos animales de cuerpo flexible, paso aterciopelado, gestos elegantes y piel cariñosa! ¡Y cómo le gusta que el hombre les pase la mano por el lomo! Con su run-run egoísta se recuesta contra uno para que les aduerma en caricias delicadas y, mientras se les trata con mimo, sólo piensan en su felicidad, abandonándonos por un botón que corre, por un pajarito, por un ratoncillo en los cuales desarrollan sus instintos pérfidos.

—Bueno. Ya sé lo demás: sus juegos carniceros, su maquiavelismo con las víctimas, su malicia felina en suma.

—Sí, pero te olvidas de su señorial elegancia. ¡Qué armonía de movimientos! Mueven una pata con airosa indiferencia, o miran con ojos fosforescentes traslúciendo en el gesto más vulgar la estética más refinada. Es la belleza por idiosincrasia.

—Ya tengo el título: venga el argumento.

—¡Pero si el argumento está en lo dicho! Un individuo, llamémosle José, se enamoró perdidamente, caninamente, de una muchacha hechicera. Ella se dejó amar. Era una gatita mimosa: se le subía a las faldas, acariciaba su cabeza de dogo en éxtasis, gustaba de arañar el alma con palabritas melosas, pero envenenadas, y de ese modo Adela, la gata, engatusaba, ¿ves el verbo?..., engatusaba a Francisco y lo obligaba a cometer toda clase de maldades, disgustarse con los amigos, malquistarse con sus padres, entregarse a rabiosas desesperaciones, para luego caer rendido solicitando una sonrisa, la limosna repugnante de una mirada amable. Así pasó el tiempo, siendo ambos felices: él con su servidumbre, ella con su ascendiente. Un día, Adela tuvo el capricho de hacer daño a otra gata, su rival, y ordenó a José que la calumniara. Este protestó. Se rebelaron sus instintos nobles, su lealtad, su honradez. Pero ¿quién resiste a la orden del amo todopoderoso? Cometió la bajeza de calumniar a una inocente, rompiendo los amores de la víctima con un hombre que la amaba. Siguió un drama de familia y cuando vino a buscar la recompensa, con el alma ulcerada por su infamia, encontró que Adela sólo había querido sacrificar a la otra para quitarle el novio y a José lo expulsó, reprochándole su acción. Sí, después de perderlo, lo condenaba. ¿Comprendes la escena? Un perro que se solidariza con el crimen del patrón y, muerto por su causa, es rechazado desdeñosamente, mientras la gata egoísta, siempre bella, siempre adorable, saltando sobre el cadáver con la curva armoniosa de su cuerpo, provoca todos los aplausos por su fina elasticidad.

Hubo una ligera pausa, y Francisco Amenagar me preguntó sordamente:

—¿Qué te parece el cuento? ¿Tengo razón?

Yo contesté bostezando:

—Me parece de bastante interés... zoológico.

Se irguió indignado.

—Bueno: ¡para que sepas! El perro era yo y la gata..., la gata era tu hermana, Amelia Jiménez..., tu propia hermana.

PRIMAVERA

I

El fulgurante sol de la mañana
me convida a que abra mi ventana.
Maravillosamente
me contemplo, de luz, feliz nimbado,
y un suspiro de gracia, inmaculado,
se deshace en mis labios dulcemente!

¡Oh, mañana de octubre,
repleta de esplendor, de amor y vida!
El sol con manto de oro todo cubre:
besa al palacio y a la choza besa,
con esa bienvenida
fulguración que a todos embelesa!

II

La cuna de mi niño
se ha llenado de luz y de cariño!
cofre dorado que se muestra abierto
con la rosada joya de mi suerte:
¡hijo llegado de mi amor, al puerto,
salvando los escollos de la Muerte!

La primavera triunfa en la mañana:
novia hecha sol, perfumes y colores,
besando, de mi alcoba, la vidriera,
para darme galana
el saludo virtuoso de las flores,
y el recuerdo gentil de la que espera!

¡Oh, sol! ¡Oh, trinos de las aves gratas,
llenando con sus diurnas serenatas
los palacios que forman la arboleda!
En mi jardín se brindan los rosales
como los blancos pechos maternales
a las boquitas de sublime seda!

III

Triunfadora mañana de la vida!
Una fresca ternura prometida
el recuerdo nos da, todo glorioso!
Despierta el corazón de su letargo:
pasó el invierno... y un suspiro largo
se levanta del pecho venturoso!

¡Primavera radiante de la vida!
¡Primavera inmortal de mis amores!
por la noble y celosa concebida,
madre virtuosa de Rubén Amado:
dadme vino de amor; y dadme flores
para vivir eternamente alado!

RICARDO M. LLANES

Somos o no somos

Por LORENZO SITANO

"La verdad engendra el odio", ha dicho Terencio con toda propiedad. No hay cosa más terrible e imperdonable que hablar sin subterfugios ni eufemismos. Sin rodeos. Sin circunloquios ni cortapisas. El que quiere triunfar brillantemente, el que quiere salir victorioso en la pesada y ardua lucha por la existencia, debe mentir, debe fingir, debe simular. Ser sincero, ser franco, ser leal, es fracasar irremisiblemente, sin perdón, en los prosaicos días que van corriendo. A quien se le ocurra velar por su integridad moral, no sabe el daño inmenso que se hace. Lo más prudente, sensato y conveniente, es buscar las situaciones cómodas, fáciles, sosegadas. Nada existe tan molesto como querer ser veraz entre pillos, fementidos y malandrines. No sabe las que se trae aquel que no hace otra cosa que repartir virtudes y dividir noblezas. Lo mejor es callarse. El que calla gana dos veces: porque calla y porque no dice nada. Y no decir nada significa encontrarlo todo bien. Pensar con el doctor Pangloss que vivimos en el mejor de los mundos imaginables. Equivale a encontrar todas las puertas abiertas de par en par. Importa poseer la llave de la felicidad y de la suerte. Y ya se sabe bien lo que esto representa en los dichosos, felices y confiados días que vuelan.

¿Se gana alguna cosa con decir la verdad en todo instante? ¿Se obtiene la piedra filosofal con proclamar la claridad y la franqueza siempre? Hasta ahora, que sepamos, nadie ha llegado a millonario por seguir un ritmo definido, firme, noble e inquebrantable. Todos los que dijeron algo que sea verdad pura, desnuda, sin tapujos, han sufrido lo incnarrable. Diógenes estuvo perdiendo un tiempo precioso buscando a su hombre y se encontró con el sarcasmo. ¿Y quién es el que ha recibido flores y aplausos en recompensa de su perseverancia, tenacidad, amor a la verdad, al derecho y a la justicia? Las cárceles acogen con más agrado a un inocente que a un asesino de perversos y malvados instintos. El mal tiene la virtud de sentar sus reales con una firmeza inverosímil. El bien difícilmente se propaga y difunde, y pocas veces se acepta. Cuesta trabajo, y mucho, darle patente de bondad. Un pequeño defecto se divulga con una facilidad asombrosa. Cien virtudes no alcanzan a tener la misma difusión. Querer lo contrario, trabajár con empeño para que las cosas cambien, es perder el tiempo, cuando no la cabeza.

¿Quiénes somos nosotros que tenemos la osadía y audacia de desafiar lo inconmovible, lo fijado, lo establecido? ¿Se pretende, acaso, que una sola persona tenga el poder y la fuerza de cambiar todo, de elevarlo y dignificarlo todo, de mudar y variar el actual estado de cosas? ¿Qué virtud, qué eficacia, qué energías posee uno contra tantos y tantos? Además, no hay que olvidar nuestra condición: "memento homo qui a pulvis es et in púlverem reverteris". Si somos polvo y polvo volveremos, ¿por qué empeñarse tanto, por qué dedicar tantas energías, tantos entusiasmos, tantos esfuerzos, por qué trabajar con fervor y ahinco por el éxito de nuestras ambiciones, por el triunfo de nuestras ansias, efímeras y deleznables, tontas y estúpidas?

No hay más remedio que hacer lo que nos dicta nuestra conciencia, desembarazada de todo interés particular, libre de toda idea de orden privado, exenta de cualquier inclinación tendenciosa, huérfana de imposiciones extrañas y de sugerimientos infamantes. "Yo soy el que soy". Estas palabras de Dios a Moisés, nos dicen algo, que es una profunda sentencia moral. Hay que ser lo que somos. Ni más ni menos de lo que somos. Estamos llamados a ser alguien, no alguna cosa. Se impone el luchar y sufrir noblemente. Y para ello, hay que proseguir hasta el fin de la ruta trazada claramente, animados de perseverancia y justicia.

Se necesita ser sincero y veraz. Eternamente nos debe sostener un coraje invencible. Ser siempre uno, sin desviaciones, sin contemplaciones, sin torceduras, sin claudicaciones, con valentía y nobleza. He ahí el problema de la propia personalidad, del carácter inquebrantable, de la firmeza de voluntad, de la independencia más absoluta en los actos, palabras y cosas. Nosotros somos lo que somos. No podemos salir de nosotros mismos. Y como tales, no cambiaremos jamás. El día en que se "desvanecerá esa gran ilusión que llamamos vida", como dijera Rodó, seguiremos siendo lo que somos a través de nuestra obra. Pero, téngase bien en cuenta, lo esencial es ser lo que uno es; porque, de lo contrario, no seremos nada.

ANGUSTIA

Mis ojos enturbiados, no ven en lontananza
la luz por quien suspira anhelante el corazón...
¡Oh Señor omnipotente! Un rayo de esperanza,
un rayo de esperanza que ponga en mi razón,
la luz que necesita, la luz de la bonanza
que trueque la tormenta en suavísima canción.

Y duerme... ¡Oh! si parece que en sus cerrados ojos
legiones de querubes dan vueltas sin cesar
en mágico palacio guardado por cerrojos;
por eso es que sonríe..., si parece que hablar
quisiera..., sonríe..., sí... ¡Señor! Ya ves, de hinojos
te pido por la vida que intentan destrozar!

Sus ojos se entreabren..., sus brazos anhelantes
se agitan, se retuercen, parecen apartar
un algo misterioso, fantasmas oscilantes
que no veo..., que no veo, no veo a pesar
de que los ojos míos, mirando delirantes,
mirando delirantes intentan escrutar

la sombra que contempla ladina y misteriosa
el alma estremecida, vibrante de dolor!
¡Señor! ¿Qué ven sus ojos? ¿Qué extraña y pavorosa
visión su pura almita vislumbra con terror
que parece agrandarse en la sombra silenciosa
el inmenso vacío que ha dejado el amor?

¿Qué es ésto oh Dios del cielo? La Intrusa siempre alerta
en forma pavorosa se acerca..., se halla allí...
¿Por dónde ha penetrado? Ya sé..., por ésa puerta,
la ráfaga de viento, la, ha introducido aquí.
¡Qué frío!... ¡Qué silencio! ¡Qué frío! Mi alma yerta
perdida la esperanza, se allega más a ti.

¡Ladrona! ¡Vil ladrona! ¡No intentes acercarte!
¡Mi mano entre las sombras, te han de saber buscar!
He de apretar tus huesos con furia, hasta matarte,
si es que posees vida, te la he de arrebatar.
Y ya muerta, ya muerta, nunca podrás llevarte
las vidas que formamos en nuestro santo altar.

¡Intrusa, maldecida! Ya vez, ¡te desafío!
¿A dónde están tus glorias? ¿En dónde tu poder?
Aquiétate lucero, compendio del bien mío,
¿qué ven tus pobres ojos que yo no puedo ver?
¿Qué abismos misteriosos, qué ráfagas de frío,
te espantan, te agitan hasta hacerte estremecer?

Quizás entre las sombras, las formas espantosas
de brujas y de duendes, se te han de presentar;
quizás en los rincones, legiones horrorosas
de monstruos que se acercan, tu almita ha de mirar...
y veo que te agitas..., tus manos ardorosas
alguna forma extraña parecen rechazar.

Te agitas y estremeces..., escúchame alma mía:
¿Qué sientes en tu pecho? ¡Responde a mi clamor!
¿No ves lo que yo sufro? ¿No ves que cada día
mis ojos se marchitan con un nuevo dolor?
Acállate lucero... ¿No escuchas la armonía
que anuncia la alborada vestida de color?

La Intrusa ya no viene... ¿No sabes? Yo la he echado,
la he echado en esta noche con una maldición.
Pedazo de mi entraña, lucero sonrosado...
¡sonríe..., sí... sonríe..., sonríe mi ilusión!
¿Lo ves? Aclara el día. Por hoy yo la he alejado,
mas luego..., por la noche... ¡No tiembles corazón!

Sofía Espiudosa

La singular defensa lapona

Constantemente defendida por sus nieves contra las invasiones extranjeras, y cerrada, por tanto, a los influjos civilizadores, Laponia es uno de los países europeos cuyos habitantes han conservado en casi toda su pureza las costumbres primitivas. Aun hoy, en la Laponia sueca, donde los ricos yacimientos de hierro han atraído la civilización moderna, continúan los sajones viviendo bajo sus tiendas y utilizando como vehículo el trineo, arrastrado por renos. Siguen también usando las vestiduras de vivos colores —en armonía con el cielo azul festoneado de rojo y amarillo, que tanto aman— y el alto y puntiagudo gorro que termina en una borla de brillante tono bermejo.

Una de sus más curiosas costumbres consiste en la manera de conservar sus provisiones de invierno fuera del alcance de las alimañas, para lo cual construyen unas casetas con troncos mal encajados entre sí para que en el interior circule al aire, y las colocan luego sobre elevados borriquetes. Para encaramarse a la caseta, su propietario adosa a ella una escalera primitiva, hecha con un grueso tronco, en el que practica el suficiente número de muescas, de modo que los trozos salientes sirvan de peldaños. Una pieza de madera toscamente pulimentada sirve de cerrojo.

Y cuando el lapón ha depositado sus víveres en esa original despensa, puede irse a dormir tranquilo a su choza, en la seguridad de que los osos no podrán trepar por la angosta y pina escalera para apoderarse de las vituallas.

Y en cuanto a los ladrones, su presencia no es de temer en tan inhóspito suelo.

"La Kermesse"

(En el paseo Sobremonte, de Córdoba)

Por Juan José Vélez

La antigua plaza de moda, aquella tarde desbordaba de concurrencia. Ya no existen los árboles seculares de corpulentos troncos y frondosísimo follaje. El lago histórico, tampoco presenta aquel aspecto grave de otra hora, cuando retrató en su tranquila superficie las mentadas parejas de enamorados. Reminiscencias del pasado, allí se agolpan, atropellándose en la mente, como vagas sombras que fueran estereotipando costumbres y caracteres, en la larga etapa recorrida, por cuatro generaciones. Pero, aún subsiste un algo que satura aquella poética alameda de popular poesía, o de lo que tienen de más sugestivo, los recuerdos de la niñez florida. Al torneo, en el que van a esgrimirse como armas, la elegancia y belleza femeninas, llegan de todos los puntos legiones de niñas y damas de alto coturno. Se abren camino entre la multitud de curiosos apiñados en las cuatro esquinas y avanzan triunfalmente, en un despliegue graciosísimo de cintas multicolores, de soberbios bustos como de estatuas, y de plumas vistosísimas en los primaverales sombreros. La juventud expansiva y alegre, en ronda de picaflores, merodea traviesa por los puntos estratégicos. De los grupos más elegantes, los muchachos se desprenden, bifurcándose en picarescos caracoleos hasta mezclarse con el bello sexo.

La fiesta de origen filantrópico, es un torneo en el que la moda se calza guante blanco, y gastan las bellas en polvos nigrománticos, para despertar la curiosidad del vulgo, frágil, impresionable y estulto. A la orilla circunvalar del lago, y bajo los plátanos umbríos y olorosos, deidades humanas, paséanse infatuadas ante tanta ornamentación: arcos de luz, fantásticos quioscos, góndolas empavesadas, orquestas ambulantes; cuadros de la vida pastoril, escenas de la bucólica campestre; todo allí se da la mano. Todo palpita de emoción, todo estalla en vida nueva, en los prolegómenos de la kermesse. De noche, a la luz de las estrellas y con una fosforescente iluminación de lamparitas eléctricas, inquietas, titilantes, y de rojos farolitos chinescos, sanguinolentos, como los ojos avaros de una turba de judíos, reanímase el cuadro, cobra mayores encantos la fiesta mundana. Soberbiamente ataviadas con riquísimas preseas de lujo, realzan las damas sus figuras dominantes con el flotamiento de tonos con los trajes, llevan también cintas, bridas, alfileres y un arsenal de piedras falsas. Las chicas en tren de novias, ideales figuritas de un encarne que ha robado para los rostros burilados la nitidez de los nácares y alabastros, y la cautivadora fisonomía de las rosas, frescas y fragantes, como miradas incisivas, van pregonando la vanidad y los anhelos ocultos del sexo. Jóvenes de estirpe patricia, encorselados dentro del smoking elegante, trayendo los bigotes en arcos de oro o ébano, según son ellos, rubios atléticos o morochos chuchumecos, pasean a la par de sus prometidas excelsas, su soberbia adusta.

Espectáculo sugerente de innovaciones en los modos de vestir, andar y hablar. Según el último figurín se viste, y conforme se estila en la moderna escuela, así andan y ríen para dejar en la caldeada atmósfera la huella de esas sonrisas, explosivas, etiqueteras y obligadas. El ambiente social se vuelve a propósito, para injertar convencionalismos de molde estrecho y que prosperan, porque así lo exige la moda. En los cuatro ángulos de la plaza, los quioscos alegóricos dibujan sus líneas arquitectónicas, en un arrevesamiento de parodiales columnas, recubiertas con gajos de sauce, o forradas en percales de color, según la loca fantasía de cada cual. Es algo que despierta el apetito, pero que está reñido con las reglas elementales de la estética. En el conjunto, no hay siquiera la armonía del bello desorden, y sobresale la nota desastrosa del trapo colorado, con pretensiones de gallardetes o pequeñas banderolas enroscadas en los alambres. A los quioscos llega ávida concurrencia a servirse exquisitos licores, espumantes vinos o frígidos helados que manos juveniles presentan, en amplias bandejas floreadas de papel maché. Como en cualquier buffet de estación ferrocarrilera, a donde bajan atropelladamente los pasajeros, que vienen de largas distancias con el estómago vacío y la lengua seca, a estos restaurants portátiles, se aproximan los labios sedientos a aplacar la sed de la jornada amorosa, en casquitos de sabrosa crema helada, o a llenarse de oxígeno vivificante el pecho, mientras aspiran las brisas del lago y despachan sendas copas de champaña en generosa libación, con brindis alusivos.

La colmena humana, febriciente, hormiguea allí, adentro, y casi espasmódicamente, experimenta los vértigos de la fiesta que deslumbra con la fastuosidad de sus rasgos olímpicos. Al otro lado de la verja de hierro, en las calles concéntricas al lago, los carruajes, en hilera interminable recorren el trayecto del corso de flores. Palpita aquí el espíritu de una ciudad nueva que viene a decir cómo se juega el carnaval en cualquier época del año. Cada carruaje es una pieza de artillería perfectamente amunicionada, como que a profusión va haciendo fuego con flores en ramos y guirnaldas; con cintas, a la moda de multicolores alitas de preciosos colibríes; con paquetitos y cajitas de bombones, que pueden confundirse con petaquitas explosivas que o pulverizan ilusiones en la cuna del corazón, o le galvanizan con algún chispazo de fuego. Las serpentinas se desortijan en largas espirales, como debe llevarse el viento las esperanzas del alma enamorada, describiendo hermosas curvas con proyecciones de sinuosos aéreos abrazos femeninos. Unas son azules y se quedan pendientes de los balcones; otras, verdes, que se enredan en las ventanas; las hay de color oro, y éstas se enroscan en el cuello alabastrino; también rosas, que se adhieren a los hombros; algunas blancas, que se rasgan en las manos. En el delirio de la fuga se entretejen en el aire, y forman redes caprichosas o se abrazan a las ruedas de los vehículos que la destrozan, como haría el escéptico frío y displicente con las ilusiones a puñados. Tienen de vida lo que perdura una sonrisa. Vuelan y se esfuman en lo que expira un lamento del alma. La fe que se tiene en la resurrección de un amor que languidece es la única fuerza que mantiene levantado el brazo juvenil, que las arroja a la calle. Allí quedan alfombrando el pavimento como con fantásticas rosas muertas.

El lago, convertido en un inmenso espejo, retrata el paisaje, dibuja la magnificente ornamentación de los quioscos y el relampagueo inquietante de las luces que, también se quiebran y refractan, con descomposición de tonos y matices en los aderezos fulguradores de pequeños incendios; en la dilatada pupila de tanto ojo negro, como abismo que pasa escudriñando los pormenores del festival. Cada piedra es un mundo en el que hierve la vida, diluyéndose en savia de perlas, zafiros y brillantes, con la pureza incolora del agua prístina; con la intensidad profunda de la luz, espíritu que irradia como una alma de cada faceta. Los vinos estimulantes, óxidos de hierro para templar agotadas energías, se vuelcan en las copas diáfanas y sonoras, cuyas guardas griegas simulan las diademas clásicas de los vendimiadores. Clarea el ópalo al través de los cristales finísimos, o bermejea con el rojo de nuestras vides lujuriosas; y el "sprit" ameniza la plática idílica en los alrededores del quioseo, que como cualquier tienda bíblica se ha levantado al aire libre. Bríndase en pública subasta; y cada brindis lleva en el eco rumoroso el precio de promesas y sonrisas, flotantes en esa atmósfera. Des-

EL ANTIGUO RACIONALISMO

—Desde Proclo hasta San Agustín—dijo el sabio escolástico—es cosa probada que las almas no tienen sombra. En esto puede reconocérselas cuando se nos aparece de día, lo que es raro; por tal razón, prefieren la noche. Así cuando Jesús resucitado apareció a sus discípulos, éstos le creyeron vivo; porque siendo apenas el alba, no podían reparar en tal circunstancia.

—¿Pero cabe admitir que un cuerpo visible no dé sombra?—preguntó el más joven de los discípulos.

—Claro está. La sombra es un accidente de posición; pero como los cuerpos gloriosos escapan a las leyes de la naturaleza mortal, no tienen adelante ni atrás, derecha o izquierda. Por esto es inconcebible en lo absoluto. "No habiendo entonces razón" para que dichos cuerpos emitan sombra.

Leopoldo LUGONES.



piertan las pasiones o los halagos incitantes de la música que viene del viejo "cenador", convertido en la mezquita del dios éxito, allá en el centro del lago, con su torreón achatado o al estrépito de los clarines de la "banda lisa", cuya fanfarria es un toque de somatén para los corazones.

Entre los carruajes sobresale uno que ocupan dos gentiles damas, tirado por una soberbia yunta de caballos blancos de gran alzada. Van enjaezados con riquísimas guarniciones de un negro reluciente, acharolado y cuyo hebillaje de plata con artísticos monogramas, brilla a la luz de los focos incandescentes. Usa el auriga elegante librea de paño gris perla y sombrero de copa alta. Su incorporación al corso de flores es para todos una sorpresa, y hay curiosidad por conocer a las dos damas que arrastran una fortuna en telas y joyas. Se han arrellanado cómodamente en el regio "landó", sobre mullidos almohadones de raso granate. Dos rostros de tipo distinto y que por el contraste provocan mayor admiración. La una, más joven, mira resueltamente con altivez y dominio. Es dueña de unos ojos de pronunciamientos militares, casi como dos puñales, pero mejor, como dos diamantes que hienden y atraviesan los arcanos de las cosas, los misterios del corazón, los secretos de la naturaleza; que denotan virilidad y energía, en un cuerpito esculturalmente contorneado, por obra y gracia de un corsé con tiras, hábilmente confeccionado, y que levanta los senos turgentes, perfila el talle y robustece las caderas. Ríe con esa coquetería de salón que es la sal de la mujer, para lucir la engarzadura de unos dientes correctísimos, blancos, en línea circunvalar, perfecta, como trazada a compás en las horas de inspiración, por alguna mano diestra que conociera el arte de grabar en las líneas del rostro los rasgos fisonómicos del alma. De una lozanía aromática. Viste traje de corte parisiense, recamado de lentejuelas de oro que chisporrotean en el fondo heliotropo del raso, como un incendio de diminutas lucecitas. Hay momentos en que los destellos de sus ojos negros apagan el resplandor de tan soberbia indumentaria. Lleva sombrero de crin, elegantísimo, de copa elevada, colocado sobre una erguida cabeza de estatua, peinada con bucles, formando torrecillas achatadas en los conos. De color ciruela, atravesado por alfileres de oro mate que rematan en perillitas con chispas de brillantes, circúndalo una hermosa pluma rizada, adherida como una blanda caricia a su ala derecha. Adorna el pecho, inflado por gasas en bulloncitos que imitan un encrespado de vaporosas casi aéreas burbujas con un gajo de helecho fresco y verde que se confunde con el trébol por sus hojas pequeñitas. Se creyera que es obra de algún pintor sobre la tela. Para arrojar las serpentinas que se abren en la longitud de algunos metros en forma de grandes anillos, enarca ella el brazo derecho y queda en actitud defensiva. En cascadas de gasas rizadas que parecen brotar de la manga y como si disparara flechas, se abullonan sus atavíos, y van certeras aquellas a causar una explosión de envidias entre la juventud dorada. Se ha conquistado uno de los premios "a la elegancia" y mientras marcha el carruaje a paso lento, repercuten en sus oídos como una ovación, los aplausos y las galantes frases.

La otra, de apariencia soñadora. Menos joven pero tal vez más hermosa. Una seductora rubia, de un rubio que no es el de la espiga, ni el del oro, sino aquel que pinta un rayo de sol en un campo heráldico de azucenas. Ese rubio peculiar que diviniza la figura humana, semejante a la blonda cabellera de algunos niños, porque parece trasunto del oro que debe circular en la patria de los ángeles. De pálido rostro, de un pálido que no es triste, porque imita el marfil, con ligeras vetas violáceas, por donde discurre la sangre polifurcándose por arterias, nervios y venas y dibujando tejidos de redes y mallas finísimas que se transparentan, con sinuosidades características, al través de la burilada epidermis. Es de porte atrayente, y un dejo de nobleza, descúbrese fácilmente en ella. Luce un traje espléndido de rico gró violeta, con aplicaciones de encaje inglés y dibujos caprichosos que van remedando artísticas filigranas en el recortado. La confección parece extranjera; es un trabajo de arte y de mucha labor y sobre todo de paciencia. Trae pendientes dos hermosas dormilonas engarzadas al "art nouveau" con una limpieza que permite la oscilación tranquila de las hermosas piedras. En sus facetas policromas bulle la luz, se quiebra el arco voltaico y espejea toda aquella fiesta con todos los tonos y las titilaciones del paisaje y las luces. Hay una soberbia majestad que se esfuma como un vaho de orgullo cerca de este carruaje. Lleva la dama un peinado bajo y sobre la frente ondas de rizos que parecen anillos concéntricos. Se dijera cuando los alborota el céfiro, que son importunos alados pensamientos que cruzan por su mente revoloteando en tempestad de celos. Se ha puesto un sombrerito coqueto, de paja italiana, de forma "princesa" y como en un copo de algodón artísticamente labrado anidan vistosos colibríes, así en él se están echadas estas avecillas, con las alas abiertas, los picos unidos en actitud de volar para trinar una epifanía amorosa en el éter. De los ojos profundamente nostálgicos, grandes, descubiertos, esplende majestuoso el color del cielo en miradas dulces, consoladoras, afectivas. El ebúrneo busto destápase en el "landó" con el seguro aplomo de la propia valía. En sus ademanes revela que no es ajena al éxito mundano. Fuera de ellas dos, muchas otras pasean también en carruajes. Graciosas marquesitas, con trajes vaporosos y coronadas de flores del tiempo, se exhiben cosechando triunfos platónicos de miradas furtivas. Hay que penetrar hondo con el espíritu de investigación, para seguir en su veloz carrera al corazón humano en todas sus veleidades.

Es un cuadro con modalidades típicas, y de una característica especial: divertirse, reír, jugar, explotar los sentimientos de la beneficencia. Las dos hermanas, en el carruaje van como en una gran canasta de flores, ebrias de emociones y triunfos. Son las reinas del festival. Al eco de la música que llega del centro del lago, la concurrencia se anima más, experimenta sensaciones de dulce poesía y el sentimentalismo da la nota de los anhelos, de los deseos y las esperanzas por realizarse. La luz se hace en el misterio intrincado de los amores y brotan frases como flores de los labios femeninos. Las pasiones que han germinado estallan en los pechos con sacudimientos nerviosos. Cada carita alegre se ha vuelto un botón de rosa que con el hálito de su boca perfumada ejerce sugestiones de maga. Entre el flotamiento semiaéreo de las gasas, las ilusiones vuelan rumbo al acariciado ideal. Cualquiera las confundiera con una inundación profusa de mariposas o azules libélulas, en nimbosa resurrección después de rota la crisálida. En una barquilla embanderada y con el blanco velamen abierto, bogan algunas niñas. El lago se impregna de poesía. Deslumbran la elegancia y la belleza. Los ramos de flores valen el precio de una sonrisa; las sonrisas el de un corazón; cada corazón el de una vida. Es una sucesión de cálidas notas magistralmente instrumentadas, por los que toman parte en este concierto melodioso en el que "triunfa la filantropía", se viste al desnudo y tiene pan el hambriento. Ráfagas olorosas se expanden llevando los nombres de los pobres socorridos, de la niñez curada por la nueva luz que penetra a las viviendas nauseabundas. La mujer se sublimiza al echar sobre sus débiles hombros este apostolado de lágrimas. La fiesta prosigue arrulladora como una gran cascada que en su música triunfal va remedando el estrépito de las majestades y el trueno de las iras por la beneficencia conjuradas.

Por el hilo telepático de las simpatías que subyugan voluntades, crúzanse veloces los mensajes de los ojos que ya fingen desabrimientos adónicos o simulan lucha cruenta de represalias funestas. Alrededor de cada grupo de niñas los picaflores y los zánganos. Entre aquellos, la verba florida saturada de chistes ingeniosos. Entre éstos, la charla insulsa, empalagosa, estéril. Siempre libaron éstos la miel más rica de los panales y anduvieron esos, lerdos para beber cristalina el agua. Muchas veces la coquetería femenina ahorra esfuerzos nobles y premia con la palma ideal, al estulto. Aquí se mezclan en la lucha estos lidiadores. La batalla de las flores es formidable con desgarramiento de corolas al estallar los perfumes en sus últimos besos; y de rato en rato pasa zumbando la carcajada histérica que lanza provocativa la envidia, a quema ropa, en plena plaza, a la cara de los espectadores. En los quioscos, gentiles chicas con trajecitos de floristas, delantal y peinado bajo, con moños de cintas en las abundantes y sedosas trenzas, huyen y corren, disparan a servir a la pareja de enamorados que solicitan "dos oportos". No por declinar la noche en su apogeo de sombras para clarear con los crepúsculos decae el brillo de la renombrada kermesse. Coros de náyades que van en un bote al rumor de los remos cantando en fugitiva excursión acuática, vadean el amplio lago iluminado. Cuajan en promesas doradas al brotar de tanto labio parlero, las sonrisas cristalinas. Los carruajes en las calles forman un solo cordón amarrados unos a otros por gruesos cables de serpentinas. Las horas se han esfumado en proficuas prodigalidades y aquel pavimento es un campo de cosas marchitas, muertas. De las veredas opuestas, el pueblo en confusión y mezcolanza de colores y sexos, presencia, loco, aturdido, el desfile. Son gruesos pelotones de jornaleros que al paso de los carruajes se entretienen en recoger los desperdicios de la fiesta triunfal. Prosigue ésta, encantadora, seduciente, llamativa al murmullo de las promesas nupciales. En los pechos rozagantes y fatigados, las flores se ostentan en turbiones de colores incitantes, como si cada corola tuviera labios para expresar anhelos, sentir apasionadamente y querer con altruísmo. Las que visten livianos trajes parecen mariposas revoloteando vertiginosamente en derredor de la luz. Esta reverbera en la magnífica coloración del cuadro animado, novedoso, por la crepitación de tanta vida. Y se difunde con claridades tenues, vagas, somnolientas por la fobia esmeralda de los plátanos. Bajo éstos, el festival se extingue, muere, dejando en el alma las gratas seducciones de los recuerdos que se esfuman.

Córdoba, 1925.

B A R T O L I T O

(Apólogo ingenuo)

Bartolito era un joven gato negro, de larga cola y pelo corto y sedeño.

Hacía las delicias de Maruja, linda rubia muy blanca y de pelo largo y muy fino. Y por singular coincidencia, Bartolito *se llamaba también su novio, un joven muy pálido y serio, de pelo muy negro como el del gato del cuento.*

Cierto día Maruja, instada por su novio, que se volvía muy cargoso, le dió a éste un beso y muchos más..., tantos, que el gato impaciente, olvidado en el regazo de la niña, se incomodó y levantándose de golpe en un brinco se alejó, no sin haber dado antes a su dueña un zarpazo que alcanzó a arañarle la blanca mano temerosa.

Quiso castigarle Maruja, lloriqueando irritada; pero el novio que había sacado partido del incidente, pues dióle ocasión de consolarla con muchos besos apasionados, le dijo compasivo:

—No creas que el gatito sea traidor, como lo llamas. Hay que tenerle cuidado y nada más: araña por instinto, no por maldad. Es su naturaleza.

Entró la madre de la niña (que había visto todo) en ese instante y Bartolito, el novio, *se despidió y se fué.*

El gatito negro, como si nada hubiese ocurrido, volvió en un salto al regazo de la niña y la madre, entonces, dijo plácidamente a su hija:

—Lo ves, es amable, es cariñoso, es mimoso... pero araña. Así es Bartolito.—Y sonriendo con intención:—Hay que cuidarse de la zarpa, porque si no, por instinto, no por maldad, *puede hacer daño.* Es la naturaleza.

Domingo Sasso

Pedagogía festiva

El respeto al vigilante

Por Juan Manuel Cotta

Había llegado la última circular del consejo que indicaba, después de apiñados considerandos, la necesidad imprescindible de crear en el aula primaria el espíritu de respeto y consideración al más modesto servidor público: el vigilante.

Don Zabulón Soriano, tomó, como siempre las cosas a pecho. En su santa ingenuidad de dómine no cabía la duda maligna de los demás compañeros que aseguraban que aquello era una más de las comunes "innovaciones" de los miembros recientemente nombrados que debían justificar sus funciones haciendo algo que no fuera la arcaica cuestión de exigir el cumplimiento del sacrosanto reglamento.

Cuando pudo dijo don Zabulón: "Esto es muy bueno".

Su expresión no nos sorprendía. Jamás disentía el buen colega con la superioridad. Por otra parte poseía el don del acertijo a "posteriori". De modo que siempre hallaba "bueno" a lo bueno, si bueno era lo que estaba en vigencia, de moda, o para tal oportunidad.

Don Zabulón comenzaba, al contrario de los escépticos, a buscarle todo lo bueno a lo bueno. Así hilvanaba un capital precioso de sucesos óptimos. Si se enfrentaba con quien quería oírle, hablaba entusiasmado del asunto, hasta improvisar loas dignas de haberse inmortalizado en un disco parlante.

El respeto al vigilante se le metió hasta la médula, al viejo dómine. Nada había más digno y ni mejor que ser servidor, elevado en charlas hiperbólicas hasta la categoría de mártir de las civilizaciones modernas. Napoleón y San Martín se hubieran descubierto ante una figura como la que pintaba don Zabulón, de haber sido el caso remotamente cierto.

Un día, después de haberse templado una semana, dijo don Zabulón a sus alumnos:

—Bien. Hoy "toca" Instrucción y Moral Cívica. El tema del día es "El vigilante".

Los chiquillos lanzaron una carcajada en coro.

—¡Hoy!, el vigilante...—gritó extrañado un renguito travieso.

Don Zabulón asintió rotundamente:

—Sí, señor, el vigilante.

—¿Cuál, señor—gritó un pebete,—¿el que le robó las "gayinas" a "agüelita"?...

El maestro casi indignado, gritó:

—Silencio. No se trata de eso ni de un hombre determinado. Se trata del ente abstracto que sintetiza a todos. Mejor explicado: de la función pública ejercida por un hombre del cual se prescinde. En fin...

El "en fin" quedó vibrando largo como un tintineo de campanil que se pierde en la infinitud del espacio.

Aleccionado por la primera vacilación, el buen educador trasegó saliva y recurrió a la dulzura de la insinuación, tal como aconsejan algunos tratados de pedagogía seria, expresándose así:

—El vigilante es un humilde representante de la justicia. Cobra modesto sueldo. De noche vela nuestra tranquilidad. De día asegura nuestro tránsito. Sufre el frío del invierno. Soporta las lluvias torrenciales. Persigue a los ladrones. Y también a los chicos pillos...

—Siñor, siñor—gritó Pedrito.— Ayer lo "encanó" uno a Nicasio porque lo encontró jugando a la bolita con otros chicos.

—Mentira, señor—gritó el aludido. —Mentira, mentira, porque no me alcanzó...

—Silencio, silencio, casi ladró don Zabulón. ¿Qué es eso? ¿Esa es la cultura que les enseñan en la doctrina del catecismo?

—¡Ah!, el vigilante, niños. Tiene hogar. Tiene sus hijitos que piden pan. Tiene su esposa que sufre en el lecho.

Para poder retomar el hilo que la fuerza emotiva de la exclamación le desflocaba, don Zabulón ordenó:

—Repitan...

Los chicos gritaban en coro desentumiéndose:

—Ah, el vigilante.

—Muy bien, muy bien.

Luego continuó:

—En los países más cultos los niños veneran al vigilante. Se descubren al pasar delante de alguno. Le "dan" la vereda...

Los chiquillos se callaron, pero se quedaron amenazándose con las miradas y con los puños que elevaban como piñas hacia la punta de la nariz, cada vez que el maestro les daba la espalda.

Después del pequeño paréntesis en que don Zabulón aprovechó para achacarle al clero una de tantas alusiones injustas que éste le achacaba a la escuela laica, prosiguió:

—Aquí se la dan chanta, señor—gritó un muchachote ordinario del barrio de los corrales.

Don Zabulón casi lo abofeteó. Pero enfiló nuevamente la lección así:

—Hay que amar al vigilante. Hay que defenderlo. Porque es nuestro amparo muchas veces. Porque se sacrifica por nosotros. Porque representa la justicia. Porque es uno de los humildes, pero recios resortes de la ética pública. Porque en su función se eleva su concepto hasta el más alto sitial de las bellas acciones.

Al decir esto, en tono vehemente, abiertos los brazos y fija la vista en el cielorraso, los niños sugestionados, se echaron hacia atrás y miraron hacia arriba.

No hay duda que la imaginación de los chiquillos al influjo del lenguaje hiperbólico de don Zabulón que fué creando un vigilantazo del tamaño de la cúpula del Congreso.

—Bien, hijos—habló el maestro.— El lunes trataremos el mismo tema. Arreglen los útiles.

Cuando sonó la campana de salida, don Zabulón tomó su bastón y se caló su galerita gris, la que haciendo juego con su jacquet del mismo color, le daba el sopuesto aspecto de su sobrenombre escolar: el bicho moro.

Los muchachos lo querían. Porque, en verdad, no era malo. Siempre lo esperaba casi todo el grado en la puerta de calle.

—Vamos—decía, don Zabulón y se ponía en marcha como un ñandú con sus charitas.

"Vamos", dijo el día de su conferencia sobre el vigilante. Y le acompañaron más de treinta chicos. El tráfico a eso de las doce, era enorme. Llenaban la calle los autos, los coches, y cuanto individuo de ambos sexos iba o venía. El agente de la esquina sudaba la gota gorda manejando el tumulto con los golpes aéreos de su batuta blanca. Los vehículos y peatones se cruzaban, volvían o se detenían como las notas materializadas de una pauta áfona.

Don Zabulón y los muchachos, apiñados, no atinaban por donde cruzar. El agente tampoco los atendía, no obstante las miradas devotas y respetuosas de don Zabulón.

Como algunos de los niños querían aventurarse solos, don Zabulón lo detuvo hacia atrás y les dijo:

—Bueno. Síganme...

Había llegado hasta el medio de la calle, cuando un camión casi destrozó sus frenos para no aplastar al maestro. Entonces el vigilante corrió, y nervioso encaró así al motorman:

—No ve usted a esa lagartija, so bruto.

¡El motorman se rió. Los chicos saltaron a la vereda para prolongar una carcajada apretándose la barriga. Don Zabulón se puso lívido. Inmóvil, en medio de la calle, miró avergonzado y furioso al agente.

—Siga, siga...—fué a decirle el servidor del orden público tomándole del brazo, cuando sonó una bofetada y se hizo un torbellino de golpes. Rodó el quepi. Rodó la galerita gris. Cayeron los botones patrios compitiendo en sonoridad con las escasas moneditas del chaleco civil.

Al fin puso en paz a los héroes la piedad del público harto de risa. Los chicos se habían desbandado.

El lunes llegó don Zabulón a la escuela vistiendo saco sobre el pantalón del traje habitual. Una tira emplástica a modo de bisagra unía el párpado izquierdo con la ceja del mismo lado.

Sonó la campana. Iba a comenzar la clase. Don Zabulón se cuadró estoicamente delante de sus alumnos.

—Vamos a hablar del vigilante—dijo sin más preámbulo.

—¿Se la dió, señor?—gritó uno de los más pícaros.

—¡Silencio!—gritó el maestro más estoico que imperativo.

Luego interrogó:

—¿Quién puede hablar del vigilante como conversábamos el sábado?

Vicentito se puso de pie, después de levantar la mano, y habló así:

—El vigilante representa la justicia. Sufre el frío y la lluvia. Tiene esposa e hijos que piden pan. Ganan poco sueldo. Es un servidor de la patria. Nos cuida de noche. Nos resguarda cuando transitamos de día. Yo amo mucho al vigilante. Respetemos siempre al vigilante.

A don Zabulón comenzó a subirle la sangre hasta las orejas. La sincera recitación del chico —casi sus mismos conceptos,—le parecieron ruda ironía. Hubiera entonces cacheteado a Vicentito y a los otros que se metían los pañuelos en la boca para ahogar las risotadas. Pero se limitó a sentenciar, podando las expresiones hiperbólicas de la clase anterior.

—Sí, respetemos al vigilante educado, al vigilante símbolo de la justicia, pero no a los imbéciles como el de la esquina.

Tandil, 1925.

¡El lobo!.. ¡el lobo!..

Un cuento campero de

JAVIER DE VIANA

Era un muchacho enclenque, las piernas increíblemente flacas, arqueado el torso, hundido el pecho, demacrado y pálido el rostro, donde los grandes ojos obscuros estaban inmovilizados en eterna expresión de espanto.

Tenía quince años; se llamaba Cosme, pero sólo le llamaban "El idiota".

Vivía "El idiota" con un viejo puestero sin familia, cuyo rancho dormitaba a dos cuadras del Arroyo Malo. En el arroyo pasaba el chico casi todo el día, todos los días, pescando, que era cuanto sabía hacer. Algunos suponíanlo al viejo don Pancho abuelo del idiota; pero eso no era cierto. Si lo tenía consigo, era obedeciendo a órdenes del patrón, quien le había cedido el rancho de la finada Jesusa, encargándolo al mismo tiempo del cuidado del huérfano, que contaba ocho años en la época de la desgracia.

Refiriendo ésta, volaban muchas narraciones distintas, bordadas todas ellas con comentarios absurdos. La verdad parece ser ésta:

El patrón, don Estanislao, era ya maduro cuando se casó con la viuda doña Paula, la mujer más mala que haya nacido en el pago de Arroyo Malo, desde el tiempo de los españoles hasta ahora. Sus celos lo tenían medio loco a don Estanislao, que era hombre bueno, aun cuando la cara enorme, la cabeza cerduda, la nariz chata, los ojos saltones y los rígidos bigotes le dieran un cierto aspecto feroz de lobo fluvial.

Los celos de doña Paula se enredaban en todo bicho que gastase polleras, fuese joven, fuese viejo, rubio, pardo o negro. Ni la lógica, ni las posibilidades, ni la verosimilitud intervenían para nada en sus agravios. Don Estanislao estaba ya a punto de "enllenarse", cuando su consorte descubrió las relaciones que en un tiempo tuvo con Jesusa, la puestera del Arroyo Malo... ¡Ardió el campo!...

Al fin de dos meses de vida envenenada, Estanislao se dijo una mañana:

—¡Este animal no me va dejar ni sebo en las tripas!... Hay que buscarle remedio.

Y montando a caballo, salió al campo, castigando a su zaino, mientras su mujer le gritaba, desgañitándose:

—¡Andá buscarla, asqueroso!, ¡andá buscarla, andá!...

No oyó más.

Como hacía calor y él estaba con rabia, se dirigió al arroyo para darse un baño. Aquí encaja decir que el nombre de "Malo", con el cual se designa aquel curso de agua, no es fruto de la hipérbole criolla. Hállase constituído por una serie de lagunas—no anchas, pero profundas y "sucias",—separadas entre sí por trozos de estero, terror de quien tiene que atravesarlos.

Don Estanislao, pues, amontonó unos camalotes junto a la orilla del agua, entre los sarandíes, y se sentó, desnudo, "para secar el sudor". Una voz de criatura le hizo levantar la vista y observar la otra margen. Allí, en una abra pequeña, estaba Jesusa lavando; al lado suyo, brincaba el chico. Aquella visión le hizo perder la cabeza, su cabeza de bruto, que se incendió de odios contra la pobre mujer, causa inocente de sus mayores fastidios conyugales. Todo el furor impotente en que le había arrojado su consorte, derivó en un instante hacia Jesusa, la humilde amiga de lejanos tiempos. El vértigo le obscureció la vista, y ya completamente loco, se deslizó en el agua y arrancando un gran manojo de camalotes detrás de los cuales se ocultaba, se puso a nadar hacia el lavadero.

La mujer seguía su tarea, pero el chico se quedó mirando aquella isla de hierbas que avanzaba rápidamente hacia ellos. De pronto, el chico dió un grito de espanto.

—¡Mama!... ¡el lobo!... ¡el lobo!...

Los camalotes se habían detenido junto al lavadero y de entre las grandes hojas verdes emergía una cabeza siniestra, con sus ojos redondos y saltones, su nariz aplastada y sus largos bigotes de cerdas rígidas.

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

No pudo decir más. La fiera se abalanzó sobre Jesusa, que se había inclinado para observar—la cogió del cuello y la arrastró al fondo de la lagana en rápida zambullida.

El muchacho echó a correr gritando con espanto:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

Dos días después se encontró a Jesusa flotando en la laguna. Cosme, completamente idiota, fué recogido por el patrón y entregado a la solicitud de un viejo puestero sin familia.

Allí, cerca del agua, creció "El idiota", enclenque, enfermizo, encorvado, pálido, los grandes ojos obscuros inmovilizados en eterna expresión de espanto.

En un atardecer de invierno, rondaba por la ribera, cuando oyó gritos de auxilio partiendo del próximo "paso", en el estero. Atraído por los gritos, pero sin prisa, fué andando hacia allá, y al echar la mirada al bañado, dió un brinco atrás, exclamando despavorido:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

Era él, en efecto; era don Estanislao, cuyo caballo, hundiéndose en la ciénaga, había cedido, aplastándole. A cada pataleo, a cada esfuerzo del animal para enderezarse, el barrizal lo tragaba un poco más. Del ganadero quedaba afuera solamente la cabeza, la horrible cabeza de lobo, cuyos ojos redondos, saltones, rojos, se fijaban con desesperación en el chico, y cuyos labios, coronados por inmenso mostacho cerdudos, se agitaban gritando:

—¡Avisá en el puesto!... ¡avisá en el puesto!...

Pero Cosme, fijos en la horrible cabezota sus ojos sin luz, no se movía, de cuando en cuando, señalando con su dedo escuálido gritaba:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

La noche iba llegando ya. El caballo había casi desaparecido entre el lodo y sólo se divisaba del grupo la cabeza espantosa del ganadero, haciendo desesperados esfuerzos por mantenerse a flote. La voz ronca y sin eco, seguía aullando:

—¡Avisá en el puesto! ¡avisá en el puesto!...

De pronto la voz cesó, la cabeza desapareció bajo el barro. Entonces, Cosme, "El idiota", echó a correr, rumbo al puesto, gritando con creciente espanto:

—¡El lobo!... ¡el lobo!...

¡Amor!

Amor, riman las aves con sus gorjeos,
amor canta el trabajo de las abejas;
amor propaga el viento plácidamente,
amor ahonda el alma de primavera!

Amor susurra el aura de la mañana,
amor dicen las flores en el pensil,
amor canta la linfa del arroyuelo,
amor, Diana no cesa de sonreír.

Amor ofrenda el cielo, amor perfecto;
amor gloriosamente regula el sol;
amor brindan alegre los pececillos,
amor sueña la fuente, en su canción.

Y yo aspiro las auras, beso las flores
amo a la blanca luna y al sol radiante,
bebo la fresca linfa del arroyuelo,
siento en la primavera cantos de madre!

Y al trinar de las aves en la campiña,
me embriago con las flores como la abeja
coreando las canciones de ese misterio
que glorioso palpita en la madre tierra!

Clarisa Garriola de Diego Arbo.

Descubrimiento de poblado salvaje

Para explorar la región donde nace el río Pasima, afluente del Orinoco, organizó no ha mucho el doctor norteamericano Mr. Hamilton Rice una expedición que hubo de emprenderse en un hidroplano de especial construcción.

Los exploradores iban provistos de toda clase de elementos para asegurar el feliz resultado de la empresa.

Llevaban, desde un aparato de la telefonía sin hilos para comunicar en caso preciso con las poblaciones norteamericanas, hasta esas chucherías que representan el mejor salvoconducto para con los salvajes, quienes tanto estiman objetos tales como collares de piedras o cuentas de colores, cortaplumas y otras baratijas.

Llegados a adecuado paraje, los expedicionarios se elevaron en el hidro a una altura de 1.000 a 1.500 metros y recorrieron en su vuelo toda la extensa comarca bañada por los ríos Branco, Uraciera y Pasima, e hicieron curiosas observaciones sobre aquella región tropical, todavía inexplorada, aunque es de advertir que durante la última década el inmenso territorio comprendido entre el caudaloso Amazonas—que cruza en casi toda su extensión la América del Sur, de Poniente a Levante—y el Orinoco, han sido objeto de atención de los exploradores, gran número de los cuales han efectuado expediciones allí, en donde todos han realizado hallazgos de más o menos importancia.

Los expedicionarios a quienes nos veníamos refiriendo, arrojaron desde el hidroavión atados a pequeños paracaídas, los regalos que a prevención llevaban para captarse la simpatía de los aborígenes, que jamás habían visto a un blanco, y cuando los exploradores comprendieron por las gesticulaciones de alegría de aquéllos y por sus actitudes de asombro que nada tenían que temer, efectuaron el descenso.

Al pronto los salvajes se apartaron del lugar en que había tomado tierra el aparato, pero no tardó en predominar la curiosidad sobre el recelo y fueron acercándose para contemplar con admiración creciente el hidroavión y a sus tripulantes.

Estos manifestaron el deseo de recorrer aquel terreno, y los indígenas les dieron toda clase de facilidades. Se prestaron hasta a llevar a la sirga una lancha, en la que embarcaron los exploradores para llevar a cabo parte de su excursión por el río.

El pueblo salvaje de que se trata habita las selvas vírgenes que hay entre el Amazonas y el Orinoco, y conservan fielmente aquellos indios las costumbres de sus antepasados. Su única arma de caza es la flecha, en cuyo manejo son tan hábiles que la utilizan hasta para la pesca.

El doctor Rice, antes de emprender el vuelo de regreso, procedió a medir la estatura y el perímetro torácico de algunos de aquellos negros, que se prestaron sin recelo a semejantes manipulaciones y despidieron con demostraciones de supersticiosa veneración a sus primeros huéspedes blancos.

Balada ingenua

Todo está perdido, todo está perdido,
todo se perdió...
Mañanas de junio, mañanas de enero,
grises en la niebla, rubias bajo el sol.

Alegría sana, sencilla alegría,
todo ya pasó.
Eramos ingenuos, éramos dos niños,
creimos eterna la dulce canción.

Fugas en la noche bajo las estrellas,
fugas bajo el sol.
—¿Me quieres?—Te quiero—y nos arrullaba
siempre el mismo son.

Primero fué el beso, recuerdo, fué el beso
loco de pasión.
Después una dulce ternura sin nombre,
un éxtasis hondo..., un soplo de Dios.

Alguien dijo un día que nos templaríamos
en fuegos de amor.
Y predijo penas, y predijo horrores,
que en nuestros destinos tal cosa leyó.

Y los dos reímos, frescos nuestros labios,
fresca la ilusión.
Y los dos reímos, y los dos reímos...
Mas, tú no dijiste ni lo dije yo...

Y pasaron años, y ¡en verdad! labramos
el propio dolor.
Eramos ingenuos, éramos dos niños,
en tierra propicia ¡cómo floreció!

—¿Me quieres?—te quiero; y aunque lo sabía-
[mos
por igual los dos,
un sabor amargo tomaban las bocas,
y el beso filtraba desesperación.

Todo está perdido, todo está perdido,
todo se perdió.
Un año, dos años, tres años tan sólo...
¡Cómo ha envejecido nuestro corazón!

Alegría sana, sencilla alegría,
todo eso pasó.
Eramos ingenuos, éramos dos niños,
creimos eterna la dulce canción.

María Luisa CARNELLI.

Con el almacén a cuestas

Las pequeñas repúblicas de la América Central, con su clima maravilloso, en una situación geográfica envidiable, con un suelo feracísimo, podrían ser los países más ricos del mundo. Podrían serlo, pero no lo son. Las revoluciones incesantes, las rivalidades políticas y la apatía de sus habitantes, perjudican grandemente a su progreso.

En Guatemala, por ejemplo, apenas hay ferrocarriles, y los que hay, malos y lentos, y los caminos, cuando los hay, están en pésimo estado.

¿Nos asombrará, después de esto, ver al comerciante con todos sus artículos a cuestas recorriendo el país para hacer sus ventas?

Estos extraños negociantes son casi todos sirios.

Llevan consigo todo un surtido de aquellos géneros que ellos saben han de tener fácil salida, pues conocen muy bien las necesidades de los habitantes del país que recorren.

Visitan hasta las más pequeñas aldeas, venden de todo, y con todo ello sobre las espaldas. Alfombras, telas, agujas, utensilios de cocina, jaulas, esteras, cuerdas, peines, clavos, herramientas para diferentes oficios, collares, bisutería falsa y hasta loros y pajarracos.

Y hacen buenos negocios: nada de precio fijo, depende del cliente y de la localidad. Cuanto más puedan robar, mejor.

Alga comestible

Una de las algas de que se hace más consumo en la China y el Japón es el "Asacasa nori", cuyo desarrollo en los alrededores de Tokio se logra del modo siguiente: en el fondo del agua, que tiene allí poca profundidad, se colocan varias hileras de ramas de roble "(Quercus serrata, Th.)", que comienza a brotar en junio o julio. A los dos o tres meses aparecen ya entre las hojas de los brotes los tallos de las algas, los cuales se extienden con rapidez hasta sobresalir de las hojas más grandes. Comienza entonces la recolección, que se hace en días alternados, y dura todo el invierno, hasta el mes de marzo. Las que se toman más adelante son muy duras, e inútiles por lo tanto para el objeto a que se destinan. Cuanto más salada es el agua, mejores son las algas; de modo que si caen copiosas y abundantes lluvias, su calidad desmerece. En Asacusa, de donde toma su nombre este vegetal, se toman ya algas en el año 259 por el promontorio de Sundagassa; pero los depósitos térreos y pedregosos, cerrando la comunicación con el mar, convirtieron en dulce el agua salada, con lo cual desapareció la cría de aquel lugar. Las ramas del roble pueden servir hasta tres años, pasados los cuales se inutilizan a causa de perder la corteza, órgano necesario para la producción de yemas.

Manjares de la antigüedad

Según Plinio, los romanos consideraban los caracoles como un plato selecto. Todos los días, al principio del invierno, salían navíos a aprovisionarse de ellos a Sicilia, España y Africa.

Mas tarde, unos gastrónomos concibieron y realizaron la idea de encerrar los caracoles para engordarlos en unos parques llamados "coklearia".

Dioscórido, Plinio y Celsio hacen un gran elogio de las propiedades alimenticias de los caracoles.

Y si los antiguos engordaban los caracoles con un cuidado particular, los guisaban con no menos cuidados. Apicius, en su "Tratado de Arte Culinario" indica cómo los guisaban los más expertos. Se cocían en leche, se enharinaban y se freían con azafrán.

El caracol era para los druídas lo que el escarabajo sagrado para los sacerdotes egipcios: un símbolo de la inmortalidad.

En la quintana

Por Ramón Pérez de Ayala

A la parte sur de Oviedo, que es la más quebrada y pina de esta pina y quebrada ciudad heroica, sálgase por la calleja de las Carmelitas o por el barrio de San Lázaro, según se camina, el caserío va ocultándose tras de lomas y montañuelas, bien mullidas y ornadas de praderas, árboles y maizales, de manera que sucediéndose y abrazándose las unas a las otras, levantan un muro o cordillera, grande para lo uno, chico para lo otro, que desciende muy dulcemente y con blandura hasta una cañada, por donde debió de correr un río en otro tiempo, y ahora, entre arenas de sil y blimales grises, se empereza un regato, aprovechamiento exiguo de contadas lavanderas, innumerables nevatillas y algún ruiseñor que otro, si se escucha la autorizada voz de la chiquillería. Esta cañada que va de Oriente a Occidente se llama Vega, y tiene aquí y acullá, prendidos en la granda de castaños, álamos y pomares, no pocos caseríos aldeanos.

Pin de Pepona tenía en arrendamiento uno de estos caseríos, perteneciente a un señorón de Oviedo, muy metido en política y persona de cierto fuste. La finca, compuesta de casa —cuatro paredes alumadas, cobijo de hombres y bestias,—una docena de manzanos a la espalda, hórreo al frente y más allá del hórreo una pradera en declive, venía usufructuándola, de generación en generación, la familia de Pin de Pepona. Cuando Pin de Pepona fué mozo y estuvo para ello, buscó lo que los hombres, aves, animalias y bestias de cueva buscan, según natura, es decir, su hembra. Y la encontró en un pueblo cercano, la Manjoya. Se llamaba Rosa, y tenía muy poco del nombre. A poco de casados Pin y Rosa, murióse la madre de aquél, es decir, Pepona, que durante toda su existencia había llevado con dignidad y justicia el aumentativo. Y Pin y Rosa comenzaron a criar hijos para la tierra. El primero se llamó Pin, como su padre; el segundo, Antón; la tercera, Rosa, como la madre. En la casa hubo también dos vacas bermejas y fecundas; la "garrida" y la "galana". La "garrida" y la "galana" pastaban en el prado frontero a la casuca, y daban leche abundante casi todo el año, que Rosa vendía a una vecina, y ésta revendía en el mercado de Oviedo, después de refinarla convenientemente con agua, almidón y otras substancias idóneas, en cuya manipulación era de habilidad notoria.

Pin y sus gentes vivían en reposo patriarcaly campesino, apegados a la costra de nuestra madre común, medrando con sus dones materiales y perdiendo día por día la conciencia de su individualidad humana para derretirse en la substancia muda y misteriosa que por la tierra circula; más claro, embruteciéndose, que viene a ser lo mismo que divinizándose. Aunque Oviedo, a la otra banda del muro de colinas, palpitaba, algo envejecido y perezoso, para Pin y su prole, era no menos desconocido que cualquiera urbe populosa y lejana, Farsistán de leyenda.

Hasta que, como ellos no iban a la ciudad—como no fuera en la manifestación mercantil de la leche almidonada,—la ciudad vino a ellos. Oviedo, que comenzaba a desperezarse, tendió hacia San Esteban de Pravia un brazo de hierro, y este brazo partió por la mitad el prado donde pastaban la "garrida" y la "galana", las vacas bermejas. El uncido y muelle tapiz de verdor, colgado, cuesta abajo, en suave curva, perdió dos tercios de superficie, con un boquete o herida roja y profunda, en cuyo seno pasaba como una ráfaga de horror el estruendo del tren.

Aquella incisión sangrienta y estremecida la sintió Pin como abierta en sus carnes. ¿Dónde iban a pastar la "garrida" y la "galana"? Las dos vacas envejecían solemnemente. Parecían genios de naturaleza albergados en la mansión de Pin, diosas campestres y tutelares. Fué preciso cometer el delito de simonía y sacrilegio, vender las diosas de ubre repleta. Pin pecó—triste es decirlo—con cierto pesar, pero no tuvo remordimientos.

En la parte de prado que le quedaba sembró una llosa de maíz. Por aquel entonces llegó a tener cinco hijos y cinco cerdos. Los dos últimos "neños" se llamaron Mingo y Pachín; los "gochos", aunque sin apelativo determinado y constante, recibían los más blandos, hiperbólicos y encomiásticos nombres: tales como soles, tesoros, guapinos, príncipes, etc., etc., que ellos escuchaban gruñendo, desagradecidamente, sin darse cuenta de la alta merced que se les confería.

Los cinco chicuelos eran cinco rolletes de carne recamada de cochambre, tostado el color, colorados mofletes, los ojos entre grises y azules, castaño el cabello, en hopos y greñas flotando sobre el rostro. Pasábanse el día revolcados en el cucho de la quintana, o sea, plazoleta que se hace entre la casuca y el hórreo, mordisqueando "boroña", azotándose, berrando, como sus amigos los cinco "gochos". Estos, hijos de una marrana esplendorosa y pingüe, ya difunta, eran cinco bestezuelas de color de pizarra, en buenas carnes, gracias a Dios, el rabo, en forma de pámpano, alegre e inquieto, retozones y con todo aquel donaire grotesco que cumple a tan estúpido animal.

Pin se extasiaba contemplando a los cinco puercos. Eran una gracia para los ojos de verles ir y venir, hozar, zambullirse en la duerna, agitar la suculenta cogullada frailuna, mover el gelatinoso hocico truncado. Si las vacas eran divinidades graves y austeras, estos cinco hermanos fueron a la manera de aquellos dioses ridículos y jocosos de algunos cultos primitivos.

Una mañana, Rosiña no pudo levantarse del jergón de hoja de maíz. Tosía fieramente, y su carita se amorataba con los golpes de tos. No podía respirar y exhalaba débiles quejas enronquecidas que se apagaban en el guirigay de sus otros hermanos y en el bullicio insolente de los gorrinos. Al otro día cayeron también en cama Mingo y Antón, con idénticas señales de sufrimiento que la niña. Cuidábalos su madre como le venía a las mientes, con emplastos al pecho que ablandasen la tos y cocimiento de ortigas, que son de gran virtud.

Pin, entretanto, permanecía, como siempre, absorto en la contemplación de la naturaleza, cuyas fuerzas confusas habían encarnado en los cinco príncipes. Lo esencial era seguir, momento por momento, la opulencia creciente de estos individuos torpes y glotones; los "neños" ya curarían solos. Pero no curaron, sino que se murieron, y los otros dos a los pocos días, sin que sirvieran de nada los remedios que para atajar el mal aconsejó el médico, solicitado a última hora. Rosa, la pobre mujer, avejentada, menos rosa que nunca, cayó en mudo abatimiento. Pin fué hombre fuerte, con la fortaleza pasiva e indiferente que la tierra enseña a quien la quiere oír, y con Job, parecía pensar: la tierra me los dió, la tierra me los quita; hágase su voluntad divina. Vino a ser como si le cortaran las cinco uñas de una mano, excresencias que le salen a uno sin utilidad patente. Otra cosa fueran los dedos; y los dedos en este caso, me atrevo a decir que eran los cinco gorrinos. Sin embargo, el dolor de Rosa se le contagió a Pin. Cuando pasó el tiempo advirtió la falta de los niños como si le faltara algo de aire. Y, sobre todo, trató de convencerse de que debía estar triste.

Una tarde aportó por la casuca el hijo del señor, un mozo cuidadano que salía algunas veces por los alrededores de Oviedo. Pin y su mujer recibiéronle con la servidumbre y amable humildad que viene de tradición en el trato de colonos y dueños. Sacáronle una tajuela donde se sentara, que venía fatigado y encendido. Regaláronle con una cuenca de leche, pedida a una vecina, que él bebió con gusto. Ofreciéronle priscos de un frutal que esquilaba por un muro de la casa. Comenzaron a platicar.

El día era de los últimos de julio. Caía la tarde y se levantaba desde lo hondo de la cañada mansa brisa.

El señorito examinó los cerdos, pesados, lentos, de una gordura petulante y burguesa. Los elogió sin tasa, moviendo en el rostro de Pin una expresión desbordante de placer. Después de una pausa dijo:

—¿Y los rapaces?

Rosa rompió a llorar. Con el mandil ocultó el rostro. El señorito agregó, mostrando interés:

—¿Ha ocurrido alguna desgracia?

—Una desgracia, sí, señorito. Pero la cosa non ye pa tanto. Estas muyeres...

—¿Se ha muerto alguno?

—Todos, señor.

—¡Qué desgracia! Tiene razón Rosa. Pero, ¿cómo ha sido? Tan de repente...

Pin adoptó un gesto compungido.

—El diaño que lo sepa. Dioyes un mal y escomenzaron a toser y a echar la sangre por las narices. Parecía que se afogaban—. Pin abatió su cabeza, indicando con esto que el dolor le abrumaba—. Un mal del diaño, señor. En cuatro días morrieron todos, morrieron todos.

La brisa cruzaba como un aliento terrible. Por las arboledas que cubren los collados pasó un escalofrío. Los tres callaban. Pin miró a sus cerdos, barones e inactivos, y habló vivamente.

—Un mal del diaño; si me da por los cerdos me amuela.

CUESTIÓN DE FE



—Mi marido estaba muy enfermo; pero el médico le puso una maquinita que llaman termómetro, y le hizo tanto bien!...

Los pesimistas

Suelen los pesimistas hablar mal de la vida y disfrutar de ella como nadie. Así Schopenhaüer, burgués sensual y egoísta, bien hallado ante las mesas de los festines y las confortaciones de las bellas viviendas; así Byron, dueño de hermosos parques, conquistador de bellas mujeres y disipador de pingües fortunas; así Omar Kayham, bienquisto y agasajado por la Corte de Persia; así Leopardi, tuberculoso por su culpa, tras una vida de placer. En rigor lo que lamentan no es que la vida sea mala, sino que se acabe y que no siempre pueda ser gozada en su plenitud.

Antonio ZOZAYA.

El mundo pintoresco

Costumbres curiosas de los pueblos lejanos. — La fiesta de la vendimia en Vevey

Es una fiesta muy característica, muy original y muy brillante la que a principios del mes de agosto atrae al borde del lago Ginebra todo lo que Suiza contiene de curioso: Vevey de habitantes y el cantón de Vaud de vinicultores.

Los alegres pasatiempos duran cinco días: cinco días durante los cuales las danzas suceden a los coros, a los banquetes, a las fiestas venecianas y a las procesiones y desfiles semejantes a los de la edad media.

Estas fiestas están organizadas por la Sociedad de los Viñateros, asociación que data del siglo XVI. Está dirigida y administrada por un abate que, a decir verdad, no puedo ser más laico.

Vevey, riente y graciosa, situada a orillas del lago Leman, se despierta una mañana, al ruido de un cañonazo, toda ornada de gallardetes.

En la plaza del mercado hay una palestra arenosa, cortada por un gran círculo cubierto de césped, reservado para el baile. Alrededor se extienden tres estrados que pueden contener reunidos quince mil espectadores, sin contar los racimos humanos que se suspenderán de las ventanas, de los techos y de las terrazas.

Cerca de allí se encuentra la escena primitiva a la cual dan acceso tres enormes arcos triunfales dedicados a Baco, Palas y Céres, decorados con ramas, flores, pámpanos, banderas y atributos; una sala en pleno aire libre, sobre la cual el sol vierte la riqueza de sus rayos matinales. Las decoraciones no son otras que el pacífico lago, con reflejos plateados y más lejos los Dents del Mediodía, los Alpes del Valais y el Catogne que elevan hacia el cielo sus brillantes ventisqueros empenachados con brumas ligeras y fugitivas. Y nada más que eso.

El cortejo avanza hacia este teatro hecho por la naturaleza. Los actores, las actrices y las bailarinas son en número infinito, pero entre ellos no hay un solo histrión de profesión. Esos pastores, esos músicos y esos gentileshombres campesinos, que se creerían salidos de una tela de Laueret, esos augures, esos dioses olímpicos que parecen escapados de "La vigía romana" de Couture, son los paisanos del país, los rudos trabajadores de la tierra, y esas pastorcitas Luis XV que parecen una creación de Watteau, y esas bacantes y diosas morenas o rubias, son las robustas hijas del cantón.

Sobre el estrado de honor, el abate con el cayado en la mano, elegante con su traje de seda violeta de obispo de otros siglos, está rodeado por el condestable, y de los consejeros de la asociación, vestidos con trajes verdes con bordados plateados; detrás de ellos están los viñateros con trajes de este mismo color, y blanco, que son los colores del cantón de Vaud.

Un coro majestuoso entona el cántico suizo "Zwissig", y el "Saludo a la Patria".

De cada lado, detrás de los cantones, están agrupados los cortejos mitológicos, adornados con los colores particulares dominando el azul para el de Palas y la primavera, el rojo, para el de Céres, y el verano, el verde, para el de Baco, y el otoño. Es una profusión de tintes vivos, de un efecto maravilloso.

Después comienzan las danzas. Los niños y niñas bailan la danza de la Primavera, con esa gracia esbelta propia de su edad. Los segadores, los jardineros y los sembradores, danzan y cantan a los acordes del popular aire de "El adivino de la aldea".

En seguida se presentan: los "Armaillés" de la Gruyére, vestidos de terciopelo violeta llevando sus bueyes y sus vacas magníficas, ornadas con collares de cobre con grandes cascabeles, los "Bovairous" con trajes griegos de tela bordada, con una gran pipa en la boca y un látigo en la mano, los "Yodleurs appenzellois" con pantalón amarillo y chaleco rojo, silbando aires tiroleses. De entre éstos, en un momento dado, sale un cantor, que con voz poderosa entona el "Ranz les vaches", esa melancólica y emocionante Marsellesa de la Helvecia.

Después sigue el desfile de las diosas. Palas aparece sonriente recostada sobre un sitial de reflejos nacarados. La sigue el carro de los de Gruyére, cargado de utensilios rústicos, de quesos, y de casitas de cartón. En seguida avanza la purpúrea Céres, envuelta en tules y coronada de espigas, sobre su carro escarlata arrastrado por bueyes con las astas doradas; delante ella marchan los portadores de emblemas, y el gran sacerdote en lujoso trajo de seda blanca con estrellas de oro. Los sembradores, [illegible] y molineros sirven de escolta a su mitológica patrona. Detrás de Céres viene Baco, que incontestablemente es el "cloo" de ese soberbio desfile. Para representarlo se elige el más hermoso joven del cantón, que semidesnudo aparece sentado sobre un trono en forma de tonel. Está rodeado por faunos, cubiertos con pieles de pantera, y por negros que conducen yeguas empenachadas con pastos vistosos; delante de su carro, forrado de terciopelo verde danzan las bacantes y los sátiros, que forman su alegre corte. El gran sacerdote de su culto, con vestidos de satín verde, un rojo manto y una tiara cubierta de brillantes pedrerías, precede con una pontifical majestad a ese cortejo de pompa asiática. El grueso "Sileno", sostenido sobre su asno por dos etrópicos, los toneleros y los viñateros, y por último los cazadores de gamuzas, acompañan y escoltan al dios del vino, que tiene su copa de oro, debajo de su dosel de pámpanos.

El desfile termina. Los coros comienzan de nuevo, pero esta vez se mezclan a las danzas, que se convierten en verdaderas bacanales, locas, ardientes, tempestuosas, pero no tumultuosas, y siempre encerradas en los límites de la más perfecta decencia.

Después de esa orgía de gritos rimados, y de saltos minuciosamente reglamentados, todo el movimiento endiablado y desordenado en apariencia se detiene a la vez, como si la vara mágica del hada del silencio se hubiese extendido repentinamente sobre las cabezas de las bacantes y de los faunos delirantes.

Una música campestre y dulce se hace oír a la entrada de la palestra. Los músicos ambulantes de los pueblos avanzan lentamente precediendo una boda—una "verdadera" boda. Los contrayentes adelantan del brazo. La asociación de los viñateros, es la que dota a estos enamorados; es ella la que les ha regalado el "trousseau" expuesto sobre el carro que sigue al cortejo nupcial.

Esta conclusión pastoral, junto con el himno religioso que termina la representación, hacen salir a ésta presto del aspecto de paganismo que había tenido hasta entonces. El valse de Tarbach que bailan primero los novios, después el cortejo y por último todos los presentes, trae francamente al espectador, de la fastuosa mitología, a las costumbres dulces, sencillas y honestas de los modernos campesinos suizos.

Los ojos quedan deslumbrados y encantados y el corazón emocionado por este último y tierno cuadro, y el alma se siente penetrada por el impulso supremo del patriotismo que emana de todos los cánticos que alegran esta fiesta tan característica como original.



Mi vida fué melancolía...

Mi vida fué melancolía,
si amé, ya no recuerdo a quién;
mas de continuo sonreía
y sonreía con desdén.

Fué mi esperanza como un vago
suspiro de irreal dolor
y en noche azul oí el halago
de un melodioso ruiseñor.

Mi ensueño fué ignorada fuente
fluyendo en otoñal vergel
donde reinaba dulcemente
la soledad, amada fiel.

Por la ilusión, sutil aroma
de ultraterrestre levedad,
pretería el oscuro idioma
de la increada eternidad.

Era mía la primavera
de sonrosado peplo y fué
mía una alondra mañanera
que nunca más escucharé.

Era mío el fervor que ansía
romper con toda esclavitud,
reinaba el alba y era mía
la engañadora juventud.

Ninguna sed he mitigado.
nadie mi vaga sed sació;
era mi vida cincelado
cáliz, vacío se quedó.

Dios en mi alma había escrito
"jamás". ¿Qué pudo florecer?
Me consumió un amor maldito
por lo que nunca pude ser.

La última rosa del verano
ya desfallece de ansiedad.
¿Morir en flor? ¿Vivir en vano?
Piedad, Señor, Señor... ¡Piedad!

Mi vida fué melancolía,
si amé, ya no recuerdo a quién;
mas de continuo sonreía
y sonreía con desdén.

Augusto Antonio Aravena





El submarino que hundió al "Lusitania"

Como recordarán nuestros lectores, el submarino alemán "U-20", que echó a pique al transatlántico inglés "Lusitania", se hundió, a su vez, el 4 de noviembre de 1916, en la costa occidental de Jutlandia. Antes de abandonarlo, habían intentado los alemanes destruir al sumergible, y, aunque fué puesto a flote por los dinamarqueses, el "U-20" no era ya más que una pavesa y, por fin, decidió proceder a su voladura la marina danesa.

Fué el 7 de mayo de 1915 cuando el "U-20" torpedeó, en aguas del Sur de Irlanda, a la altura de Kinsale, al "Lusitania", que efectuaba la travesía de regreso desde Nueva York a Liverpool. Se fué a pique el magnífico buque en el breve espacio de 20 minutos. Iban a bordo 1.198 personas, entre pasaje y tripulación.

Alegaron los alemanes que el "Lusitania" figuraba como crucero auxiliar en la lista de la flota británica, y parece que se demostró que, cuando fué atacado, no había sido aún provisto de ametralladoras.

La pérdida del "Lusitania" produjo enorme sensación en Inglaterra. Ese buque y su gemelo el "Mauretania" fueron construídos para la competencia con los grandes vapores germánicos de la Hamburg-Amerika Linie y del Norddeutscher Lloyd (Lloyd Nortealemán), preferidos, merced al lujo de sus instalaciones y a sus dimensiones colosales, por la clientela de multimillonarios yanquis. Pertenecían el "Lusitania" y el "Mauretania" a la Cunard Line, la gran compañía nacional inglesa, y cada cual de sus barcos tenía 31.550 toneladas de arqueo, la potencia de sus máquinas era de 70.000 caballos y el andar llegaba a los 26 nudos por hora. Se les consideraba como modelos los más completos y perfeccionados de palacio flotante con la máxima comodidad para los pasajeros. El Almirantazgo inglés había prestado su poderoso concurso financiero a la Empresa Cunard para que la construcción de aquellos colosos del mar se llevase a cabo con toda rapidez y sin reparar en los gastos. Los dos buques eran el orgullo de la Gran Bretaña.

En cuanto al sumergible "U-20" pertenecía y era el prototipo de una serie de nueve submarinos que habían comenzado a prestar servicio entre 1913 y 1914. Su desplazamiento era de 840 toneladas, y su velocidad, de 17 nudos, en la superficie. Iba provisto de tres tubos lanzatorpedos.

Cuando echó a pique al "Lusitania", ese submarino pertenecía a la base naval de Emden.

Las chulpas

Con este nombre se conocen las antiguas tumbas de los indios aymaras, que habitaban el Perú antes de ser conquistados por los incas, y de los cuales sólo quedan ya unos doscientos mil individuos, esparcidos por el alto Perú o por la frontera de Bolivia. Para enterrar sus cadáveres construían sepulcros de forma de pirámide truncada, con una puerta muy baja al poniente y una pequeña ventana al saliente; la reducida habitación interior estaba destinada a diez o doce individuos, que embalsamaban con la planta llamada "Chenopodium ambrosioides", y que colocaban en círculo sentados en el suelo, con las piernas y los brazos doblados delante del cuerpo y vestidos con sus ropas o metidos dentro de un saco que sólo dejaba al descubierto la cara. Al lado de los cadáveres ponían maíz, utensilios de cocina, de caza, de pesca, para hilar, etc., según el sexo y cuando ya había número suficiente tapiaban la puerta, comunicando sólo la tumba con el exterior por medio de la pequeña ventana. En la actualidad se encuentran todavía en el Perú algunas de dichas sepulturas, pero vacías en su interior, porque los europeos se han ido llevando a los Museos de Europa los cadáveres momificados que han encontrado en ellas, y en los cuales han comprobado, examinando los cráneos, la extraña costumbre que tenían los aymaras de deformar la cabeza aplicando a los recién nacidos tablillas cubiertas de algodón o lana, y sujetas por ligaduras, que, ejerciendo una presión continua, la hacían adquirir una forma ovoidea muy prolongada.

El timbre de la voz

La voz humana tiene dos clases de timbre: el claro o "voz clara", que se representa por la entonación de la letra "e", y el timbre obscuro, "voz obscura", representado por la letra "o". El primero es más sonoro y más variado en sus modulaciones; es propio del cantor francés, y se adapta, sobre todo, al papel de tenor. El timbre obscuro tiene una sonoridad uniforme, pero más agradable al oído, y, sin embargo, fatiga el órgano vocal; es especial de los cantantes italianos, y conviene a los barítonos.

El mismo cantor puede emplear indistintamente los dos timbres, como puede también dar la misma nota en los dos registros de pecho o de falsete. No es raro tampoco ver en una misma persona un timbre para la palabra y otro para el canto.

El timbre y la intensidad de la voz dependen sobre todo, de la resonancia y de las partes situadas encima de las cuerdas vocales inferiores, y que concurren a reforzar cierta armonía del sonido producido. Se demuestra fácilmente, disponiendo sobre un fuelle de órgano una laringe natural, que se aisla en un momento dado de los órganos subglóticos.

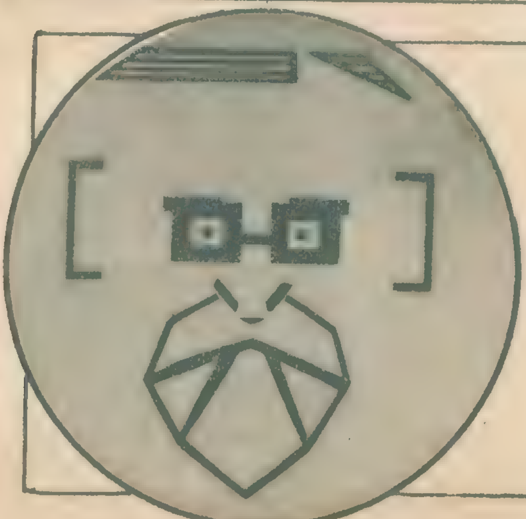
¿Qué edad tiene la tierra?

Muy diversas son las opiniones de los hombres de ciencia sobre la edad de nuestro planeta. La hipótesis de Ussher, que figura en su Cronología, según la cual la creación tuvo lugar hace 5.926 años, ha sido abandonada.

Lord Kelvin, teniendo en cuenta el descenso de velocidad en la rotación de la tierra, sugirió la idea de que hace la friolera de 10.000 millones de años que el día duraba solamente tres horas.

En el salón de la Asociación Amigos del Arte

Exposición de estilizaciones de Dardo Salguero de la Hanty



Pedro Figari.



El caricaturista señor Dardo Salguero de la Hanty.



Van Ferreira.



Leopoldo Lugones.



Zum Felde.

Exposición de caricaturas de Francisco A. Palomar



Señor José A. Oría.





El caricaturista señor Francisco A. Palomar



Doctor Oliverio Girondo.



Señor Juan Pablo Echagüe.





El pintor señor Fernando Fader.

VIDA PERIODISTICA



Policía de la Capital



LA TRAGEDIA DEL HOSPICIO DE LAS MERCEDES









DE BOLIVIA



[illegible]



[illegible]

TEATROS



[illegible]

La visita de los maestros argentinos a la Asunción (Paraguay)





[illegible] ante la visita que [illegible]



Declamación y Arte escénico

[illegible]



La página humorística



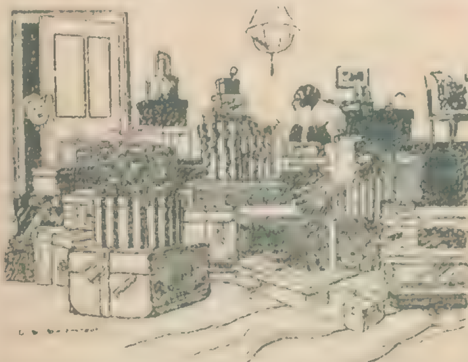
—Está demasiado gordo, señora. Es su única enfermedad. No hace bastante ejercicio.
—¡Cómo! Si todos los días sale conmigo a pasear en automóvil.



—¿Por qué me llamarán? Lo que es hoy no me olvido de nada.



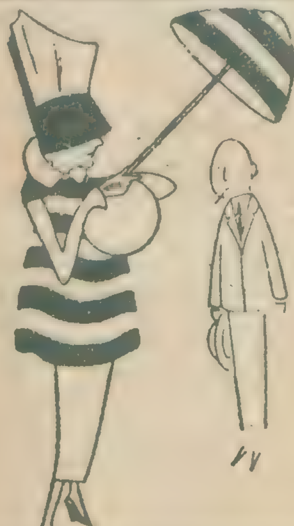
—¡Qué mala memoria! Hace quince días que me dijo que iba a pegarse un tiro porque no le llevé el apunte.... Se ha olvidado de mí y de matarse.



—Entra. No te asustes. No voy a comprar nada Son cosas que he hecho traer para elegir...



—¿Qué te pasa? Estás pálido como un sentenciado a muerte.
—Y lo estoy. Figúrate que el tipo que me vendió, hace ocho días, el auto, ha venido a ofrecerme hoy un seguro de vida... ¿Por qué?



—Nada, Reginaldo. Yo no saldré contigo mientras no te quites ese alfiler de corbata. No quiero llamar la atención en la calle.



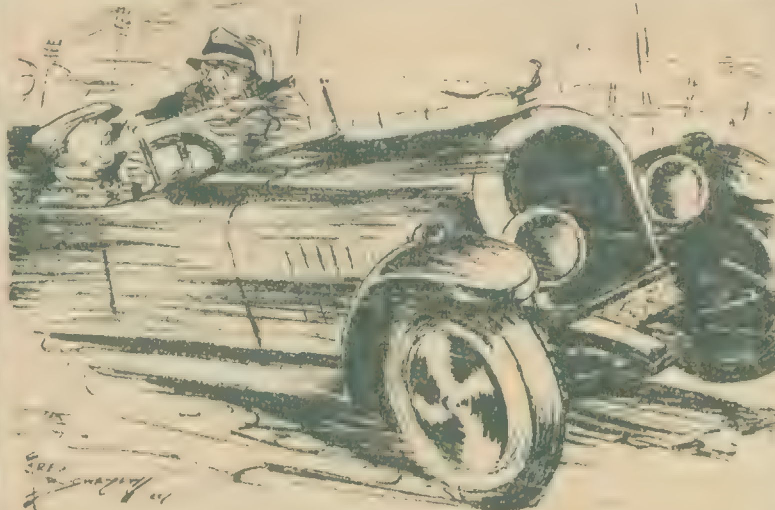
—Es un papel delicioso para escribir cartas de amor...
—No, señorita. Yo deseo uno para escribir a mi esposo.



—¡¡¡Ay!!! ¡¡¡Mi marido gravísimo!!!... Pero este telegrama está fechado hace diez días.
—Perdone la señora; pero como se trata de una mala noticia, no habrán querido dársela de pronto.



—¿Por qué me ha dicho usted que me parezco al Polo Norte?
—Porque todos tratan de llegar hasta usted y siempre permanece tan fría.



—¿Pero vas a batir el récord de velocidad?
—No. Pero me queda poca nafta y quiero llegar a un garage antes de que se termine.



—¿Quiere bailar este shimmy, señorita?
—Sí. Vaya a buscarme un compañero.

INFORMACION GRAFICA DE ROSARIO DE SANTA FE



Campeonato de box organizado por la Federación Santa-[illegible] Sánchez y Perazzo. Venció el primero por puntos



Suárez v. Telesca. Peso pluma. Triunfó el primero por puntos.



Alejandro de G[illegible] y [illegible] por K. O.



Alejandro Santoro, clasificado en la categoría peso gallo.



Señor Pablo Baiocchi, recientemente elegido presidente del Centro Rural de Cerealistas.



Durante una fiesta campestre llevada a cabo por los socios del Club A. [illegible] familias.



Concurrentes a la fiesta infantil que los esposos Reviolo-Rodríguez ofrecieron en su residencia particular, festejando el cumpleaños de su hi[illegible] Beatriz Blanca.



Team de Newell's Old Boys, que venció a Talleres por 1 a 0 goals, perfilándose como posible triunfador en el campeonato por la Copa Vila, de la actual temporada.

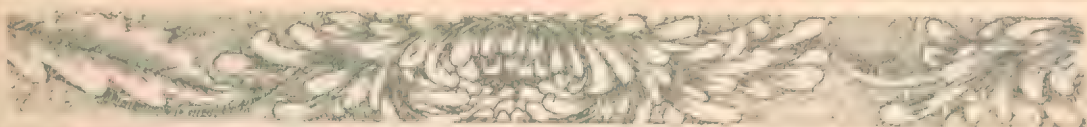


[illegible] de la Compañía Podestá Hermanos que actúa con brillante éxito en el cine teatro Plaza.

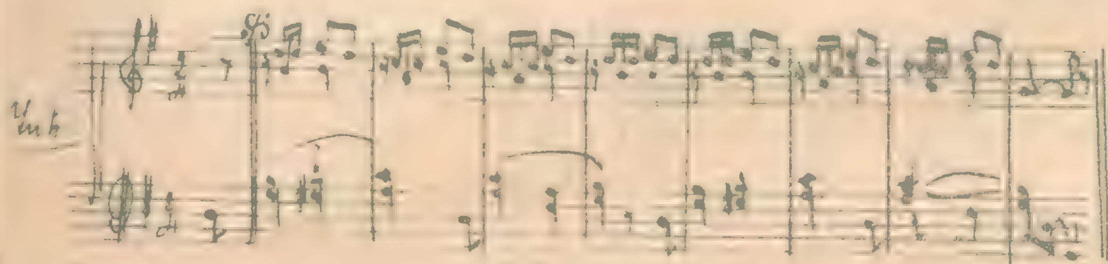


Banquete realizado en el Hotel Central por los dueños de panaderías de Rosario, Buenos Aires, Córdoba y algunas poblaciones del norte que asistieron al re[illegible] congreso del gremio.

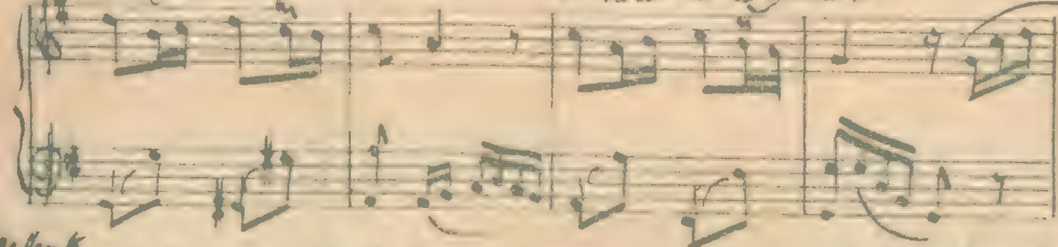
Fots. Flores Toledo

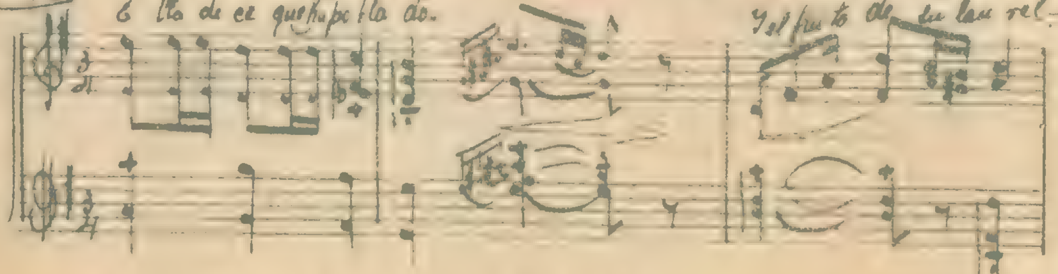


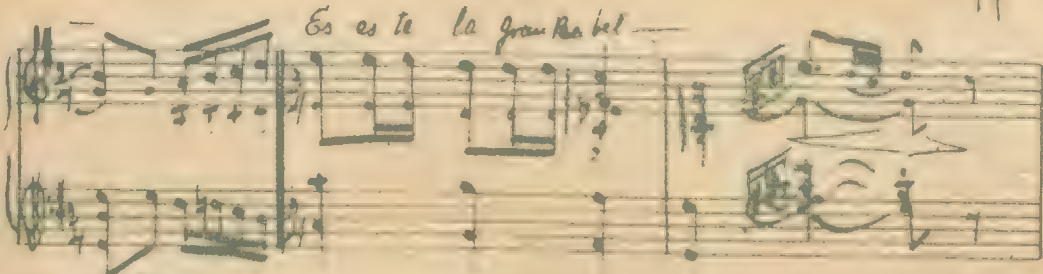
DIEGO ELISANI

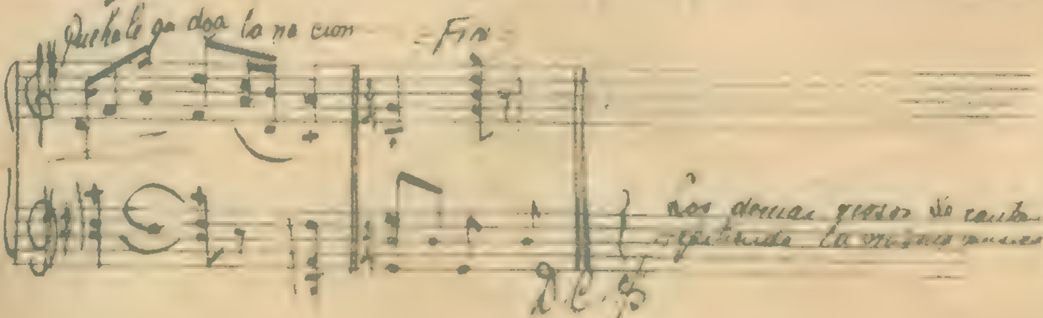














NOTAS DE ARTE







ALTA GRACIA. — Ecos de las maniobras militares



[illegible]



El teniente coronel José Alvea y los agregados [illegible] capitán Valentín Benicio de [illegible] Bulnes, de España mayor Julián Chacel Norma; de E[illegible] Unidos, mayor Ralph W. Dusenberry; de Fr[illegible] Jaime Lamarzelle; de Inglaterra, teniente corone[illegible] Vere Bettington; de Italia, capitán aviador [illegible] Censi y [illegible] Japón, mayor Hiraku Soya

Vida universitaria



[illegible] egresado de [illegible] premio [illegible] sobre [illegible] tradicional

NATACION



[illegible] Kassrow, que resultó vencedor en [illegible] concurso de natación realizado en el Sierras Hotel de Alta Gracia

GENTE MENUDA



Vicente Sicavo.



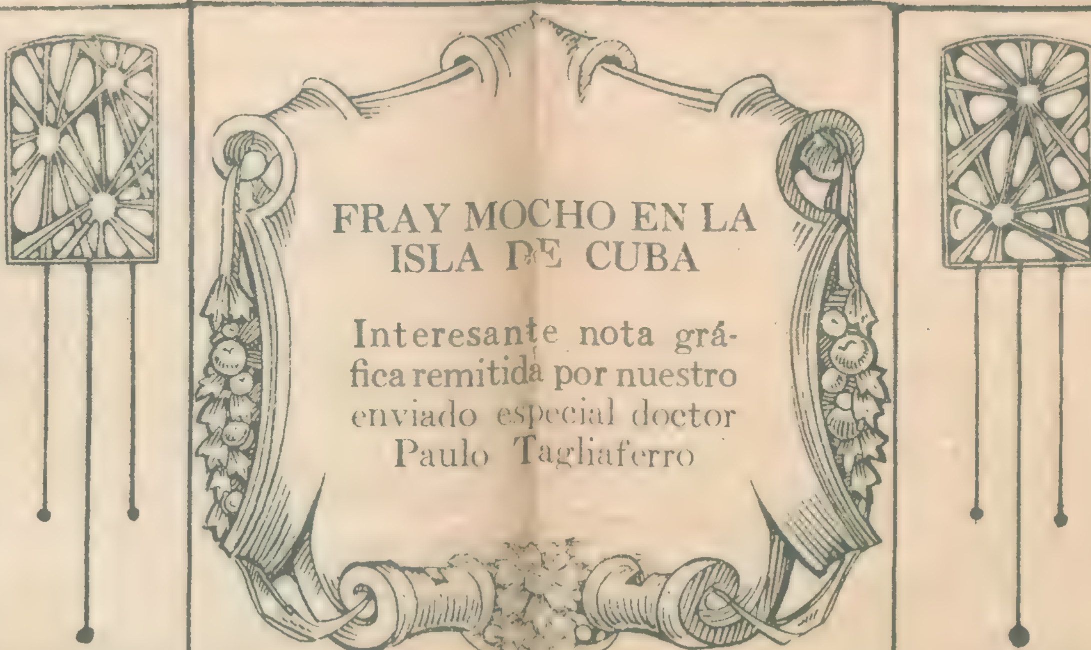
Adela María Luisa Castellan



José Carlos Buzeta



Georgina e Isabel Ligaluppi



FRAY MOCHO EN LA ISLA DE CUBA

Interesante nota gráfica remitida por nuestro enviado especial doctor Paulo Tagliaferro



Una vista parcial de la ciudad de la Habana. — Al fondo: el castillo del Morro.



El presidente de la República de Cuba, general Gerardo Machado y Morales, expresando a nuestro representante su admiración por la prensa argentina.



Aspecto que ofrecía el parque Presidente Zayas y los alrededores del palacio presidencial, el día de la transmisión del mando por el doctor Zayas, presidente saliente, al general Gerardo Machado, presidente entrante.



Nuestro enviado especial, doctor Tagliaferro, conversando con el general Alberto Herrera, jefe del Estado Mayor cubano, gran admirador de la República Argentina, que presta su incondicional adhesión para el acercamiento de ambos países y la confraternidad latinoamericana.



En el "Diario de la Marina", decano de la prensa cubana, durante un acto de compañerismo en honor de nuestro enviado. — De izquierda a derecha: el conde del Rivero, presidente, doctor Tagliaferro, representante de FRAY MOCHO, V. Bilbao, director del "Heraldo de Cuba" y licenciado Ichaso, director interino del "Diario de la Marina", quienes envían por conducto de FRAY MOCHO sus expresiones de solidaridad a la prensa argentina.



Algunos aeroplanos y pilotos pertenecientes al cuerpo de aviación del ejército de Cuba.



Guardiamarinas de la armada cubana, realizando ejercicios prácticos de motores en la Academia Naval de Mariel (Habana).



Nuestro representante en compañía del señor José Raúl Capablanca, el campeón mundial de ajedrez, quien por intermedio de esta revista envía un saludo a los jugadores argentinos.

Impresiones latinoamericanas

A Cuba me tocó en suerte iniciar el ciclo de interviús y reportajes en nombre de Fray Mocho llevando a lejanos países el saludo cordial e iniciando los preliminares para la intensificación del intercambio intelectual y el mutuo conocimiento de los países hermanos. El nombre de esa acreditada y prestigiosa revista unido a su calidad netamente criolla ha despertado en el pueblo cubano sentimientos de la más acendrada hidalguía, aprovechando la oportunidad de la presencia de su representante para exteriorizar sus íntimos sentimientos de confraternidad hacia la República Argentina.

Cuba es un país excepcional. La exuberancia de su suelo fecundo sólo es comparable con el espíritu francachón de su pueblo y con la hospitalidad cordial que anima al ambiente. Mucho podría escribir sobre este país interesante, la exigüidad del espacio y el carácter informativo y gráfico de Fray Mocho, me lo impiden. No obstante, en mi próximo libro pintaré en largas páginas los más vehementes colores que iluminan esta región privilegiada del globo. Al llegar a la isla la impresión es de expectativa. A ello contribuyen las noticias de fría indiferencia que recogemos a bordo, en varios vapores, y de fuentes diferentes: todo allí está "yanquinizado" nos aseguran; el carácter recio del sajón predomina en ese pueblo. Al arribar y conocer el primer cubano tenemos la impresión de haber sido víctimas de opiniones intencionadas. Al penetrar definitivamente en el ambiente esa impresión se confirma y podemos ver al pueblo que a pesar de sus largos años transcurridos bajo el yugo extranjero ha guardado intactos los ideales y las tradiciones de su raza. Y tenemos la impresión que en esta república, que apenas empieza a vivir, se levanta una gran civilización y una potente colectividad destinada a un rol preponderante, en el futuro, en el porvenir de la América Latina.

Era la primera vez que pisaba tierra Cubana un representante de una revista sudamericana. La prensa-entidad aquí en la Habana, sumamente importante me ha dispensado una acogida gentilísima, viéndome yo en serios apuros para poder corresponder a todas las atenciones de los colegas.

Habana cuenta con la insignificancia de 84 diarios y revistas, varios de los cuales son de capital importancia. La prensa habanera representa un elevado exponente de la cultura cubana y de las artes gráficas llegadas al máximo grado de perfección.

Mi primera entrevista oficial fué con el conde Del Rivero, presidente del decano de los diarios locales, el "El Diario de la Marina", quien me abrió de par en par las puertas del suntuoso edificio del importante colega. Se manifestó muy interesado por la prensa argentina, teniendo frases encomiásticas para Fray Mocho.

Un joven colega me ofreció la oportunidad de entrevistarme con el jefe del estado mayor cubano, entrevista que se llevó a cabo posteriormente en el "Castillo de la Fuerza". El general Alberto Herrera, verdadero prototipo del perfecto "gentleman", me recibió con aquella sencillez y llaneza propia de los valientes. Me manifestó su complacencia al recibir la visita de tan importante revista, expresando amables frases de simpatía para la Argentina. Dijo que deseaba que el representante de Fray Mocho fuera el fiel intérprete hacia el ejército argentino de sus deseos de intensificar las relaciones entre ambas entidades militares y que los intercambios, que ya tienen, fuesen más regulares y frecuentes. Aprobó con entusiasmo los motivos de confraternidad latinoamericana que impulsaron la noble iniciativa de Fray Mocho y dijo que si bien gran distancia separa Cuba de la Argentina, los acerca la afinidad de ideales y la idiosincrasia de sus pueblos. Terminó recomendándome, especialmente, dirigir, por intermedio de Fray Mocho, un saludo fraternal al noble y valiente ejército argentino.

En la audiencia que me concedió el general Machado, presidente de la República, tuve oportunidad de constatar la honda simpatía que le infundía mis gestiones periodísticas. En atención a la iniciativa de esa revista, "alto exponente de la cultura





Dos oficiales cubanos, pertenecientes a la Escuela de Aplicación, del Campamento de Columbia (Habana), realizando ejercicios de tiro con ametralladora Browing



Oficial del ejército de Cuba, en traje de campaña

FOOTBALL. — Liberal Argentino v. Barracas Central



Team de Liberal Argentino que triunfó sobre Barracas Central por 2 a 1 goals, en el partido jugado en el field del primero.



Equipo de Barracas Central vencido en su encuentro con Liberal Ar...

Por el mundo de la infancia y de la instrucción pública.—Las Escuelas de Niños Débiles.







món Bolívar'' extiende su radio bienhechor, se nota en el rostro de muchos pequeñuelos las señales inequívocas de la vida llevada en medios nada propicios a la infancia. Hay padres que sólo ganan cuarenta y cinco, sesenta y cinco, setenta y setenta y cinco pesos por mes: y trescientos cincuenta y cinco de estos niños viven —con toda la familia—en una sola pieza, y ciento treinta y tres en dos piezas. Sépalo la Municipalidad que les ha denegado un pedazo insignificante del Parque Lezama y que les ha regateado unos árboles a pesar de que la dirección de la Escuela ha realizado plantaciones con fondos de su presupuesto y de la Sociedad Cooperadora ''José M. Ramos Mejía''. Vale la pena de que los señores concejales de los diversos matices, sin aguardar la época electoral, se detengan ante el espectáculo que ofrecen esos niños, doscientos treinta y tres de los cuales han debido de ser medicinados con jarabe yodotánico. Reflexionando se percibe la ponderable influencia del establecimiento por nosotros visitado y de sus similares. Las lecciones de trabajo manual llenan aspecto imprescindible del problema moderno. Y el amor dedicado a esos niños por la señorita Helena María Ascheri y por sus colaboradoras es semilla lanzada en el surco de la solidaridad humana, disputando el espacio a las malezas del egoísmo, del cálculo escéptico, de la indiferencia por las más profundas y palpitantes cuestiones. Así lo dicta el legítimo patriotismo, no limitado al cálculo estrecho de la significación geográfica, sino extendido a los seres que en el país han nacido y a cuantos honradamente se le vinculan por el trabajo, por los lazos de sangre y por la atracción de las almas. La infancia—escribió Edmundo de Amicis y lo hemos repetido en ocasiones innumerables—es más que el pasado y que el presente: es el porvenir. Atender a la infancia es



La limpieza dental.



Una clase de trabajo manual

atender á deseos de corazones puros. Es, también, medida previsora que evitará generaciones enfermas de cuerpo y enfermas de espíritu, cargadas de reconvenciones para cuantos se despreocupan del futuro de los demás que—por acción refleja—implica el propio futuro, aun de aquellos que —rehuyéndose a la evidencia—parece que tuviesen oídos y no oyesen, que tuvieran ojos y no vieran. En esto pensábamos al contemplar a los chicos formados, haciendo guardia de honor a la bandera los de mejor conducta y mayor aplicación; y retirándose luego todos en dos grandes columnas: una por el norte y otra por el sur, según el punto cardinal de sus respectivos domicilios. La onda emotiva se apoderó de nosotros. ¡Queridos niños, ciudadanos del mañana: felices quienes posean el derecho de afirmar que han contribuido al fortalecimiento de vuestro organismo físico y al cultivo de vuestra mente y de vuestra conciencia, poniéndoos en camino de hacer—por quienes os sucedan en vuestra etapa—más, mucho más de cuanto ahora se haga por vosotros!

Adolfo VÁZQUEZ-GÓMEZ.



Las medidas torácicas.



La maestra, señorita Enriqueta Cornejo Sosa, tomando el peso de uno de los alumnos.



Charlie Chaplin en su última producción "La quimera del oro", de Artistas Unidos, que exhibirá Humberto Cairo en el Empire desde pasado mañana jueves 19.



Escena de la nueva cinta argentina "Muñecos de cera", que el martes 24 del corriente estrenará la Mundial Film en los salones que atiende.



Corinne Griffith, como protagonista de "El enigma del amor", que Max Glücksmann estrenará el próximo domingo



Kathleen Myers y Edmund Love, en un pasaje de "Alto y hermoso" cinedrama Arte Especial que la Corporación exhibe desde anteayer.



George Walsh y Wanda Hawley, en el cinedrama Goldwyn "El hombre azul", que la Corpora[illegible] exhibe desde el sabado último



[illegible]



Buck Jones y el perro "Pal" en una escena de "Oro y plomo" que la Fox estrenara el jueve[s] proximo



[El] más célebre de los artistas conten[illegible] [illegible]ial Charlie Chaplin reaparec[illegible] [illegible]co en su novísima interpretación [illegible] que desde el jueves co[m]enzara a [ex]hibir el Empire Theatre



Alice Mills y William Powell en una escena de cinedrama "Los labios de mi dama", que la General dió a conocer el viernes último.



Escena de "Alas de juventud", cinedrama interpretado por Ethel Clayton, Madge Bellamy y Freeman Wood, que la Fox Film distribuye desde el jueves de la semana anterior.



Un cuadro de "La esposa de mi vecino", cinedrama interpre[illegible] y Williams Rus, que la General estrenó an[illegible]

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipiri



















DEL INTERIOR



MENDOZA. — Un aspecto del banquete servido en la confitería "El Progreso", conmemorando el cuadragésimo tercer aniversario de la fundación del diario "Los Andes"



Frente a la agencia de la Caja Obrera de Pensión a la Vejez e Invalidez: el presidente de la citada institución rodeado del jefe político señor Torres, el intendente municipal, señor Olmedo, el presidente de la Cámara de Comercio, coronel Camilo S. Gay, vicecónsul de Italia, señor Galeotta, y otros caballeros.



El doctor Alfredo L. Palacios, acompañado del presidente de la Caja de Pensiones a la Vejez e Invalidez, y de un grupo de pensionados durante una visita que hizo a dicha institución.



ALTA GRACIA. — Cabecera de la mesa en el lunch con que fué obsequiado el intendente municipal, señor Pedro Butori, al hacerse cargo del segundo período, para el que fuera designado



CARHUÉ. — El equipo de primera división del F. C. Arroyo-Venado, vencido en su encuentro con F. C. San Martín, segunda división.



LOMAS DE ZAMORA. — Grupo de niños del Colegio Parroquial que recibieron la primera comunión.



AARÓN CASTELLANOS (F. C. P.). — El director del Colegio R. P. Paz y los alumnos que recibieron la primera comunión.

Fots. Capra, Birle, García, Suiza, Parisienne y Della Mattia.

Un terrible secreto de la historia

El prisionero de la máscara de hierro

Misterio no revelado

El suplicio de la máscara.—Su verdadera gravedad

Durante veintitrés años, mientras los esplendores que hicieron célebre el siglo de Luis XIV deslumbraban al mundo conquistando al monarca la gloria y el título de "rey-sol", un hombre vivió condenado por inexorable sentencia de ese mismo rey, al más cruel destino que la iniquidad monárquica haya concebido. Ese hombre sufrió ininterrumpida cautividad en el más riguroso incógnito, cubierto el rostro para siempre por una máscara que ni la muerte pudo levantar.

Este singular prisionero cuyo nombre ha quedado tan desconocido como su fisonomía, pues nunca se le nombró en las comunicaciones administrativas que a él se referían, designándole con indicaciones tales como "el preso desconocido", o "el hombre que está bajo vuestra guarda hace veinte años",—este singular prisionero es el que ha dado celebridad novelesca a las islas de Santa Margarita, en el golfo Juan, donde vivió once años, habiendo pasado a esta prisión con el señor de Saint-Mars, cuando éste fué nombrado gobernador de las islas en 1687.

Hasta entonces había sufrido su cautividad en la fortaleza de Pinerolo, donde aparece por primera vez en marzo de 1680, y luego en Exilles, adonde fué transportado cuando el señor de Saint-Mars pasó de Pinerolo a esta última fortaleza.

El despotismo le había quitado su nombre con su fisonomía; la posteridad le dió uno más duradero y más célebre: le llamó: "El hombre de la máscara de hierro".

La condena a vivir con el rostro siempre cubierto por una máscara, aparece desde luego cruel; pero la idea de que esa máscara perpetua fuera de hierro supone un suplicio demasiado brutal para ser soportable durante tan largo tiempo como el prisionero vivió en esa condición.

¿Era, en efecto, de hierro la máscara que ocultó para siempre la faz de aquel desgraciado?

Lagrange-Chancel dice que el prisionero estaba obligado, bajo pena de vida, a no aparecer jamás ante nadie, sino con su careta "de hierro" o de "terciopelo". En el diario de Dujonke, funcionario de la Bastilla, se lee: "El prisionero desconocido, "siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro", etc."

De estos términos han deducido algunos que el celón y la afición a lo terrible, sin duda, hicieron tomar esta careta por una máscara de hierro, pero Albay y Surene, los autores de "Las Prisiones de París", sostienen, explicando el texto de Lagrange-Chancel, que la famosa máscara era de terciopelo negro montada sobre bandas de acero ligeras y flexibles, y no podía apartarse del rostro sin abrir una cerradura cuya llave tenía el gobernador de la prisión.

Cosa bien probable, ya que se trataba de una careta destinada a servir a perpetuidad.

¿Quién pudo ser el máscara de hierro?

Como veremos más adelante, la monarquía tomó sus precauciones para que ni aún la tumba pudiera revelar a la historia su secreto.

La investigación sobre la identidad de aquella víctima de la crueldad política se ha limitado, pues, a extraer hipótesis y son muchas las que se han formulado.

Una de ellas supone que se trata de alguien que figura en las memorias de la época designado con las iniciales C. D. R. (el conde de la Riviera o el conde de Rochefort), de quien se habría valido el cardenal de Richelieu para sorprender la virtud de la reina Ana de Austria con objeto de dar un sucesor a Luis XIII, vengándose así del príncipe Gastón, hermano del rey y heredero de la corona si no hubiera nacido aquel sucesor.

Descubiertos por Luis XIII los amores de la reina con C. D. R., pagó éste su fortuna con prisión perpetua y máscara de hierro.

La causa de la supuesta venganza de Richelieu habría sido una bofetada con que el príncipe Gastón respondiera a la proposición del cardenal de que aquél se casase con la sobrina de éste, Parisiates, a quien Gastón cortejaba.

Hipótesis inadmisible. Ni había motivo en la proposición de matrimonio para una bofetada al omnipotente y genial primer ministro, ni era segura la venganza por el singular medio elegido para dar sucesor a Luis XIII, ni es posible comprender que el gran Richelieu se sirviera de él, tanto más cuanto que él mismo estaba enamorado de Ana de Austria.

Agréguese que Luis XIII murió en 1643 y que el prisionero misterioso aparece por primera vez en escena en 1680. Treinta y siete años más tarde.

—

Otra hipótesis supone que el "Máscara de hierro" fuera el duque de Montmouti, hijo natural de Carlos II de Inglaterra, cuya ejecución en tiempo de su hermano Jacobo II habría sido simulada, conduciéndosele en cambio a Francia con el rostro cubierto para siempre. Habría que empezar por dar alguna prueba de que la ejecución del duque de Montmouth—hecho histórico positivo—fué simulada...

Hay quien supone a su vez que el perpetuamente enmascarado fuera el duque de Beaufort, desaparecido en 1669, durante el sitio de Candia. Beaufort habría osado ser rival en amores de Luis XIV. A Luis XIV le hubiera sido mucho más cómodo tenerlo desterrado que oculto y vigilado sin descanso durante veinte años.

Por lo demás, como queda dicho, el prisionero misterioso aparece por primera vez en escena hacia 1680; once años después de la desaparición del duque.

Nueva conjetura: que se tratara del conde Luis de Vermandois, bastardo de Luis XIV y de la Valliére, que habría dado una bofetada al delfín. El gran rey no podía matar a su hijo natural por la ofensa a su hijo legítimo y a la majestad real, se le mandó a Flandes, donde murió, según la historia. No murió, según la hipótesis. Se convirtió en el "Máscara de hierro". Aún admitido el bofetón, bastaba con tenerlo en Flandes o en otra parte. Además, habría que probar que Vermandois no murió donde y cuándo se le vió morir "a consecuencia de una orgía donde había bebido mucho aguardiente", dice la señorita de Montpensier.

Por fin, tres últimas hipótesis, las tres mucho menos interesantes que las anteriores, sostienen: una, que el cautivo enmascarado fuese un tal Malchioli, secretario del duque de Mantua, contra quien Luis XIV se vengó en esa forma por haber el dicho Malchioli hecho desistir al duque de vender al rey de Francia su ciudad capital; otra, que fuera el segundo hijo de Cromwell, que desapareció de la escena del mundo sin que se supiese qué fué de él (pero ¿por qué había de ir a parar a la prisión francesa con máscara de hierro?)—y, una tercera, que pretende que el famoso prisionero no fué otro que el famoso intendente Fouquet, que, aprovechando las consideraciones que se le tenían en su prisión quiso fugarse, castigándose esta tentativa con la noticia de su muerte oficialmente divulgada y con la aplicación de la histórica careta. Mucha combinación excepcional para un incidente tan vulgar como lo es una tentativa de fuga.

El hermano del Sol

La hipótesis más verosímil, más lógica y por ello más admitida—la más rica en intensidad dramática también, —es la que nos queda por enunciar: la que sostiene que el hombre de la máscara de hierro fué un hermano de Luis XIV, cuyo rostro, denuncia indiscutible del parentesco por la extraordinaria semejanza de los rasgos, ocultó para siempre el monarca en nombre de la razón de estado o por el honor de su madre, haciendo así a su hermano víctima de un terrible drama político-pasional y haciéndose el héroe de una de las más grandes iniquidades de la sombría historia de las crueldades monárquicas.

Este hermano del rey Sol fué, según unos, fruto de los amores de Ana de Austria con el duque de Buckingham, popularizados por "Los tres mosqueteros"; según otros, fué hermano legítimo de Luis XIV, fruto de un segundo parto de la reina, ocurrido ocho horas después del nacimiento de aquél.

En el primer caso, Luis XIV cubrió

EL PERRO HAMBRIENTO

Marchaba una vez un perro flaco y hambriento por un camino, y al llegar a una encrucijada se encontró con otro perro, gordo y de aspecto satisfecho.

—¡Qué buen dueño tienes!—dijo con envidia el perro flaco.—Mucho te debe dar de comer cuando tan gordo estás.

—Efectivamente — dijo el otro; — mi amo es muy bueno y nunca faltan en la cocina sabrosas tajadas para regalarme. Ven conmigo, y yo haré que te den alguna de las que me sobraron hoy.

Echaron a andar los dos perros, y al llegar a la casa se dirigieron a la cocina.

—¡Cómo!—dijo el dueño al verlos.—¿Hoy traes un convidado?

Movió el perro gordo la cola por toda respuesta. Entonces el amo tomó un hueso que sólo tenía algunas piltrafas de mala carne y se lo tiró al perro flaco.

Este, sorprendido, dijo a su protector:

—¿No decías que aquí daban sabrosas tajadas a los perros? ¿Cómo es que sólo me han dado un triste hueso que roer?

El perro gordo calló, confundido, y un grajo que desde lo alto de un olmo contemplaba la escena, dijo sentenciosamente:

—Es que aún no sabes, pobre perro, que cuanto más hambriento estés y tu aspecto sea más miserable menos tajadas te darán, pensando que para un desheredado como tú un hueso es una fortuna.

DJAMILEH.



con la máscara de hierro la falta de su madre. En el segundo, defendió su poder y la paz del reino contra las ambiciones de un gemelo que podía aspirar a compartir la corona y aun a sustituir al rey valiéndose de su milagroso parecido con él. Esta estratagema la ha desarrollado maravillosamente Alejandro Dumas en "El vizconde de Bragelone".

Dícese que había sido pronostieado este segundo parto por unos pastores que habían dicho por la ciudad que si la reina paría dos delfines, serían una señal de grandes calamidades para la Francia. Por muy en silencio y bajo que se refiriesen estos rumores, no por eso habían dejado de llegar a los supersticiosos oídos de Luis XIII, el que entonces hizo llamar a Richelieu y le consultó sobre aquella profecía, en la cual, sin creer nada, había respondido Richelieu, que en aquel caso era preciso ocultar cuidadosamente al segundo de los dos niños que naciesen, porque podría querer ser rey. Había casi olvidado estas predicciones Luis XIII, cuando vino la partera a anunciarle a las siete de la tarde, que según todas las probabilidades la reina iba a dar a luz un segundo niño. Luis XIII, que había conocido la exactitud del consejo del cardenal, reunió inmediatamente al obispo de Meaux, al canciller, al señor Honorato y a la partera, y les dijo con un tono que anunciaba la disposición de cumplir lo que se prometía, que al primero de ellos que publicase el misterio del segundo nacimiento, le haría pagar su revelación con la cabeza.

Juraron todos los asistentes todo lo que el rey quiso, y apenas habían hecho el juramento cuando la reina, cumpliéndose la profecía del pastor, parió un segundo delfín, el cual fué entregado a la comadre para ser criado en secreto y destinado a reemplazar al delfín, si éste moría, y si no destinado a la oscuridad si el delfín vivía.

La suposición de que el misterioso prisionero fuese el hermano de Luis XIV, está corroborada o quizá fué también sugerida por ciertos detalles significativos.

Lagrange-Chancel dice que el gobernador de la fortaleza de las islas Margarita hacía objeto de grandes consideraciones a su cautivo: le servía en vajilla de plata y le proporcionaba vestidos tan ricos como pudiera aquél desearlos. Voltaire, por su parte, cuenta que el marqués de Louvois, durante cuyo ministerio, según todos los historiadores, se consumó la gran iniquidad—estuvo a visitar al prisionero en la fortaleza de Santa Margarita y le habló con una consideración que tenía mucho del respeto.

Filtraciones en la sombra

El gobernador Saint Mars, bajo cuya guarda pasó veinte años, servía en persona a su prisionero, recogiendo los platos a la puerta de la estancia de manos de los criados y levantaba él mismo los manteles. Así, ningún sirviente vió jamás a la víctima de este misterioso drama; tampoco apareció jamás ante médico o cirujano, en los casos en que los necesitó, sino con la terrible máscara sobre el rostro.

En las islas de Santa Margarita y en tierras de Pulteau, durante un alto que hizo el prisionero cuando era conducido a la Bastilla, ocurrieron algunos incidentes que la crónica recogió y ha transmitido aunque sin mayores comprobaciones.

Cierto día un pescador encontró a la orilla del mar un plato de plata donde el cautivo, valiéndose de un clavo o de un cuchillo, había grabado algunas líneas, arrojando luego el plato por entre las rejas de su ventana. El pescador llevó aquel objeto al gobernador del castillo.

—¿Ha leído lo que está escrito en este plato?—le preguntó el señor de Saint Mars.

—No sé leer.

—¿Lo ha visto alguien en tus manos?

—Lo acabo de encontrar y lo he traído oculto, por miedo de que me tomasen por ladrón.

El gobernador reflexionó un instante.

—Vete—le dijo luego al pescador. —Fortuna tienes en no saber leer.

Otra vez un mancebo de cirujano advirtió bajo la ventana del prisionero una cosa blanca que flotaba sobre el agua; era una camisa muy fina sobre la cual, con una mezcla de sebo y agua a guisa de tinta y un hueso de gallina cortado a modo de pluma, había escrito algo el infeliz cautivo.

El gobernador, después de leer algunas líneas, y presa de gran confusión, hizo al joven la misma pregunta que al pescador; el mozo respondió que no se había atrevido a leer temiendo que aquellas líneas encerrasen algún secreto de estado. Saint-Mars lo despidió pensativo. Dos días después el mancebo fué encontrado muerto en su cama.

Al conducírsele a la Bastilla, el hombre de la máscara de hierro hizo, como queda dicho, un alto en tierras de Pulteau. Un señor de esta comarca asistió a la llegada del desconocido y anotó y publicó después algunas circunstancias de aquel viaje.

Dice que Saint-Mars comió con su prisionero en una sala baja cuyas ventanas daban al patio. El hombre de la máscara de hierro tenía vuelta la espalda a las ventanas. Era de alta estatura, vestido de pardo y comía con su máscara, de la que se escapaban por detrás algunos mechones de cabellos blancos ya. El señor de Saint-Mars estaba sentado enfrente de él y tenía sobre la mesa una pistola a cada lado del plato.

Por la noche Saint-Mars se hizo poner una cama de campaña y se acostó atravesado en la puerta del mismo cuarto de su prisionero.

La muerte

Aquella triste víctima de algún secreto terrible permaneció en la Bastilla cinco años; desde el 18 de septiembre de 1698, fecha de su entrada, según el "Diario" de Dujonke, hasta el 19 de noviembre de 1703.

En la fecha de este día se encuentra esta nota en el mismo "Diario":

"El prisionero desconocido, siempre enmascarado con una máscara de terciopelo negro, habiéndose puesto ayer un poco más malo al salir de la misa, murió hoy a las 10 sin haber tenido grande enfermedad. M. Girault, nuestro capellán, lo confesó ayer. Sorprendido por la muerte no pudo recibir los Sacramentos y nuestro capellán le exhortó un momento antes de morir. Fué enterrado el martes 20 de noviembre a las cuatro de la tarde en el cementerio de San Pablo. Costó su entierro 40 libras."

El hombre de la máscara de hierro fué inhumado bajo el nombre de Marchiali.

El secreto de la tumba

Después de extinguida en las sombras de aquel horrible incógnito esta víctima de la crueldad política se quemaron todos sus muebles, se desenladrilló su cuarto, se picaron y se blanquearon de nuevo las paredes, y se revisaron todos los rincones, de modo que nada pudiera quedar—billete, inscripción o señal—que revelara algo de su historia, su nombre al menos, a la posteridad.

Según unos, el rostro del muerto fué desfigurado con vitriolo, a fin de que en caso de exhumación no pudiese reconocérsele. Según Saint-Foix, al día siguiente de su entierro una persona sobornó al sepulturero para que desenterrara el cuerpo y se lo dejase ver. En el lugar de la cabeza había sólo una gran piedra.

Desde el 19 de noviembre de 1705 al 14 de julio de 1789 todo continuó permaneciendo en la oscuridad, tan espesos eran los muros de la Bastilla, tan bien cerradas estaban sus puertas de hierro. Llegó ese día en que aquellos muros fueron derribados a cañonazos, aquellas puertas abiertas a hachazos, y en que los gritos de la libertad resonaron en lo más profundo de aquellos calabozos donde todo parecía muerto, hasta el eco que debía vacilar en repetirlos. El pueblo vencedor tomó la Bastilla y abrió sus puertas a los últimos prisioneros: siete en total.

Después de la preocupación por los vivos, vino la curiosidad por los muertos. Entre las grandes sombras que aparecían en medio de las ruinas de la Bastilla, se alzaba más gigantesca y más sombría que las demás, el fantasma velado con la "máscara de hierro."

Corrieron, pues, al patio de la Bertaudiere que sabían había sido habitado cinco años por aquel infeliz; pero por mucho que buscaron en las paredes, en los vidrios, en los ladrillos, por mucho que se ocuparon en descifrar cuanto la ociosidad, la resignación o la desesperación habían podido trazar en sentencias, en oraciones, o en maldiciones sobre aquellos misteriosos archivos que los reos se legan al morir los unos a los otros, fué todo inútil, y el secreto de la "máscara de hierro" continuó siendo un secreto entre él y sus verdugos.

De pronto resonaron grandes gritos en el patio. Uno de los vencedores había descubierto el gran registro de la Bastilla, en el cual se hacía mención de la fecha de entrada y salida de los prisioneros.

Fué llevado el registro a la casa del ayuntamiento donde la asamblea municipal quiso buscar por sí misma aquel secreto de la monarquía, oculto por tanto tiempo. Abriéronle en el año 1698. El folio 120, correspondiente al jueves 18 de septiembre había sido arrancado. La hoja correspondiente al 19 de noviembre 1703 faltaba también como la del 18 de septiembre, y aquella doble mutilación bien comprobada quitó para siempre la esperanza de poder descubrir el secreto del hombre de la máscara de hierro.

J E S U S

(Retrato lírico)

Honda melancolía refuerza su mirada;
tiene la noble gracia de un breve atardecer
de Otoño su figura espiritualizada:
¡árbol de mansedumbre que quiere florecer!

Van con Él su tristeza, su palabra y su sombra:
su tristeza divina a fuerza de soñar,
su palabra serena como estrella en la sombra,
y su sombra más dulce que un reflejo lunar.

(Envío)

Bajo la clara tarde
de tu mirada suave
mi espíritu, ¡oh Jesús!, es un paisaje:

Y como un buey de ensueño
avanza en él tu verbo
que huele a pan y a heno.

¡Oh Cristo, pan de amor
amasado en harina de dolor
y en agua de candor!
Tengo hambre de amor;
harto estoy de lujuria y de dolor:
¡Sálvame, Cristo, sálvame! ¡Sálvame, Señor!

Mayorino FERRARIA.

Madrid, 1925.

UN DUELO DE SAN MALATO

—¿Y el barón Athos de San Malato?

—¡Oh, un bravo! Yo he visto a ese italiano singular batirse una vez en Roma, en una quinta a las orillas del Tíber, frente al castillo del Santo Angel. Era el duelo de un maestro famoso y marrullero, que llevaba una espada de Damasco cuya ánima cantaba como una mujer. ¡Qué maravilla! La espada de Athos, una tizona como la de Rodrigo de Vivar, sacudía hachazos, como esos leñadores de los bosques homéricos, sobre el acero sutil de su enemigo. Parecía la lanza de un gigante queriendo partir, bajo la copa de un álamo, un rayo de plata de la luna. Fué un duelo inolvidable de valor y habilidad. Se velcaba por el prestigio. El cielo de Roma, como un palio, lucía unos bordados ligerísimos en el centro, y allá lejos un pelotón de nubes apretadas como un rebaño lleno de susto. La mole obscura y prestigiosa del Santo Angel y el Tíber, como una carretera de acero bruñido, azul y cincelado. Lejos, sobre las casas, la cabeza del Arco de Trajano y la línea lejana y polvorienta de la Vía Apia. El duelo iba siendo duro y de peligro. Hizo una parada ceñida el enemigo de Athos, y respondió vivamente. Athos golpeó el hierro enemigo, tiró una estocada como un balazo y mató a su adversario.

PRUDENCIO I. HERMIDA.

Cómo se casa una "musmé"

(Véase el número 706 de "Fray Mocho")

II

Una semana antes de la boda se realiza el cambio de regalos. El novio ofrece una cintura de seda blanca, bordada maravillosamente: es el "obi". La novia, por su parte, ofrece el vestido de seda multicolor, de forma especial, que llevará el novio el día de la ceremonia: esto es, el "kamishino". Además de estos presentes, cuya suntuosidad depende de la posición social de las familias, será preciso no olvidar los presentes simbólicos, es decir, los obligados en todo acto que hace época en la vida del Japón. En este caso consisten en peces secos y en "saké" de marca, emblemas de fidelidad y de alegría conyugal en el Japón.

Ya no queda más que fijar la fecha de la boda, lo cual constituye un capítulo considerable de gastos. Dice un proverbio japonés: "Si un hombre tiene tres hijas, por muy rico que sea, no por eso dejará de ser pobre cuando haya casado a las tres". A fin de hacer estas cargas más ligeras, plantan cuando nacen sus hijas unos árboles preciosos llamados "kiris", cuya venta, quince o diez y seis años más tarde les ayudará a soportar todos estos gastos inevitables. Mediante cierto interés, hay sociedades que se encargan de la realización de estas operaciones agrícolas; rinden, pues, unos servicios parecidos a los de nuestras compañías de seguros.

Además de un capital en especies, la dote, en una parte muy superior a la de nuestras costumbres, consiste en telas, provisiones, conservas, utensilios de hogar y obras de arte; es decir, es todo lo que hace falta para amueblar una casa japonesa, desde la cama hasta los floreros fantásticos. No hay que decir que el "trousseau" personal debe ser suntuoso; la "musmé" es indispensable que tenga ropa blanca buena y en abundancia para el resto de su juventud.

Dispuestas ya todas estas maravillas, los padres las exponen en una o varias habitaciones, e invitan a amigos y conocidos a venir a admirarlas, En el Japón, como en España, esta ceremonia obliga a los parientes a gastarse en regalos mucho más de lo que pueden

La víspera de la boda son embalados estos tesoros en bellísimos cofres de laca fina, y, con gran pompa, precedidos y seguidos de linternas, unos criados los llevan al domicilio conyugal. Es un cortejo imponente, que a veces reúne hasta treinta personas.

El día solemne de la boda

Después de haberse maquillado y peinado minuciosamente, la "musmé" se viste las tres o cuatro túnicas de mangas colgantes, que es en lo que consiste su traje blanco de novia. Por fin, la hermosa cintura que le envió su futuro será anudada con artificio, y el nudo enorme, de alas desmesuradas, parecerá una mariposa de seda blanca detenida caprichosamente sobre el cuerpo de la novia.

La boda tiene lugar en casa del novio. El suelo de toda habitación japonesa consta de dos planos, uno más alto que otro, unidos entre sí por uno o varios escalones. En la parte alta, o sea en el "tokonoma", se colocan los accesorios obligados: tres "kakémonos" de circunstancias, fuentes de peces secos, una mesita de madera coronada de un cedro enano y unos pajarillos embalsamados, emblemas de longevidad; dos muñecas representando japonesas vestidas según las modas de otro tiempo; en fin floreros de bronce llenos de flores escogidas con exquisito cuidado y dispuestos según reglas del complicado arte floreal de los japoneses. Por ejemplo, los vasos o floreros no deben colgarse en ocasiones de bodas, porque recuerdan la movilidad de las cosas humanas. También están prohibidas las ramas colgantes, pues que pueden ser símbolo de la flaqueza humana. Tampoco se juzgarán apropiadas las flores de tonos violáceos, pues su aspecto es contrario al sentimiento de la alegría. Contrariamente, como el blanco está reservado a las damas y el rojo a los caballeros, según que el padre de familia haya pedido una esposa para su hijo o un marido para su hija, el blanco y el rojo dominarán en la disposición de las ramas y las flores.

Realizados todos estos preparativos, hacia el fin del día, el novio, después de haber encendido un pequeño fuego a la puerta de su casa, enviará a sus amigos a dar la bienvenida a la novia.

Esta se dirigirá a casa del novio subida en una silla de mano, escoltada por sus padres, parientes y amigos.

Llega el cortejo de la novia a la vista de la casa nupcial. Si se trata de una boda de lujo, la calle estará adornada con linternas de fantasía. Después de haber reparado el desorden de su "toilette" en una cámara especial, la "musmé", cubierta la cabeza con un pañuelo de seda blanca, entra con pasos tímidos, arrastrando los pies; es decir, a la manera de toda japonesa bien educada, en la estancia en que la esperan sus suegros y su futuro. Este la contempla avanzar hacia él sentado en un cojín. A su lado, la joven esposa toma asiento. Entonces, en el salón vecino suena el canto nupcial, el "utai" legendario, cuyos solos y dúos permitirán durante el ritual del "san-san-ku-do" —literalmente, "del triple cambio de las tres copas",—que es, propiamente hablando, la verdadera ceremonia de la boda japonesa, pues que los sacerdotes no toman parte en ella, ya que la religión no ha creído deber suyo sancionar un acto social tan importante.

Y entremos, finalmente, en el "san-san-ku-do". Un "musko" o una "musmé" de honor ha dispuesto sobre una minúscula mesa blanca tres copas de laca dorada, de dimensiones diferentes, y dos frasquitos de aguardiente de arroz. En seguida es ofrecida a la novia la más pequeña de las tres copas, y la "musmé", después de beber en ella un pequeño sorbo, la pasa al novio, que la consumirá de un solo trago. Y este gesto simbólico se repetirá tres veces, significando que los esposos en adelante compartirán todas sus alegrías y todos sus dolores.

Después, el "nakodo" salmodia un canto de circunstancias, un "sakasago"; es decir, una canción deseando a los jóvenes esposos una larga vida, y con ello se da por terminada la ceremonia del enlace.

A la boda japonesa no precede ni sigue ningún trámite civil. La joven esposa no tiene más que anunciar en la oficina municipal del distrito su cambio de nombre y de domicilio.

Si los preparativos fueron largos, la ejecución no puede ser más rápida.

A decir verdad, nosotros, americanos, no nos creeríamos suficientemente casados por haber compartido con nuestra futura tres simples copas de aguardiente.



A Villaespesa

Diluyéndose en versos tu alma alada
logra hermanar la gracia de Sevilla
con la augusta grandeza de Castilla
y el embrujado encanto de Granada.

Y así la seducción de una mirada
que se asoma al balcón de su mantilla
tiene la imponderable maravilla
de España, a tus estrofas asomada.

El soñar, el sufrir, la risa, el llanto,
de ese pueblo andaluz que yo amo tanto
transformas en perfume y armonía.

Y hasta el dolor de amar se hace dulzores
en tu excelsa vibrante poesía
ramo de hebras de sol, trinos y flores...

Angélica FUSELLI.



Para la gente de campo

A los agricultores de la zona de Bahía Blanca

SI QUIEREN COSECHAR MAS TRIGO, SIEMBREN MAS MAÍZ Y ALFALFA

Sembrando trigo continuamente:

1.º Cada año coseccharán menos trigo por hectárea.

2.º Los campos se llenarán cada vez más de yuyos, cebadilla, etc.

3.º Puede perder dinero.

Sembrando maíz:

1.º Tendrán sus animales gordos para arar temprano.

2.º En una hectárea de maíz puede tener más ganancia que en 10 de trigo.

3.º El maíz limpia el rastrojo. Siembre con maíz los rastrojos demasiado sucios.

4.º El maíz deja un rastrojo especial para sembrar con trigo; bastará pasarle la rastra de disco.

5.º La cosecha de trigo en rastrojo de maíz será de 10 o 20 % más grande; con el mismo trabajo y cuidados, nada más que porque el año anterior sembró maíz.

6.º El maíz, además de sembrarse en primavera, puede sembrarlo, después de la "cosecha fina", en diciembre o enero, y tendrá una media cosecha de maíz; 800 a 1.000 kilos de maíz por hectárea, por lo menos, y... esto es plata; aunque no coseche más que chala para sus caballos. Es preferible sembrar el rastrojo de "cosecha fina" con maíz, que dejarlo endurecer o que se llene de yuyos.

7.º ¿Qué le cuesta sembrar el maíz? Nada, porque lo puede sembrar en el rastrojo de trigo; además, si llueve bastante, tendrá una cosecha de maíz en vez de una cosecha de yuyos, difíciles de enterrar, pues el campo abandonado durante el verano produce yuyos; siembre entonces una parte con maíz y are todo el resto y tendrá por lo menos chala para los caballos y casi siempre cosechará maíz, poco o mucho..., pero a pura ganancia. Usted no pagará por esto más arrendamiento, y la cosecha de trigo será mejor.

8.º Trabaje usted y haga trabajar su tierra todo el año. "Rastrojo abandonado, no da ni prepara cosecha."

9.º "No sólo de pan vive el hombre...", dice La Biblia; "no sólo de trigo vive el buen agricultor."

10. No diga: aquí no da el maíz; eso no es cierto. Prepare bien la tierra, are y rastree en seguida el rastrojo; busque un maíz muy precoz, colorado, cuarentón, cincuentino o amarillo ocho filas; siembre temprano, siembre bien ralo, que quede una planta o dos cada metro cuadrado; no hay que carpir, pero sí, hay que rastear dos veces después de nacido.

Haga usted mismo un escardillo con una rastra vieja y hará cosecha, poca o mucha; pero toda será ganancia. Con maíz tendrá gallinas, cerdos gordos y caballos fuertes para arar y disminuirá la cuenta del almacén.

Para cosechar el maíz hay siempre tiempo; no necesita peonada. Usted y su familia pueden cosecharlo; no hacen falta máquinas, que cuestan caras para cosechar maíz, siempre habrá quien le compre el sobrante.

Siembre alfalfa:

La alfalfa es el abono más rico que se puede dar a un campo. En Europa usan abonos químicos; aquí tenemos un abono muy barato, el más barato, el más conveniente, "la alfalfa". Donde no se puede sembrar alfalfa por la tosca o por campo algo bajo, siembre otra planta de la familia de la alfalfa: porotos, habas, arvejas; estos son productos que siempre tienen compradores. La alfalfa es, además de un gran forraje para las haciendas, el mejor abono que tenemos en la Argentina. Cuando un campo está "cansado", se siembra con alfalfa, se aprovecha el pastoreo o la alfalfa cortada y la semilla y luego queda como campo "nuevo". Hay muchos campos que después de 5 ó 6 años de alfalfa producen abundantes cosechas durante muchos años. Usted no puede sembrar todo su campo con alfalfa, pero siempre una parte; a los dos años el campo se habrá mejorado mucho. Siembre también porotos, habas, arvejas; éstos engordan la tierra. Haga la prueba; no le costará mucho. Siembre 20 kilos de porotos (una hectárea) y al año siguientet siembre allí trigo; aunque no marque el lugar "la vista le dirá lo que los porotos han hecho". Los porotos, las arvejas, las habas, son un gran alimento para su familia; sean frescos o secos, su familia los cosechará; se conservan bien secos en lugar fresco y siempre tienen salida para venta. La paja de estas plantas la comen bien los animales, aumentan la leche de sus vacas lecheras. ¿A que usted no tiene ni una vaca lechera? Si no la tiene, usted es un mal agricultor y posiblemente un mal padre, porque no cría bien sus hijos.

Siembre alfalfa, porotos o habas, arvejas, y tendrá:

1.º Forraje abundante para sus animales de trabajo, para sus cerdos y sus vacas lecheras.

2.º Teniendo los caballos gordos podrán arar temprano.

3.º Podrá vender pasto o semilla de alfalfa, leche, cerdos, porotos, arvejas, habas, huevos, gallinas, pavos, etc.

4.º Su rastrojo de alfalfa, porotos, habas o arvejas, dará 10 a 20 % más de cosecha.

5.º Su tierra aguantará más la seca. Sea observador y verá que en los campos que han estado alfalfados, las cosechas aguantan mejor la sequía y dan cosechas más grandes: "Rastrojo de alfalfa, da más cosecha con menos lluvias"; "No sólo de trigo vive el buen agricultor."

Si puede (si se quiere, se puede), haga explotación mixta; tenga también unas pocas y buenas lecheras y algunos cerdos y 200 a 500 gallinas y pavos, y las cuentas del almacén se pagarán solas. El país no gana nada con exportar más ttrigo, pues en muchos casos sólo significa que se han sembrado más hectáreas de trigo, y no que el trigo haya hecho entrar más dinero en los bolsillos del agricultor.

En resumen el maíz y la alfalfa mejoran las tierras arenosas, aumentando las cosechas:

1.º Porque les agrega humus (gordura de la tierra) y aumentan su capacidad para conservar el agua de las lluvias. Las tierras de esta zona tienen todo lo que precisan, menos humus; póngalo usted económicamente.

2.º Mejoran sus condiciones; el rastrojo de maíz y de alfalfa tiene un color más oscuro; elija la tierra oscura, porque es la más rica.

Trigo, maíz y alfalfa, significan:

1.º Cada año, mejor cosechas.

2.º Entrada de dinero todo el año, venta de trigo, de maíz, semilla y forraje de alfalfa, huevos, gallinas, cerdos, verduras, pavos, etc.

3.º Caballos gordos y tierra preparada a tiempo.

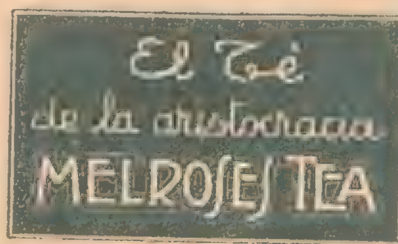
4.º Menos pago de jornales de peones.

5.º Mejor distribución del trabajo durante el año.

6.º Alimentación variada y abundante de la familia: jamones, chorizos, huevos, gallinas, verduras, choclos, polenta, locro, chauchas, porotos, arvejas, etc., etc.

7.º Y todo esto: "libreta en el Banco de la Nación" para comprar una chacra propia. Por todo esto es que le decimos: ¿Quiere cosechar más trigo? Siembre más maíz y alfalfa.

F. E. DEVOTO.
Ingeniero Agrónomo.
Inspector de zona del Ministerio de Agricultura.



Sobre el cultivo de la papa

DESINFECCIÓN DE LA PAPA DESTINADA A SEMILLA

Para evitar la sarna, hay que desinfectar la papa con bicloruro de mercurio. Este desinfectante se compra en la droguería; cuesta alrededor de 15 pesos el kilo. Con un kilo se pueden desinfectar 2.000 kilos de semilla.

El bicloruro de mercurio es un veneno mortal para el que lo tome, pero disuelto en agua, a razón de un gramo por cada litro de agua, no causa el menor daño si se moja las manos con él, siendo en esta forma uno de los mejores remedios para desinfectar las heridas o lastimaduras.

Cuando se compre este remedio en la droguería, es muy conveniente que se adquiera en paquetitos de 100 gramos cada uno, porque esa es la cantidad que se usará para cada barril de agua.

Cómo se desinfectan las papas. — El recipiente o represa debe ser de madera, sin clavos de fierro. Para las grandes chacras conviene una represa; para las chacras pequeñas, se puede utilizar una tina o bordelesa bien limpia.

Se ponen en una bordelesa bien limpia 100 litros de agua y se vierte en el agua un paquetito de 100 gramos de bicloruro de mercurio. Se revuelve bien el agua hasta que el polvo se disuelva. Para revolver se usa un palo o madera.

Después se pone dentro de la tina, la papa embolsada (50 kilos de papas) y se dejan en el baño una hora; si las papas estuvieran brotadas, basta ½ hora.

El líquido de la bordelesa sirve para bañar 4 bolsas de 50 kilos de papas cada una. Cuando se han bañado 4 bolsas ya está sucio, se vuelca y se prepara otro.

Las bolsas desinfectadas, se dejan escurrir un poco y se vuelcan sobre una lona limpia, dejándose las papas secar a la sombra.

Nunca deben desinfectarse las papas después de cortadas, sino enteras.

Conviene sembrar las papas tan pronto como se pueda después de haberlas desinfectado, y no utilizar para nada las bolsas sucias, sin desinfectar, que hayan tenido papas sarnosas.

El sistema de sembrar papas, arrojándolas al fondo duro del surco, que va abriendo superficialmente el arado en el momento mismo de la siembra, es condenado por el agricultor inteligente. Las raíces tienen que desarrollarse en tierra endurecida y las plantas sufren los efectos de cualquier sequía. Cuando se siembra en estas condiciones, gran cantidad de la semilla es pisada y rota por las patas de los caballos o la rueda del arado. Las cosechas son generalmente malas.

La siembra efectuada en estas condiciones, depositando las semillas a 7 centímetros de profundidad, en tierras que han sido removidas 20 centímetros por el arado y bien desterronadas por la rastra, es la forma más aconsejable. La semilla tiene, tanto abajo cómo arriba, tierra suelta, que le permite desarrollar las raíces y los tubérculos en inmejorables condiciones. La sequía no daña estos cultivos porque la humedad se conserva fácilmente sin evaporarse, debido a los continuos rastreos.

Las distancias más apropiadas para la siembra. — Para cosechar a máquina, conviene sembrar los surcos separados de 75 a 80 centímetros. La distancia sobre el surco, 1 pie; la profundidad a que se entierra la semilla, 7 centímetros.

La separación de 75 a 80 centímetros que se aconseja dejar entre un surco y otro, es muy necesaria para realizar la cosecha a máquina; estando más juntos los surcos hay el inconveniente que una de las ruedas de la cosechadora va justamente sobre el mismo surco aún no cosechado, perjudicando las papas que se encuentran a flor de tierra, las que lastima con las uñas de que va provista la llanta de la rueda para que no patine. Se facilita, también, con esa distancia, el paso del carpidor que tira un caballo, sin que dañe las plantas a uno y otro lado.

CARPIDAS, APORQUES

En los campos vírgenes, sin yuyos, se aporca una o dos veces, para mantener la tierra limpia y suelta; en los rastrojos viejos, con malezas, se pasa la rastra a los 20 días o un mes después de sembrar, y cada diez días el carpidor; se puede igualmente aporcar al mes de sembrar, aunque se tapen las plantitas un poco, carpir seguido para que el yuyo no invada y volver a aporcar más tarde.

LEVANTAMIENTO DE LA COSECHA

La máquina cosechadora ahorra notablemente la cosecha y ejecuta un trabajo rápido y casi perfecto.

Con el ahorro efectuado al levantar 12 hectáreas con la máquina, se paga el valor de la misma.

La cosechadora cuesta de 700 a 800 pesos; la maneja un solo hombre; es fácilmente arrastrada por 6 buenos caballos; levanta por días hasta dos y media hectáreas; necesita diez peones para ir recogiendo la papa que va levantando.

Cuando el cultivo ha sido invadido por el yuyo, conviene siempre, antes de pasar la máquina, cortar el yuyo con la guadañadora y recogerlo.

El costo de cosechar a mano, con azada, una hectárea de papa, de 10.000 kilos, cuesta alrededor de cien pesos moneda nacional.

El costo de cosechar a máquina la misma hectárea, cuesta de 35 a 40 pesos solamente.

El levantamiento de la cosecha con máquina cosechadora, es mucho más rápido y uniforme que el efectuado con azada o arados especiales.

Si usted, agricultor, dispone de medios suficientes para comprar estas máquinas, no trepide en adquirir una y obtendrá apreciables beneficios.

EL EUCALIPTO

Es un árbol elevado, pues, según Ramel, puede llegar en ochenta años, creciendo en buenas condiciones climatológicas, a la altura de 100 metros, y adquirir una circunferencia de 28 metros, lo cual explica su gran poder desecante en los terrenos húmedos y pantanosos, al mismo tiempo que sanea el aire con las emanaciones de su esencia.

El nombre botánico del eucalipto es "Eucalyptus Globulus", Labill, de la familia de las mirtáceas y de la clase icosandria, orden monoginia de Linneo. Tiene el tronco derecho elevado, con las hojas persistentes y olorosas, ofreciendo la particularidad que las de los ramos jóvenes son opuestas, sentadas, ovales, anchas y acorazonadas en la base, y las hojas de los ramos antiguos se cambian en alternas, pecioladas, más estrechas y agudas, en forma de alfange corvo, coriáceas y colgantes. Las flores son muy notables; el cáliz tiene la forma de peonza, cerrado en el ápice, de tal modo, que las personas poco entendidas en botánica le toman por el fruto; dicho cáliz se parte circularmente, separándose un opérculo o tapadera cónica y queda la parte inferior en forma cuadrangular; la corola es pequeña, adherida al cáliz en su parte interior, de modo que apenas se distingue; los estambres son muchos, libres, y el fruto capsular.

Todas las partes de la planta son muy olorosas debido a un aceite esencial que contiene, el cual se extrae por destilación y tiene varios usos en medicina, como febrífugo especialmente. Pero de preferencia se usan las hojas y la corteza en infusión a dosis cortas, porque es muy activo, habiéndose observado que tercianas que han resistido al sulfato de quinina, han desaparecido con el eucalipto.

Desde el punto de vista higiénico tiene mucha importancia el eucalipto, pues terrenos pantanosos y tercianarias se han convertido en sitios saludables con la plantación de eucaliptos. Así ha sucedido en las lagunas pontinas de Roma, en muchos sitios de Argelia y en algunos de España, donde se han plantado. En la Argelia especialmente se ha visto que las fiebres intermitentes y perniciosas han desaparecido en aquellos lugares en que antes eran frecuentes, o por lo menos han disminuído considerablemente. Por esta razón se han plantado tantos eucaliptos en la Argelia, no solamente el "Eucalyptus Globulus", sino otras varias especies, llegando hoy el número de los que existen a millón y medio, y según lo propuesto por la Sociedad Climatológica, deben plantarse hasta quince millones de árboles para sanear por completo todos los sitios insalubres y modificar el clima.

Sabiendo la influencia higiénica del eucalpto, debe plantarse en todos los sitios donde haya emanaciones palúdicas, como son los terrenos pantanosos al lado de ciertos lagos y lagunas y en las orillas de algunos ríos, cuyas emanaciones diezman a las pobres familias que por necesidad tienen que vivir en estos sitios, y, por fin, en los jardines y huertas es conveniente plantar algún árbol para que neutralice los efectos de los charcos y depósitos de agua detenida.

Lástima grande que no puedan aclimatarse tan preciosos árboles en todas partes, pues necesitan un clima cálido; pero hay algunas especies que resisten una temperatura baja, así como otras propias de terrenos secos y según Certeux, las más a propósito para el saneamiento son en primer término el "Eucalypttus Globulus" y después el "E. Blue Gun" y el "E. Gunii", que es muy oloroso.

El maravilloso resultado de la idiotez y el crimen

La impresionante operación llevada a cabo por el afamado doctor Lafort, de Lille, quien injertó la glándula tiroide de un hombre que acababa de ser guillotinado, en una niña absolutamente idiota. — Los inesperados efectos de la religión en un criminal empedernido, que al pie del patíbulo se convirtió en un místico y un hombre de nobilísimos sentimientos. — Los crímenes de Olivier a quien apodaban "El Tigre". — Robos, incendios, torturas y 106 asesinatos. — Era el jefe de "La Banda Roja" que tenía aterrorizada no sólo a la comarca, sino aún a la misma policía. — Al pie del patíbulo. — Resignación e idealismo. — "Mis ojos se van a cerrar a la luz; pero van a abrir a otro ser, la ventana de la razón." — Cuidados especiales para un hombre que siempre estuvo fuera de la ley. — La impresionante operación y el cambio inesperado. — María Durand se ha convertido en una criatura normal. — Agradecimiento de unos padres, que resulta una ironía sangrienta. — Un mausoleo para un bandido, sería como un monumento que inmortalizara sus crímenes.

Quizás si el más grande milagro hecho hasta la fecha por la ciencia, es el de la operación, con la glándula tiroide de un asesino guillotinado, que acaba de ser llevada a cabo por un cirujano francés, y cuya resultante ha sido que una muchacha imbécil se convierta en una criatura normal.

La operación fué llevada a cabo por el doctor René Lafort, de Lille, miembro de la Academia Francesa de Medicina, con la ayuda del doctor Juan Piquet. La parte más notable de la operación, fué que el asesino dió su consentimiento, que era necesario, y lo dió a sabiendas de que iba a devolver la razón a una pobre criatura idiota. Puede decirse, que este hombre salvó su alma dándole luz a otra.

María Durand, una chiquilla, hija de un hacendado de las cercanías de Lille, era una infeliz criatura absolutamente idiota. A los tres años no tenía más desarrollo que el de una niña de uno, presentando numerosos y patentes síntomas de degeneración física y mental. Algo había acontecido en la glándula tiroide de María. Había cesado de proporcionar aquella invisible secreción que fluye dentro de las arterias, y sin la cual, no puede desarrollarse la vida normal. Cuando esta glándula falla en sus funciones, toda la vida física y moral se estaciona en el individuo. Los huesos y cartílagos, excepto los craneanos cesan en su crecimiento, en tanto que el abdomen se abulta enormemente. Apatía, indiferencia, suciedad, somnolencia y aparente idiotez: tales son las apariencias saltantes que personifican la deficiencia tiroidal.

Los pocos años que tenía María, no habían sido sino años de miseria completa; y hasta puede decirse que para ella habría sido un premio la muerte. Su padre y madre estaban siempre con el corazón transido de dolor. En su pesar consultaron al doctor Lafort, uno de los más famosos médicos franceses.

El padre declaró que estaba dispuesto a sacrificar su vida por la razón de su hija. El doctor recapacitó largamente.

"Esperemos, dijo. Se me ocurre una idea y un remedio inmediato. Ya sé de donde puedo tomar una buena glándula tiroide".

En la gran prisión de Lille había en aquellos días un terrible bandido apellidado Olivier, al que apodaban "El Tigre" y que apenas había cometido "ciento seis asesinatos" en el curso de unos catorce años. Convicto de sus espantosos e innumerables crímenes, había sido sentenciado a la guillotina, lo mismo que otros ocho camaradas de su cuadrilla, conocida con el nombre de La Banda Sangrienta.

Esta famosa banda ha dejado nombre imperecedero en la historia de la criminalogía francesa. Estaba compuesta de 14 hombres y ocho mujeres. Era el terror no sólo de labriegos y gente de los arrabales de las grandes ciudades, sino aún de la policía misma, pues más de un buen servidor público había perecido misteriosa y trágicamente a manos de estos forajidos. Armados hasta los dientes, haciendo uso de toda clase de armas, incluso granadas de gases venenosos, con la cara cubierta con una máscara, irrumpcionaban en las haciendas y granjas, torturaban, asesinaban, saqueaban, y por fin incendiaban para no dejar huellas de su crimen. Más de una vez se batieron denodadamente con la policía, llegándose el caso de que fuera necesario enviar tropas contra ellos. Grandes conocedores de los sitios donde daban el golpe, sabían siempre escabullirse limpiamente en el momento oportuno.

Pero en una de las últimas correrías de la banda, uno de los miembros de ella fué herido gravemente y quedó tendido sobre el campo. La policía lo capturó e inmediatamente trató de arrancarle el secreto de sus cómplices. El hombre era mudo como una tumba, y por lo tanto fué necesario ser cruel y torturarlo. En el martirio, el bandido habló y la policía supo a qué atenerse. Lentamente, uno por uno fueron siendo capturados todos, hasta que cayó el jefe de la cuadrilla, el famoso Olivier, apodado "El Tigre" por su ferocidad sin paralelo.

Jazgados, convictos y confesos, unos fueron sentenciados a la guillotina, y otros a largos períodos de presidio en La Guayana. En vísperas de estas ejecuciones, fué que se le ocurrió al doctor Lafort la idea de aprovechar la glándula de Olivier, que era un hombre hercúleo, para devolver la razón a la pequeña María.

Olivier, que según la costumbre francesa, había hecho testamento ordenando que su cuerpo fuera sepultado, se mostró indignadísimo, cuando el doctor Lafort, los funcionarios de policía y los del presidio, le hablaron para que cediera su glándula con el fin que conocemos. En vista de tal tenacidad, se recurrió al sacerdote que había estado preparándolo para la muerte. El buen anciano, la habló con tanta dulzura, tan convincentemente, que el bandido derramó lágrimas de emoción y accedió a hacer nuevo testamento cediendo al cirujano su cuerpo para que lo aprovechara en los fines que quisiera.

"Voy a salvar mi alma, dijo, abriendo la luz a otro ser, cuando esta luz se cierre para mí".

De consiguiente, en poder de su testamento definitivo, se hicieron los preparativos. A pesar del odio y horror que se tuvo siempre a Olivier, después de su acción se le trató de muy diferente manera. La ejecución se retrasó para la fecha señalada, poniéndose al bandido en un verdadero entrenamiento alimenticio y vital, proporcionándole alegrías sanas y dispensándosele cuidados que nunca tuvo seguramente.

[illegible] su perfecto funcionamiento.

Mientras tanto el cambio de Olivier era algo que tenía asombrados a todos los circunstantes. Se cuidaba de una manera estricta, rechazando hasta los más ligeros placeres con el fin de mantenerse en excepcional estado de buena salud.

"Hay que cuidar mucho mi g[illegible]la, decía. Gracias a ella voy [illegible] mi alma, a obtener perdón de [illegible] a hacer que la luz y la razón, s[illegible] para un ser desgraciado".

Por fin llegó el día de la [illegible] Olivier se levantó [illegible] [illegible]

Ella, está enferma...

Está enferma, y es muy grave
lo que le hace padecer.
Está grave, y no lo sabe...
¡Que no lo llegue a saber!

La mustia boca, agrietada
por la fiebre que le asedia,
es una flor deshojada
por un soplo de tragedia.

Sus manos, de color blanco,
hoy tienen tintes inciertos;
inmóviles a su flanco
son dos pajaritos muertos.

Su cabeza, en blando apoyo
permanece abandonada,
en la tibieza del hoyo
que se diseña en la almohada.

Bajo sus ojos, se avista
con tonalidad severa,
la media luna amatista
que se ha engarzado en la ojera.

...—"¡Agua!"...—dice en voz amarga
gimiendo su desconsuelo,
mi mano, torpe, le alarga
un pedacito de hielo.

Pero lo arrojo espantado,
porque mi pavor advierte
ante aquel contacto helado
¡al índice de la Muerte!

...Está enferma, y es muy grave
lo que le hace padecer.
Está grave, y no lo sabe...
¡Que no lo llegue a saber!

Eduardo O. ZAPIOLA.



ciado antes de morir. Llegó el momento de marchar al patíbulo. En su presencia, las autoridades revisaron cuidadosamente la guillotina y la hicieron funcionar varias veces para comprobar el buen estado en que se hallaba.

Entonces Olivier fué conducido al tajo. Dos empleados de la prisión lo colocaron cuidadosamente, con todo cariño, como en una cuna, dentro del hueco fatal. El médico y el sacerdote se adelantaron para cumplir con su deber cada cual. Y mientras el sacerdote lo exhortaba y le recordaba el premio que seguramente le esperaba por su buena acción, que borraba sus muchas faltas, el doctor lo acomodaba de manera que la glándula no fuera a sufrir el más ligero daño. El mismo Olivier daba órdenes al respecto, y recomendaba que se le situara de la mejor manera, a fin de que la guillotina le cayera matemáticamente en el sitio que el médico le había tatuado en el cuello.

Olivier fué decapitado en presencia de numerosas personas, que se mostraron vivamente emocionadas, habiendo hasta llorado muchas de ellas, porque Olivier murió sonriente, alegre y feliz, lleno de resignación y misticismo, como un santo, como un mártir, pendiente únicamente de su glándula que iba a ser la salvación de un ser desdichado.

No bien había caído la cabeza del ejecutado en la cesta de la guillotina, cuando el doctor Lafort en compañía del cirujano Piquart, procedió a la extracción de la famosa glándula, la cual todavía palpitante, fué injertada, por un procedimiento que todavía no se ha hecho público, a la pequeña María Durand.

Los resultados no se hicieron esperar, siendo sencillamente milagrosos. La transformación de la salud y la razón de la criatura fué inmediata. El cuerpo comenzó a crecer desapareciendo el aspecto de depresión e idiotez. La boca consiguió sus naturales proporciones. Los pies achatados comenzaron a distenderse y a tomar la forma de los de una agraciada criatura.

Los ojos se convirtieron en vivaces y brillantes y el semblante todo adquirió ese sello de vida de todo ser racional. Por primera vez en su vida, la pequeña María pudo decir mamá, cosa que no había hecho jamás.

La piel abandonó su aspecto resquebrajado, amarillento y seco; y se convirtió en rosado y natural. La lengua se tendió a lo largo de la boca y pudo funcionar como en todas las personas y en general, todo el cuerpo dió muestras de vida y adquirió la lozanía que debía tener a su edad.

Pero donde el cambio se operó con caracteres extraordinarios, fué en la expresión y la inteligencia. En lugar de un mísero guiñapo humano, que nunca hablaba y reía y que sólo daba gruñidos inarticulados, surgió una muchacha alegre y traviesa, pletórica de contento y vivacidad, una legítima muchacha de los dorados campos de Francia.

El desarrollo en tres meses, ha sido mayor que el que la niña había tenido en cuatro años. Y caso asombroso. Puede decirse sin hipérbole, que existe una familia que llora a un bandido, bendice su memoria con agradecimiento y pide fervorosamente a Dios que le perdone sus pasados yerros, porque ellos fueron borrados con su última y grande acción.

La desbordante y agradecida alegría del padre, quiso exteriorizarse recientemente, construyendo un mausoleo a Olivier; pero las autoridades, aunque alabando tan bella manifestación de gratitud, declinaron la oferta que resultaba a fin de cuentas una sangrienta ironía: un bandido peligroso, encenagado en el crimen, con un vistoso mausoleo que fuera como monumento a sus delitos.

Flora polar

EN GROENLANDIA

¡Hablar de flores en las regiones polares!

Más que en esas sonrisas de la tierra, al hablar de esas heladas regiones, piensa uno con escalofríos en los trajes de piel de foca, de las montañas de hielo, de las nevadas llanuras, de las largas noches, de los interminables días, de la ausencia de vegetación, de flores, y, sin embargo, ¡no es así! También en esas altitudes hay días alegres, días templados, y cuando llega la primavera los campos se llenan de flores, y en los días de verano los risueños indígenas se desprenden de sus trajes de piel y hasta toman sus baños de sol entre las hierbas y plantas floridas.

Los niños, y sobre todo, las niñas del Norte de Groenlandia, gustan de correr por el campo y formar sencillos ramilletes de silvestres flores.

En el mes de agosto, casi todos los rincones de aquella región polar lucen multitud de flores llamadas por los botánicos "Dryas integrifolia", especie de rosa de variados colores, que, sobre el fondo verde claro de sus hojas, dan a la campiña un aspecto de llanura andaluza. Estas flores, que de lejos parecen margaritas, pues la especie que más abunda tiene los pétalos blancos y el centro amarillo fuerte, es, como hemos dicho, una rosácea muy común en Groenlandia.

La brillante amapola de Islandia, "Papavera medicaule", es también una flor que abunda en la región polar; se la encuentra hasta en los bordes del Océano Artico, en el cabo Morris Jesup.

Una hierba característica, que crece en las pendientes en donde anidan los pingüinos, es el llamado "rabo de zorro", "Alopecurus alpinus", que los esquimales utilizan como plantillas de sus botas, para rellenar sus colchones, como toallas y trapos de cocina.

Otras de las flores es la del árnica boreal o árnica alpina, parecida a un pequeño girasol, no sólo por su aspecto, sino por girar sobre su taco dando cara al sol, y la antercaria alpina o siempreviva de los Alpes.

La familia de las rosáceas está representada por las "Dryas integrifolia", que ya hemos mencionado.

Además, abunda en hierbas variadas, y en ciertas épocas del año el campo está cubierto de verde manto, color al que debe su nombre de Tierra Verde, con que la bautizaron los daneses.

Las plantas que hemos citado son, como hemos dicho, abundantes en toda la isla; pero hay además otros árboles y arbustos que nunca alcanzan el desarrollo de los de las regiones templadas, como la "Betula glandulora", "Betula adorata", el "Salix glauco", el "Alnus ovata", el "Sorbus" y el "Juniperus nana". Los dos primeros rara vez alcanzan más de cinco metros de altura; por término medio no pasan de cuatro.

La nieve de las montañas como fuerza motriz

Una de las grandes industrias de California, E. U. A. (y se están convirtiendo en una de las grandes industrias del mundo) es la producción de fuerza hidroeléctrica para utilizar el derretimiento de las nieves que coronan las majestuosas montañas de la elevada Sierra Nevada. Esta cordillera es para el Continente Norteamericano lo que la Cordillera de los Andes es para el Continente Sudamericano. Se dice que un cuarenta y tres por ciento de la fuerza hidráulica de que se dispone en los Estados Unidos se encuentra en la Costa del Pacífico. Esta fuerza, cuando se aprovecha en forma de electricidad, se usa no sólo para iluminar ciudades y para hacer girar las ruedas de la industria, sino también para bombear agua que se necesita para la irrigación. La Joaquin Light & Power Corporation, por ejemplo, está generando la corriente eléctrica que trae las comodidades de la electricidad a más de 7.000 haciendas, y que suministra la fuerza para la irrigación de unas 150.000 hectáreas de terrenos de labor. Esta no es sino una de las muchas y grandes compañías de servicios públicos que cubren con sus servicios toda la Costa del Pacífico de la república norteamericana.

Varios distritos de irrigación están también ocupados en grandes empresas, primariamente con el objeto de almacenar el agua que se necesita para fines de irrigación e, incidentalmente, para la producción de fuerza. Un distrito de irrigación, por ejemplo, en estos momentos está construyendo una enorme presa y una planta de fuerza eléctrica sobre el Río Merced, a 48 kilómetros de la ciudad de Merced, California.

Esta presa tendrá 99.4 metros de altura y formará un recipiente de 32 kilómetros de largo, con una superficie de 1.100 hectáreas. El agua tendrá una profundidad media de 30 ½ metros, y una profundidad máxima de 91 ½ metros. Los recipientes de esta naturaleza son los únicos lagos que tiene California, pero sirven para el caso admirablemente: y algunos de los mayores se usan como balnearios para el verano. En el lecho de la corriente, y en la base de la presa, agua abajo, se está construyendo una planta de fuerza de 36 ½ metros de ancho y más de 30 metros de alto.

Se están construyendo canales de desagüe en la roca maciza desde los extremos de la presa hasta el canal del río, llegando al lecho del río a una distancia de 46 metros de la casa de fuerza, por el lado de agua abajo. Dos turbogeneradores de eje vertical y de 16.750 C. de F. cada uno producirán fuerza con el agua que se deje pasar para fines de irrigación, y con el agua excedente de que se disponga sin menoscabo de la irrigación.

Si bien la excavación de la piedra y de la tierra para la Presa y Planta de Fuerza Exchequer, como se nombran estas obras, no es la particularidad más conspicua de esta empresa, ha requerido, sin embargo, proyectarse cuidadosamente con el fin de evitar que sirviera de obstáculo para las otras operaciones. La limitación de tiempo, en conexión con otras circunstancias, ha complicado grandemente la maniobra del material excavado. No hay espacio disponible abajo de la presa para tirar el material de desecho; y cualquiera demora en la excavación de los cimientos de la casa de fuerza y de las partes inferiores de los canales de desagüe haría necesario sacar el material a través de la presa o por debajo de ella.

Por otra parte, el Río Merced está sujeto a crecidas entre los meses de noviembre y junio, y su flujo ha alcanzado la cifra de 1.050 metros cúbicos por segundo. La proximidad del Ferrocarril del Valle Yosemite es otra complicación. El sitio de la presa cruza con este ferrocarril; y el tráfico del ferrocarril a través del sitio de la presa debe continuar hasta que se haya completado la mayor parte de la presa. Está en construcción una línea de rodeo, pero no se habrá completado sino hasta el año próximo.

Un canal de desagüe que parte del lado norte de la presa, pasa debajo del ferrocarril y requirió una excavación de 15 ½ metros de profundidad y de 23 metros de ancho en el fondo a lo largo de la línea del ferrocarril. La vía de ferrocarril que traía los materiales a la planta mezcladora de hormigón tenía que pasar por arriba de este canal. Por ser tan escarpados los costados de la barranca ha sido difícil excavar las partes superiores del canal de desagüe y para los cimientos de la presa sin arrojar peñas sobre las obras que se están haciendo abajo.

Se requieren 310.000 metros cúbicos de hormigón para la presa, la casa de fuerza y los canales de desagüe. La grava, la arena y la piedra para este hormigón se están llevando sobre el Ferrocarril del Valle Yosemite en vagones tolvas de 19 metros cúbicos de capacidad; necesitándose un promedio de 60 vagones por día durante más de 300 días.

El equipo para la excavación consiste de tres vías para la maniobra del material de desecho, sobre las cuales corren trenes de carros o vagones Western de volteo lateral de 4.6 metros cúbicos y 9.2 metros cúbicos de capacidad, respectivamente. Unos y otros de estos vagones son del mismo diseño general mecánico, y uno y otro tamaño están construídos para vía ancha, usada generalmente en los Estados Unidos, o sea de 1.435 metros. Los carros o vagones de 4.6 metros cúbicos tienen un solo truque o juego de ruedas, y se vacían a mano; mientras que los vagones grandes tienen dobles truques y se vacían por medio de aire comprimido. En ambos casos el carro vacía su carga instantáneamente. Para el arrastre de los trenes se han instalado una locomotora de vapor de 20 toneladas, quemadora de petróleo, y dos locomotoras de gasolina Plymouth de 8 toneladas. Además, se usan varias grandes grúas para elevar el material.

Minas de turquesas

En Nuevo Méjico, próximamente a 22 millas al suroeste de Santa Fe, se hallan en explotación notables minas de turquesas, en el monte Chalchuite, nombre indio, que equivale al de dicho mineral. Las rocas en las que se halla dicha piedra preciosa, se distinguen por su color blanco y porque tienen cierto aspecto de descomposición; se asemejan algo al kaolín, y han sufrido sin duda una gran descomposición, debida, en concepto del profesor Sillimann, al vapor de agua caliente que sin duda se escapa del suelo en unión de otros vapores o gases, y por cuya acción la estructura primitiva de la masa cristalina ha sufrido una completa metamorfosis y descomposición. La turquesa se halla en forma de pequeñas venas y en núcleos recubiertos de una costra tabácea blanca. Las piedras de gran valor comercial son bastante raras.

El color azul de la turquesa, que es un hidrofosfato de alúmina, se debe al óxido de cobre procedente de las mismas rocas, pues contiene 3.81 por 100.

PAPEL Y TINTA

Soliloquios de un hombre extraviado, por Alberto Romero.

Alberto Romero, el escritor chileno que nos visitara hace unos años y que, fruto de sus observaciones porteñas, nos diera un libro de crónicas tan interesante y simpático como "Buenos Aires espiritual", ha vuelto a publicar un libro hermano de "Memorias de un amargado", con el cual se iniciara en las letras.

Claro está que no en vano entre uno y otro han corrido siete años. "Soliloquios de un hombre extraviado" se nos aparece así como la obra de un espíritu más cultivado y en el cual la vida ha hundido su duro pico de ave de rapiña.

Libro obsesionante este, por el cual relampaguean los pensamientos de un hombre al que el dolor físico y moral hiere. En momentos, quisiéramos que un poco de alegría entrara en ese espíritu amargurado por la pena, en ese pozo en el cual sólo se asoma de tarde en tarde la estrellita de una emoción de amor, que pronto ha de huir también. Mas lo deseamos en vano. El personaje que soliloquia es un obsedido; vive para su dolor, habla para él y, consecuencia de esta actitud, es que este libro concluye por posesionarse de nosotros, estrujarnos el alma, quitarnos de ella el más íntimo zumo de esperanza. Al terminar de leerlo, nuestro corazón es un fruto arrugado, al que de buena gana arrojaríamos, de ser posible.

Y, a pesar de las muchas bellezas que lo esmaltan, este es un libro que hace mal. Casi dan ganas de decir que nadie tiene derecho de escribir libros como este, porque cuanto más acabada es la técnica de un artista, posee más poderosos recursos para apoderarse de nosotros y conducirnos hipnotizados. Este es el poder de Alberto Romero, prosista de ley. El vigor de su estilo, la austera sobriedad de su prosa, sugestionan al cabo de varias páginas; nos sentimos empujados por el mismo viento de fatalidad que empuja al personaje de su libro, y convivimos sus horas negras, su dolor obsesionante.

Buen lugar en las letras chilenas, que cuenta con nombres de tanto valer como los de Pedro Prado o Eduardo Barrios, viene a dar este libro a su joven autor. Realizado con prosa, a la que puede elogiarse calurosamente por su viril belleza, trasunta el espíritu de un escritor destinado a un seguro porvenir artístico.

Quizás pase ese mal momento que apuntamos anteriormente, y en libros futuros, más optimistas, pueda reconciliarse con la vida, que si tiene momentos malos, los tiene también que valen la pena de reflejarse en las páginas del libro para llevar un poco de consuelo al dolor de la humanidad.

Tengo para mí, que Alberto Romero, por el arte que ha llegado a alcanzar, debe contraer consigo mismo el deber de darnos otro libro, no lacerante como éste, sino en el que la ilusión alce su himno de fe. Y él es capaz de realizarlo, así lo proclaman estos "Soliloquios de un hombre extraviado", obra que denuncia la madurez precoz de su autor.

Ernesto Morales

"Nativa"

Esta interesante revista criolla, que dirige don Julio Díaz Usandivaras, contiene en su último número el siguiente sumario:

E. Chianna, General Venancio Flores (óleo); J. Díaz Usandivaras, La mejor venganza; F. Silva Valdés, El clarín; Arturo Vázquez Cey, Buenos Aires colonial; A. Bazzini Barros, Las canciones sugestivas de nuestros hombres serranos; F. Pereyra, J. Ramiro Podetti, Adivinanzas criollas; Ernesto Morales, Izapú; A. Reynal O'Connor, La capilla de Colonia; Ricardo Tarnassi, El Dr. Federico Sick; E. G. Andrich, Motivos de la Patagonia; Humberto A. Podetti, El canto del carretero; Rafael Barrios, Interrogación de Primavera; Fernando Márquez, El ramo de violetas; Pastor Obligado, Una lágrima del general San Martín; H. Raúl Espoile, Página musical: Flor de romero; Desiderio E. Rubbens, La misión de la crítica de arte; Miguel A. Camino, Silbando...; Martiniano Leguizamón, El primer poeta criollo del Río de la Plata; J. B. Báez, El cariño por la tradición; Emilio Solanet, El caballo criollo; Hugo Miatello, El gusano de seda; César M. Leckie, La vuelta al pago; Edmundo Montagne, Cariñito volador; Santos Valderrama, Puentecito negro; Pampeana, J. Emilio Riolfi.

Dibujos de Agrelo, Spisso, Minvielle, etc.

Hemos recibido:

Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por M. Soto-Hall.—Edición "El Ateneo". Buenos Aires, 1925.

Los Himnos del Sueño, por Godofredo Lazcano Colodrero.—Publicación de "Los Provincianos", Córdoba, 1925.

Elogio de Joaquín V. González, por Ricardo Rojas.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

Sarmiento, crítico teatral, por Juan Pablo Echagüe.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

Epistolario de Sarmiento, por Augusto Belín Sarmiento.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino. Año IV. Número 45. Buenos Aires.

Revista Bimestre Cubana. Volumen XX. Números 3 y 4. Habana, 1925.

Boletín de la Unión Panamericana. Noviembre de 1925. Washington.

Arboles para papel

Son muchos los árboles de cuya corteza se hace papel en el Japón, pero el más extendido es el moral papelero ("Broussometia popyrifera", Sieb), introducido en aquel país durante los años 593-629 por un sacerdote de Corea, llamado Doukio. De este árbol existen distintas variedades determinadas por los caracteres del clima, suelo y cultivo. Está extendido por todo el Japón, pero es más intenso en Satsuma, Chicayo (isla de Kiushiu), Awa y Tosa (isla de Shikoku), y en las provincias del oeste y centro de Nippon.

El indicado árbol, o mejor dicho arbusto, no puede vivir en los terrenos pantanosos, cultivándose con preferencia en las vertientes de las colinas expuestas al Sur. La multiplicación se hace cortando la raíz en pedazos de un decímetro de largo, que se colocan inmediatamente en el terreno, disponiéndolos a distancias regulares en las lindes de los campos y en los terrenos desmontados. A los dos o tres años se empiezan a rozar las plantas a flor de tierra, operación que tiene lugar en noviembre. Los brotes rozados suelen tener de dos a tres metros de largo. Se atan luego estos en haces y se sujetan a la acción del vapor para que desprendan fácilmente la corteza.

Para hacer el papel, se lava ésta y se deja secar, hecho lo cual se pone en agua de nuevo, y se raspa con un cuchillo para quitarle la epidermis, cuyos residuos se emplean para papel basto. Así preparado, el liber se lava en vapor de agua, se amasa y se seca, y después se expone al sol hasta que adquiera bastante blancura. Entonces se le sujeta a la acción de una lejía de ceniza de alforfon para quitarle las partes gomosas y resinosas, hecho lo cual las fibras pueden ya separarse fácilmente y ser convertidas en pulpa sin más que batirla, como se hace con el fruto, sí que también para mantener el suelo en cierto grado de humedad, y por dar frescura y sombra a los vegetales. El consumo local no llega en mucho a la producción, y se ha estudiado el modo de sacar partido ensayando la fabricación de harina de "Plátano" y aguardiente del mismo fruto; aquélla reúne buenas condiciones para la elaboración de pan, constituyendo un alimento esencialmente feculento, mientras que el último tiene un gusto bastante agradable, semejante al del fruto de que procede, y señala 52 grados del alcohómetro centesimal, luego de destilado, pudiendo reemplazar al alcohol de la caña de azúcar.

El mali-mali

Es este el fenómeno patológico de la imitación que se conoce con dicho nombre en Filipinas, y con el de "Sakit-latar", en Java. El enfermo atacado de este mal siente terror o sorpresa e imita repetidas veces todo lo que ve hacer, sin respeto al pudor. Hostigado por cualquiera, el paciente se pone furioso, prorrumpe en gritos y se arroja sobre el que provoca su ira. Es notable que esta enfermedad no afecte las funciones regulares del organismo.

También se padece en Filipinas, como en los países malayos, el "Amok", especie de rapto colérico, que semejante a una locura furiosa, trastorna al individuo atacado, hasta el punto de llevarlo a cometer, rápida y velozmente, los atentados y asesinatos más crueles. En el año 1866, un soldado de la guarnición de Cavite, atacado repentinamente del "Amok", hirió y mató, uno tras otro, a un maestro de escuela, a dos muchachas de doce años, a una mujer, a un niño de nueve años, a un cochero, a otra mujer, a un marinero y a tres soldados. Llegado al cuartel le detuvo el centinela, al cual clavó su puñal en el pecho.

Estos casos son, por desgracia, algún tanto frecuentes, sin que hasta la fecha sea bien conocida la causa de tan extremado y funesto frenesí.

Curiosidades

En el Cáucaso, el cargo de cartero es peligroso, porque tiene que luchar con los bandidos y con el tiempo, pues a veces se ve obligado a subir montañas de más de 3.000 metros de altura, cubiertas de nieve o con un calor asfixiante.

En Rusia, cualquier carta o paquete que se considera sospechoso, es abierto y se lee o examina su contenido. Una máquina ingeniosa vuelve a arreglarlo todo y su destinatario no puede sospechar que su correspondencia ha sido violada.

COLABORACION ESPONTANEA

Insensibilidad

Aunque si hoy me río, si es en mí proverbial,
el gesto displicente con que acojo la vida,
no es porque sea feliz, ni alegre, ni jovial,
ni cínico, ni estoico, sino porque dormida

está la fibra heroica que vibra ante el dolor,
por causa de los golpes impíos de la suerte,
y ahora que ya no sufro porque murió el amor
en mí, nada me espanta, ni la muerte.

Pues sabrás que la muerte, pese al dicho vulgar
que la cree deseable, si llega en la hora grave
de la aflicción, la puerta del doliente a golpear,
la encontrará cerrada con dos vueltas de llave.

Nada turba mi calma morbosa, artificial,
me es indiferente todo lo que me alcanza;
feliz muchos me llaman, sin saber que es fatal
cristalizar el alma mientras el tiempo avanza.

Sentir yo como otros quisiera, si es verdad
que se llora, también lo es que se ríe,
norma compensadora de divina equidad,
que sus dosis prolijas en la vida deslíe.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Ausencia

¡Ah, no! Ya no puedo sufrir más. Las horas
de alegres que fueron y de sonreidoras,
se han trocado en tristes instantes de penas...
Que yo, ya no tengo rosadas auroras,
ni tienen mis sueños olor de azucenas...

Está tan lejana. Tan lejos se ha ido
que estoy apenado, que me hallo afligido.
¡Las almas no saben de inmensas distancias
ni ausencias! ¡Las almas son sólo un latido
de amor, o de ensueños, o de hondas fragancias!

La siento y lloro. La lloro en su ausencia,
por más que hallo en todo diluída la esencia
de su alma de seda, de su alma de gracia;
por más que hallo en todo la dulce presencia
de la alba blancura de su aristocracia...

A veces su imagen de nácar y espuma
se aleja, me nombra, se acerca o se esfuma;
se sienta a mi lado, doliente y callada...
Los ojos de ensueños cargados de brumas;
más pálida y triste que la Inmaculada.

La siento y la lloro con lágrimas cálidas;
lágrimas que dieron mis fuentes castálidas...
Pena que la llora porque está distante...
¡Las almas debimos tornar en crisálidas
o en eco infinito, perpetuo y vibrante!

Estoy afligido; me sorbe la inquina,
pues siento el vacío de su alma divina
do abreva dulzura mi pálido labio...
¡Yo lloro su ausencia, su gracia tan fina
no obstante quedarme de su alma el resabio!

Y, aún, siguen pasando mortales los días...
Y al no hallar sus ojos, y al no hallar su encanto,
al no hallar consuelo de sus frases pías
y al sentir tan agrias las tristezas mías,
trastocada el alma, se convierte en llanto...

José A. FERRATÉ ACOSTA.

Hispania máter

En la noche ancestral de los siglos
surgió el alma aborigen de las tribus indianas
ante aquellas conquistas hispanas,
ante aquella Odisea del Homero español.
Surgió el alma caribe dormida
a través de los siglos y a través de los mares,
que a la cruz de los peninsulares
anunció el nuevo mundo de los hijos del sol.

Era el alba surgente en las noches
de los tiempos remotos. Era el sueño intranquilo
que insinuaran los magos del Nilo.
Era toda esa Atlántida que ideara Platón.
Y eran vagas visiones de augures
que á las mil realidades plasmó el sueño converso
despertando al antiguo Universo
del fantástico sueño del romano Scipión.

Y era al fin, la conquista suprema
de las tierras exóticas de la plata y del oro,
frente al rítmico canto sonoro
de las aguas creídas por confines del mar,
que arrastraron, surcando en las sombras
del océano inmenso, las tres naves hispanas
con la fe de las cruces cristianas
hacia el límite ignoto del país secular.

Sin más rumbo que el rumbo que orienta
el silencio y la sombra, el azar y el misterio,
hacia el linde del otro hemisferio
fué en el caos orzando el hispano bajel.
Las estrellas polares guiaron
el destino supremo que marcó el derrotero,
a través del clamor agorero
de las olas gigantes del océano aquel.

Con las proas de frente al abismo,
y las velas henchidas a la suerte del viento,
en las noches del mar turbulento
los guiaba el tridente de Neptuno y Tritón.
Y los mástiles fueron rasgando,
describiendo en los cielos las palabras austeras
que orientaron las rutas primeras
de las tres carabelas de Cristóbal Colón.

Así fueron surcando el misterio
de cien noches guiadas por las náyades greca
arribando a los Incas y Aztecas
de los tronos de Méjico y del Alto Perú,
do cayendo el poder del cacique
por los triunfos hidalgos de las armas latinas,
dormitaron sepultos en ruinas
Montezuma, Atahualpa y Tupac Amarú.

El lejano horizonte surgía
en las mismas Antillas. Y al influjo de Jano
despejábase todo ese arcano
que forjó las leyendas de la Edad Medioeval.
Y surgía el feraz continente
ocultando en sus selvas las riquezas más grandes.
Y en las cumbres sin fin de los Andes
imponían las rocas su grandeza inmortal.

Eran ambas Américas surtas
del estrecho de Bering hasta el Cabo de Hornos,
perfilando sus magnos contornos
el matiz policromo de la aurora polar.
Y eran todas las cuencas del Plata,
del profundo Orinoco, del soberbio Amazonas
fecundando las vírgenes zonas
en sus fértiles riegos bajo el fuego solar.

Y surgió, para el hijo de Iberia
y los reyes católicos de Aragón y Castilla,
que llevaron su trono a la orilla
de las tierras de América en su marcha triunfal.
Fué la magna proeza de España,
de la España del Cid, digna, heroica y triunfante
que poblara los páramos ante
la grandeza fecunda de la raza inmortal.

Hubo eterna fusión procreadora
de la sangre aborigen y la sangre latina,
que a través de la gran cumbre andina
germinara sedienta de confraternidad.
Y las mismas entrañas fecundas
de la máter Hispania, como nuncios de gloria,
fué engendrado a través de la Historia
las naciones más grandes para la humanidad!

Víctor J. MUSCHIETTI.

No importa...

Por ti he torcido el destino
que me llevaba a la luz,
y por ti será una cruz
la cuesta de mi camino.

Por ti mi ilusión se esfuma
como engañoso oropel
y en espíritu de Abel
mi alma de Adán se trashuma.

Por ti me besó en los ojos
la prostituta Maldad,
y hay en mi yerma heredad
tan sólo arenas y abrojos.

Por ti seré sólo escoria
en la podre del fangal...
¡Mas no importa rumbo tal
si llevo el triunfo augural
de vivir en tu memoria!

José María ABALLONE.

Maturana

A cuestas con la carga que le impusiera el sino:
hacer la vida aciaga del hombre, superior,
canta, y saboreamos "Las fuentes del camino"
mientras nos embalsama con su "Naranjo en [flor".

Lo vemos con su arpa de errante peregrino
atravesar la senda que va al reino interior,
siguiendo la alba estela de brillo diamantino
que termina en la luna como en abierta flor.

Bohemio milenario con alma de Quijote
predica las virtudes de una estricta moral;
y como el buen Quijano, de su lanzón al bote,

destroza las cadenas que atan al galeote
en tanto que sus ojos de gran sentimental
miran, de Barataria, el presentido islote...

Rafael RUIZ CRUCES.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 423, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. 9.00	Año. 11.00	Año. 8.00
N.º suelto. . 20 cts.	N.º suelto. . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 .	N.º atrasado. 50 .	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

La muerte azul

El secreto de Karma Crescent

Por E. H. Heron

Se refiere la presente narración a cuatro casos extraordinarios acaecidos en una casa de un pueblo del Sur de Londres, y que ocuparon por mucho tiempo la atención del público.

Fueron los cuatro casos, cuatro muertes, todas ellas producidas bajo las mismas misteriosas circunstancias, y que levantaron continuidad de acusaciones y sospechas vagas, tendientes a descubrir el misterio que envolvía tales hechos, acaecidos en la casa número 1 de Karma Crescent.

Como muchas personas no recordarán los detalles, haremos un breve resumen de los hechos, con algunos datos suministrados más tarde por el célebre pesquisante y psicólogo, Flaxman Lorr.

Karma Crescent es un pueblecito de siete u ocho casas cuando más, situado en los suburbios de Londres, unido con ésta por ferrocarril y distante de los docks como media milla.

La casa en cuestión era la más cercana a la estación del ferrocarril y gozaba de fama de encantada entre los habitantes de las cercanías, permaneciendo por esta razón vacía por un largo lapso de tiempo hasta que llegaron a Londres el coronel americano Simpson B. Hendriks y su hijo, que la compraron, menospreciando las indicaciones de los vecinos.

A pesar de las seguridades que daban, ninguna persona del lugar se ofreció como criado, dando como razón que no querían vivir en una casa habitada por duendes y espíritus, y agregando, como argumento irrefutable, la extraña coincidencia de que cada propietario había perdido en ella un miembro de su familia.

Como último recurso, los dos americanos tuvieron que utilizar los servicios de un ama de llaves escocesa. Pero no habían pasado aún tres días cuando al volver el coronel y su hijo a altas horas de la noche se encontraron a la escocesa que descalza, y cubierta sólo con una sábana llegaba aterrorizada, a contarles que se le había aparecido un fantasma.

—Fuí de pronto despertada por una mano fría y descarnada, decía temblando la pobre mujer; abrí los ojos y vi ante mí una figura envuelta en un sudario, con ojos siniestros que me miraban fijamente. Sus facciones iluminadas por una luz pálida, eran duras y de una lividez cadavérica, escapándose de sus labios un susurro vago, indefinido, que helaba la sangre en las venas. Dí un grito y cerré los ojos y cuando los abrí, el fantasma había desaparecido. Me levanté y corrí hacia la puerta, ésta estaba con llave; y ésta se hallaba en el mismo sitio en que yo la había dejado. Entonces penosamente, muerta de miedo, vine hacia aquí donde esperé que llegaran ustedes.

Los americanos registraron todos los rincones de la casa en busca del fantasma, pero en vista de la inutilidad de la pesquisa, decidieron quedarse varias noches en espera del espíritu. Al fin de la semana, y como el fantasma no volvió a aparecer, el joven Hendriks, fué al teatro dejando en la casa al coronel.

A su vuelta, después de una ausencia de tres horas y cuarto, encontró en el comedor a su padre, sentado junto a la mesa, inmóvil, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, sin un destello de vida en sus ojos. Una monstruosa hinchazón deformaba su cuerpo y su epidermis había tomado un color azul obscuro. Ni un soplo, ni un suspiro se escapaba de sus labios hinchados: el coronel Simpson B. Hendriks había dejado de existir.

El americano llamó a miss Anderson, que así se llamaba la escocesa, y mientras ésta velaba junto al cuerpo del coronel, el hijo corrió a casa de Muiroon, médico irlandés que residía allí cerca y que acudió al punto.

—Ya me lo esperaba—dijo el irlandés así que vió el cadáver.

—¿Qué?—preguntó el hijo con ansiedad.

—Es la historia de siempre—replicó el médico.—Este ya es el cuarto caso que sucede en diez y ocho meses.

—¿En el pueblo?

—En esta misma casa. ¿No ha oído hablar de las extrañas muertes del Sur de Londres? ¿No ha leído las columnas que los diarios han publicado sobre el asunto?

—Acabo de llegar de América—dijo el joven y por esa razón no sé nada al respecto.—Pero si usted ha visto otros casos, debe saber la causa de la muerte.

—El especialista más afamado no podría decirlo—contestó;—evidentemente esa hinchazón y ese color azul provienen de la descomposición repentina de la sangre, cuya inmediata consecuencia es la muerte, pero ¿cuál es la causa? ¿cuál es la materia que origina tal descomposición? Eso es lo que todavía no se ha podido averiguar, y eso es lo que ocupa todos mis momentos libres.

Se hizo un largo silencio y luego continuó:

—Siga mi consejo; la policía no pudo dar con la clave del misterio en ocasiones anteriores, y creo no lo conseguirá ahora tampoco, ¿por qué no recurre a los servicios del célebre pesquisante privado, Flaxman Lorr? Esto no se parece a nadie; sus métodos son propios, y sus medios de investigación tan seguros como originales. Fué él quien descubrió un misterio que por diez años intrigó a la policía entera de Londres, y creo que descubrirá también éste. Telegrafíele y si falla puede avisar a la policía.

Hendriks siguió el consejo y al otro día llegó a Karma Crescent el célebre Lorr, que fué conducido a la casa por Muiroon en persona; y poco después entraba en el comedor donde aún estaba, en la misma posición en que se le halló, el cuerpo inanimado del coronel.

Al entrar Lorr examinó con detención el comedor, que era un aposento cuadrado con una puerta de cristales que daba al jardín.

Los lujosos muebles estaban en orden; no había huella de lucha.

Junto a la mesa, y como a diez pies de la puerta de cristales se hallaba sentado el cadáver.

El cuerpo estaba inclinado hacia la izquierda, la cabeza caída hacia el hombro del mismo lado, sus manos colgaban rígidas a los costados y la pierna izquierda del pantalón estaba ligeramente remangada.

Lorr se inclinó y miró los labios hinchados del cadáver.

—¿Qué deducciones saca usted de esta posición?—preguntó al médico irlandés.

—Por la posición, creo que murió tratando de respirar libremente, de buscar un poco de aire.

—Es completamente falso—exclamó el pesquisante;—probablemente trataba de incorporarse hacia la izquierda para ver si hallaba un alivio, cuando la muerte lo sorprendió. Cualquiera que haya sido la causa del fallecimiento, su acción ha sido muy rápida. ¿Podría darme usted detalles de las muertes anteriores?

—Helos aquí—dijo, y sacó una cartera.

El primer propietario de la casa, el señor Philipson Vines, fué encontrado muerto en esta misma silla el 16 de noviembre de 1889 a las tres de la mañana. Abierto ante él se encontró un tomo de las obras de Froissart. Por la rigidez cadavérica se supuso que hacía ya varias horas que había muerto. Su salud era buena y todos sus órganos estaban en perfecto estado. El segundo ocupante era un tendero retirado llamado Richard Stephen Holding. El 3 de febrero de 1890 lo halló muerto su esposa sentado también junto a la mesa, y en la misma actitud en que está el coronel Hendriks y como él, todavía estaba caliente. Su edad era de 63 años, tenía una salud a toda prueba. Después la

LOS CRANEOS

Suntuosos salones deslumbrantes de luz. Grupos de damas y caballeros. Rostros animados y charla viva. Háblase de una famosa cantante; algunos la encomian como divina e inmortal. ¡Ah, de qué modo había lanzado ayer inimitablemente el último trino!

De pronto, como obra mágica, se desprende la piel de las cabezas y de los rostros, e inmediatamente se descubre la blancura huesosa de los cráneos y el plomo azulado de las encías y las mandíbulas descarnadas.

Y miro con espanto cómo siguen moviéndose encías y quijadas; cómo se revuelven las abolladas bolas de hueso, reflejando las luces, y cómo giran en ellas otras bolas pequeñas: los asombrados ojos.

No me atrevo a tocarme mi propia cara, ni me atrevo a mirar de frente a un espejo.

Y los cráneos se mueven como antes. Y detrás de los dientes que crujen, las lenguas, rojas piltrafas, se mueven con el mismo chasquido, contando cuán estupenda e inimitablemente, la inmortal...—¡sí, la inmortal cantante!—había lanzado ayer su último trino.

Iván TURGUENEF.

casa fué ocupada por una viuda con una hija y un niño inválido. Los primeros días éste no salió de su cuarto, pero una noche se aventuró a salir de la habitación y a poco se le halló muerto en el comedor.

Lorr escuchó meditabundo el relato del doctor, y cuando éste hubo terminado le preguntó:

—¿Puede decirme en qué posición se encontraron los cadáveres?

—Como ya he dicho; solamente vi la posición del cuerpo en el caso Holding, pues los otros dos ya habían sido sacados del sillón fatal.

El pesquisante se levantó, recorrió a largos pasos la habitación, fruncido el ceño, con la mirada baja como si pretendiera hallar en él una pista, una huella que lo guiara, y luego, deteniéndose de pronto, como si temiera salirse de su ensimismamiento, exclamó sin un gesto, sin un ademán:

—Cuando quieran pueden ustedes retirarse, no necesito más, por ahora.

Por la noche, el pesquisante, tuvo una larga conversación con el joven americano y los dos convinieron en que Lorr pasaría por sirviente en lugar de miss Anderson, que declaró que se iba de la casa.

—Además, conviene no despertar sospechas—dijo aquél,—y yo necesito estar de noche en el sotabanco, que me pertenece dada mi calidad de sirviente.

La primera diligencia que hizo después de acompañar el cuerpo del coronel a su última morada fué, la visita a los alrededores de la casa llegando a aventurarse por entre las infectas callejuelas del puerto.

Al día siguiente, Hendriks fué despertado por golpes y ruido de herramientas. Se levantó sobresaltado y se encontró con Flaxman que pacientemente, colocaba un sólido cerrojo en el sotabanco, y otro en la parte externa de la persiana que cubría la puerta de cristales del comedor.

—¿Por qué no lo pone en la parte interna?—preguntó el americano.

—Esto forma parte de mi plan—contestó lentamente Lorr, y se encaminó hacia el jardín.

Luego, cuando Lorr, en su papel de sirviente anunciaba que la comida de Hendriks estaba servida, deslizó en los oídos de éste una pregunta:

—¿Han usado ustedes mucho la puertecilla del jardín?

—No; mi padre juzgaba conveniente tener siempre cerrada en vista de lo que le habían dicho que pasaba, y porque como la casa no tiene sótano, nadie podría entrar en ella sino por los medios vulgares de cualquier ratero.

———

Mulroon siguió visitando la casa, vivamente interesado en la pesquisa. Su profesión le impedía creer en cosas sobrenaturales, pero quedó helado cuando oyó a Flaxman, el psicólogo, el hombre práctico por excelencia, ponderar las cualidades observadoras de miss Anderson.

—¿Luego usted ha visto también al fantasma?—preguntó atónito.

—Sí, lo he visto, pudiendo asegurar que la escocesa hizo una correcta descripción del duende.

El irlandés cada vez más asombrado le preguntó:

—Y usted ¿qué hizo?

—Yo, nada—dijo sonriéndose Lorr,—mi plan me impedía hacer otra cosa que quedarme quieto.

Mulroon volvió esa noche a su casa cabizbajo, abatido por las declaraciones de aquél de quien en otro tiempo había sido admirador más ardiente.

Pero el irlandés, hubiera perdido su confianza, en el pesquisante, si lo hubiese visto aquella misma noche, abriendo de par en par la puerta de cristales del comedor, cuando su primera recomendación al venir a la casa fué que para nada y para nadie abrieran sus puertas so pena de que se produjera una nueva muerte.

Hendriks, que oyó desde el hall el ruido que hizo al abrir, le preguntó:

—¿Para qué sirven los cerrojos de seguridad, cuando usted mismo abre las puertas que tanto nos recomendó que no tocáramos?

—Esta noche es necesario que se hallen abiertas—dijo el pesquisante, y se retiró a su habitación.

Al día siguiente Lorr no visitó el comedor hasta el mediodía. Dejó abierta la puerta de cristales, y después de cerrar la otra puerta tras de sí, se dirigió al otro aposento donde estaba Hendriks.

—Hoy me ausentaré por unos instantes—dijo.—¿Será usted tan amable que quiera no entrar en el comedor durante mi ausencia? Probablemente Mulroon vendrá hoy. ¿Quiere hacerle esta misma recomendación?

Anochecía cuando Lorr salió. Permaneció un rato fuera y a su vuelta fué sorprendido por el vozarrón de Mulroon discutiendo en el comedor con el americano.

El pesquisante abrió la puerta. Mulroon sentado en el sillón fatal, gesticulaba y gritaba en defensa de sus convicciones.

Lorr dió un grito de espanto, y dejando una canasta que traía en la mano, gritó:

—¡Por Dios, Mulroon, no se mueva! No haga un solo movimiento sino quiere morir. Ahora, estire las piernas y levántese rápidamente.

El irlandés impresionado por la alarma de Flaxman Lorr, obedeció.

—Tengan la bondad de dejarme solo unos minutos. Yo me reuniré a ustedes en cuanto haya concluído.

Mulroon tenía enfermos a quienes atender, de modo que cuando Lorr entró en el saloncito encontró a Hendriks solo.

—Dos problemas tenía que resolver, cuando vine a esta casa, empezó diciendo Flaxman, primero: ¿Por qué se moría aquí la gente? Había una causa misteriosa cuyos efectos se conocían. Segundo: ¿Por medio de quién o de qué causa se producía la muerte? Este problema lo he resuelto en parte esta noche. Mañana creo que hallaré la solución completa. Y si usted y Mulroon me esperan mañana a la noche, yo les explicaré el misterio que durante tanto tiempo ha dado ocasión a una infinidad de conjeturas y suposiciones.

———

En todo el siguiente día no se habló más del asunto. A la tarde, Lorr desapareció y no volvió hasta las once, hora en que se presentó en el saloncito.

—Antes de todo tengo que decirles—manifestó,—que les reservo una sorpresa. Pero primero les contaré en qué consiste. En mi pesquisa tenía, para comenzar, y como punto de partida, la coincidencia de que cada muerte venía precedida de la aparición de un duende a un miembro de la familia que no era la víctima, generalmente a los criados. Ahora bien: la relación de miss Anderson, era semejante a las descripciones anteriores del fantasma, esto es: que era un ser diabólico, que murmuraba palabras incomprensibles. Agregaban que venía cubierto de un sudario, y que una luz misteriosa iluminaba su rostro. Todos estos detalles bastaron para afianzar mi teoría, que luego se convirtió en convencimiento.

—Pero la muerte. Hasta ahora no ha explicado su causa—gritó Hendriks,—¿o usted cree que la vista de un fantasma produjo la muerte de mi padre?

—No se impaciente—dijo Flaxman Loor, y continuó:—Como recordarán ustedes, en todos los casos, el aspecto del muerto era el mismo. El cuerpo terriblemente hinchado, los labios deformes y el color azul obscuro. Algunos dedujeron que el efecto de esa causa desconocida era la súbita descomposición de la sangre, pero no se pudo ir más allá.

De nuevo Hendriks hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—Pero ¿de dónde venían esas apariciones, esos fantasmas?

—De ninguna parte—contestó Loor sonriéndose.—Lo primero que hice al trazar mi plan fué apartar de mi mente toda idea de fantasmas y fenómenos sobrenaturales. Dos detalles me encaminaron por el sendero que ha terminado en el descubrimiento del misterio; la pierna izquierda remangada y la posición del cuerpo. Con estos dos hechos llegué a la conclusión de que los fantasmas no tenían nada que ver en la muerte del coronel Hendriks. ¡Este había sido asesinado!

El joven americano se levantó al oír estas palabras.

—¿Por quién?—gritó coléricamente.—Dígame su nombre y me encargo de vengar a mi padre.

Mulroon y el detective trataron de calmarlo, y cuando se hubo franquilizado preguntó:

—¿Y cómo explica la luz misteriosa, el sudario y los murmullos que tanto aterrorizan a miss Anderson?

—Dado el género de muerte, sospeché que el criminal no era europeo, y hasta presumí que sería un individuo de raza amarilla, un chino probablemente. El sudario bien podría ser una de esas túnicas sin forma usada por los hijos del celeste imperio, en cuanto a la luz misteriosa no era más que fosforescencia producida por una untura de fósforo, y los murmullos, ¿no podrían ser inglés mal pronunciado? Hechas estas deducciones, recorrí las cercanías a ver si encontraba algún chino y efectivamente al otro lado del río había una colonia de hijos del Celeste Imperio.

—Pero, la casa tenía sólida cerradura, ¿cómo pudo entrar el asesino y consumar el hecho, sin que se notara en lo más mínimo ni una huella, ni una señal?

—La relación entre las apariciones y los asesinatos es evidente. Existen personas que ya por venganza o por conveniencia, necesitan que la casa se halle desalquilada. Tienen un medio de llegar al sotabanco y allí, en posesión de llaves duplicadas, la aparición se convierte en el trabajo de disfrazarse de duende con más o menos propiedad. A mi venida, cerré durante dos noches la puerta del sotabanco con los cerrojos de seguridad, pero, a la tercera, dejé la puerta cerrada con llave solamente, y esa noche el fantasma se me apareció de la misma manera que miss Anderson relató. Yo fingí un terror espantoso, y pude ver cómo la aparición, segura del efecto que había causado, se movía, murmurando palabras que no com-

La mentira acreditada

Por Mark Twain

Gran golpe de gente se acumulaba una mañana a la puerta de una modesta casa de uno de los barrios más apartados de Cleveland, la célebre ciudad del estado de Ohio.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?—preguntaban los que iban engrosando los grupos.

—No se sabe a punto fijo—decían los que se creían más enterados.—Parece que ha ocurrido una tragedia horrible. Hablan de que ha sido asesinada una familia entera.

—Dicen que hay muchos ahorcados dentro de esa casa.

—Se ha descubierto un depósito de cadáveres, resultado de los crímenes de una banda misteriosa.

Y así, de boca en boca, corrían las más tremendas versiones.

El suceso, sin embargo, era mucho más sencillo.

Un sujeto llamado Juan Markiss, muy conocido en el barrio, había sido encontrado aquella mañana ahorcado con una cuerda de cáñamo pendiente de una de las vigas del techo de su alcoba y con un papel prendido con un alfiler en el pecho, papel en que el individuo había escrito por su propia mano que no se culpase a nadie de su muerte, pues él deliberadamente se quitaba la vida.

La cosa estaba, pues, perfectamente clara. Se trataba de un suicidio.

Sin embargo, cumplidas todas las formalidades de rigor, el jurado que había de dar su veredicto sobre las causas de aquella muerte violenta formuló el siguiente dictamen, verdaderamente estupendo:

"Muerte causada por persona o personas desconocidas."

Cuando me enteré de ello, no pude menos de exclamar:

—¡Pero eso es imposible! ¿No han reconocido los peritos la letra del escrito como la propia del difunto? ¿No se ha comprobado perfectamente que la puerta y las ventanas de la habitación estaban cerradas por dentro?

—Sí, señor—me dijeron,—pero crea usted que, a pesar de eso, el jurado ha procedido con discreción y cordura...

—¿Cómo puede ser eso?

—Oiga usted. El muerto, Juan Markiss, había procedido de tal modo en los cincuenta años que llevaba de su vida que nunca, ni por casualidad, había dicho una palabra de verdad; y de tal modo era conocido y apreciado el hecho en la población, que todo cuanto decía era infaliblemente, irrefutablemente, indestructiblemente considerado como falso. El jurado, pues, no ha podido de ningún modo dar crédito a lo que Juan Markiss ha escrito en su papelito.

*Realmente, no supe qué replicar; y, efectivamente, el jurado aún fué **más lejos. Manifestó su creencia de que el individuo no estaba muerto, fundándose para ello, como prueba refutable, en la declaración de Markiss de que él mismo se había quitado la vida.** Por lo tanto, solicitaron del juzgado que se aplazara el entierro todo lo posible.*

Conforme con esta petición, a pesar de ser pleno verano, el ataúd se mantuvo abierto durante ocho días, hasta que hubo que rendirse a la evidencia: Juan Markiss estaba muerto.

Pero entonces el jurado se reunió nuevamente, y cambió su veredicto en la siguiente forma:

"Suicidio cometido en un acceso de aberración mental"; y para fundamentarlo, dieron los jurados la razón siguiente: Efectivamente, Juan Markiss ha muerto y se ha matado él mismo; pero ¿hubiera dicho la verdad si hubiese estado en su sano juicio? Claro que no. Se suicidó, pues, perdida la razón.

prendí. Esto me dió tiempo para observar sus facciones, cuyas líneas duras recordaban el tipo de los individuos de la casta malaya.

Usted me dijo, señor Hendriks, continuó, que la puertecilla del jardín no fué abierta nunca. Existen razones que me hicieron creer lo contrario, llegando a convencerme cuando hallé que un hilo, que yo había colocado a través de la entrada, estaba roto. Ahora bien; el trayecto más corto para entrar en la casa es el que hay desde la puertecilla hasta la puerta de cristales, y por lo tanto, admití en mi teoría que el asesino entraba por el comedor.

—¿Y la cerradura que usted colocó en la parte externa de las persianas?

—Estará a estas horas llenando sus funciones a las mil maravillas—exclamó Lorr y siguió:—Sabiendo la existencia de una llave duplicada, presumí que el asesino entraría en el comedor un momento con el propósito que más tarde les diré. Esa presunción se cambió en convencimiento cuando encontré que el hilo que había puesto a través de la puerta de cristales, estaba roto como el de la puertecilla del jardín y, por lo tanto, alguien había entrado en el comedor. Para asegurarme de su propósito compré una rata, la metí en la cesta y al llegar aquí me encontré a Mulroon que casi me ahorra el experimento.

Mulroon preguntó sonriéndose:

—¿Luego puedo decir que he tenido suerte?

—Si señor, tiene usted la suerte de tener las piernas largas. Si cuando se sentó, hubiera rozado sus pantorrillas contra los barrotes del asiento, ahora estaría usted en el ataúd.

—¿Entonces ha descubierto la causa de la muerte de mi padre?—dijo Hendriks.

—Sí. Al examinar la silla encontré que las patas traseras eran más cortas que las delanteras, dando de ese modo al asiento una ligera inclinación. Al sentarse una persona tenía pues, que colocarse naturalmente hacia atrás, ocupando todo el asiento y en consecuencia, rozaba su pantorilla contra el barrote superior que limita la parte anterior del asiento. En la parte izquierda de este barrote, encontré clavada una punta finísima de acero. Probé sus efectos en la rata con un resultado satisfactorio, pues en pocos momentos murió hinchada y con un color azul en todo su cuerpo. La pierna del pantalón y su doblez, me llevaron a este descubrimiento. Probablemente el coronel, al sentir el pinchazo empezó a doblar el pantalón para inquirir la causa, y haciendo ésto, fué cuando el veneno hizo efecto, matándole en el acto. Como no era conocido ese veneno en Europa sospeché que fuera chino el criminal, sospecha que fué haciéndose mayor al recordar que las víctimas de una sociedad secreta china llamada "La muerte azul" presentaban el mismo color y la misma hinchazón que los casos de Karma Crescent.

Calculé que el criminal volvería tarde o temprano a tratar de proseguir su diabólica obra. Hace dos días que espero la oportunidad de agarrarlo y creo que al fin he conseguido mi objeto. ¿Quieren acompañarme al comedor?

El americano y Mulroon acompañaron a Lorr que llevaba una lámpara. Por un momento escucharon a la puerta del comedor, nada se oía.

—Cerré las persianas con el cerrojo que puse en la parte externa, cuando lo vi entrar a renovar la dosis de veneno, que pone en la punta de acero, dijo Flaxman y ahora está encerrado. Sin embargo, lo creo valiente y capaz de saltar sobre nosotros en cuanto abramos la puerta. ¿Quiere usted tener la amabilidad de prepararse, míster Hendriks?

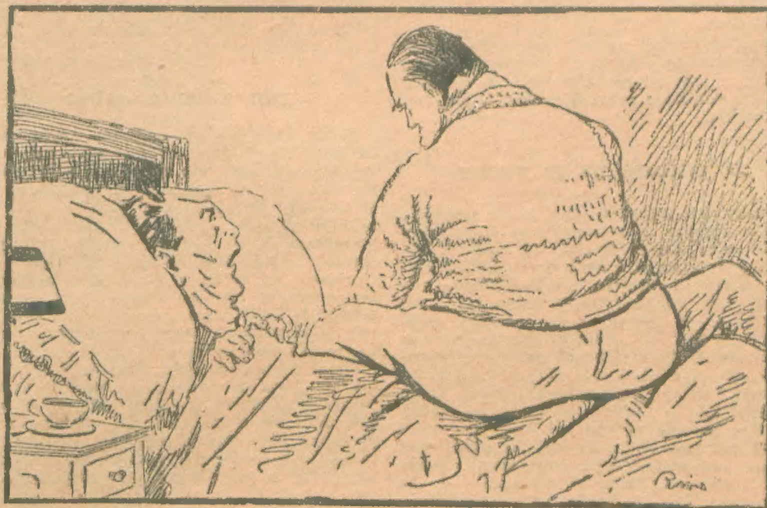
—Muy bien—dijo éste empuñando su revólver.

Lorr abrió la puerta. Nada se movió dentro de la habitación. Sentado al lado de la mesa se destacó la figura inclinada de un chino. El sombrero se había caído a un lado dejando al descubierto la coleta. Todo en él indicaba que había muerto. Su cara, hinchada y de un color azul obscuro se hallaba desfigurada por una contracción suprema de dolor y de angustia, su cuerpo cubierto de un color azul indefinido daba una impresión de repugnancia y repulsión hacia el cuerpo en el que alentó por largo tiempo el espíritu cruel de aquel hijo del celeste imperio, que había logrado despistar a lo mejor de la policía de Londres, para venir a caer luego en la red tan hábilmente tendida por el gran Flaxman Lorr.

Ante él se encontró una cajita de metal con un ungüento obscuro y clavado en un dedo una punta de acero, única arma que pudo esgrimir contra sí mismo para escapar a la justicia.

Después de ésto, el pesquisante se retiró dejando ancho campo de acción a la policía. Esta descubrió más tarde un subterráneo hábilmente disimulado, que partía desde el dock hasta la callejuela en la cual se abría la puertecilla del jardín.

¡CAYÓ PIEDRA!



—¿Y cómo te encuentras hoy?
—Hace un rato estaba bien, pero desde que has venido siento un gran peso en el vientre.

Pepín ha vuelto... Pepín se va

Por Abilio Gutierrez

—¿Sabes? Volvió Pepín.

La mujer dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo. Palideció su rostro y se perdió su vista hacia el horizonte lejano.

—Volvió Pepín. Y ha vuelto rico, hecho un gran señor. Está en Oviedo. Lo han visto ayer, en su automóvil. Está joven. Es el mismo guapo mozo de siempre... ¿No te acuerdas?

—Sí, sí. Acuérdome.

Seguía su mirada fija en la lejanía. Recordaba los años idos. Desde que se fué Pepín, ¿qué días claros hubo que ella gozase plenamente? ¿Qué recuerdos felices dejaron las horas al resbalar por su vida? Pepín había vuelto... Era el tiempo que se había parado, el reloj inmenso de la eternidad volviendo a señalar la misma hora, el mismo minuto doloroso de la partida. Ella le había dicho: "Quédate aún". Y él le había contestado: "Ya no puede ser. Esto ya no tiene remedio".

Volvieron las dos mujeres con las nenadas sobre las cabezas. Angeles, al separarse, le dijo:

—Vamos, mujer... Parece que te acuerdas demasiado de Pepín.

—No, no. Aquéllo ya pasó.

Pepín llegó al siguiente día en su automóvil imponente. No había cambiado nada. Era el mismo su aire petulante, que ya tenía "entonces" en la aldea. Pero no era Pepín. Era don José.

Don José y Nieves encontráronse junto al arroyo que alguna vez escuchó su diálogos de rapaces, diálogos llenos de esperanza y de promesa. Les rodeaba gentes del pueblo que espiaban con curiosidad todos los destellos del drama que iba a traslucirse en aquel encuentro. Ninguno de los dos experimentó el menor sobresalto al verse. Tanto se habían hecho a la idea de encontrarse de nuevo y de continuar la conversación interrumpida siete años antes.

—Te veo guapa, Nieves.

—¿Aún me cortejarías si fuera una rapaza?

Pepín desvió la vista, y la respuesta.

—Ya sé que te casaste.

—Sí. ¿A qué vamos las mujeres más que a eso?

—Mucha prisa tenías, rapaza...

—¡Quién sabe!... O muy poca esperanza.

Callaron los dos un momento. Fué Pepín el que rompió el silencio:

—¿No tenías la esperanza de que yo volviera?

—Déjalo Pepín..., deja eso. Ya ves... No tiene remedio.

Por el alma del "americano" pasaron en un segundo todos los recuerdos amontonados allí por los años. Desde el momento de poner el pie en la caballería que había de llevarle a Gijón, hasta este entrar en su aldea donde casi era un extraño. Sólo la vista de aquella mujer le recordaba la invisible ligadura que le ataba a la tierrina... Ni saber lo de la boda pudo romperla. Y ahora sí que no había remedio. El tiempo se había parado. Allí estaba el mismo arroyo, que más abajo enturbiarían los minerales de carbón, claro y cantarín. La pomarada, como un tapiz extendido bajo los cerros cercanos, era la misma, reverdecida y nueva en cada primavera. La encina grave y austera que dió sombra augusta a su idilio, allí permanecía agarrada a la tierra, inmóvil, extendiendo la fronda de su hojarasca y los menudos puntos de sus frutos. Sólo ellos no eran los mismos: el hombre y la mujer. Aquel silencio abierto en su conversación era la distancia enorme, inmensa, de siete años, el abismo infranqueable que les hacía verse con una vaguedad de lejanía.

Unas voces infantiles rompieron el encanto.

—¡Madre, madre!

Eran dos rapacines que se abrazaron a las rodillas de Nieves, y miraban con curiosidad al hombre que hablaba con su madre.

Y a Pepín le tembló la voz al preguntar:

—¿Estos son tus hijos, Nieves?

—Sí, estos son mis hijos. ¡Hijos de mi alma!

Pepín tendió sus brazos hacia ellos. Los niños se abrazaron con más fuerza a su madre y rompieron a llorar. El quedó como estático contemplándolos. No supo ni darles dinero. No se atrevió a insistir en el abrazo. Los niños siguieron con su lloriqueo.

—Adiós Nieves—dijo por último el "americano".

—Adiós Pepín; hasta que vuelvas.

Y así terminó el encuentro.

No hubo atisbos del drama, que esperaban aquellos rústicos. Y el drama había encendido durante diez minutos a aquel hombre y aquella mujer. Una llamarada les había cegado y les había desvanecido en la contemplación de su gloriosa juventud de antaño, y su impotencia de ahora para deshacer lo que el tiempo implacable había hecho.

Pepín partió aquella misma semana. En la cubierta del barco respiraba a pleno pulmón. Pronunció para sí estas palabras:

—Pepín se va...

Se iba otra vez solo; más solo que antes... Sintió que se le enturbiaba la vista. Pasó el pañuelo por los ojos. Y como si hubiera arrastrado a la vez que las lágrimas el recuerdo penoso, volvió a erguirse y comenzó a caminar con su eterno aire de petulancia...

Palomas con diadema

Esta ave es el gouza, que habita exclusivamente en Nueva Guinea y en las islas vecinas. Su color es de un bonito azul pizarra, con diferentes bandas obscuras o blancas, y en éstas bandas se caracterizan especialmente las especies. Su cabeza la adorna una media diadema de plumas largas y fuertes, y algunas veces separadas unas de otras, o bien algo juntas.

El gouza que aquí describimos es el de Victoria; habita en los islotes próximos a esta gran isla.

Como todas las palomas, los gouzas tienen el cuerpo grueso y pesado, las alas largas y redondeadas, las patas cortas, con todos los dedos al mismo nivel y pico duro, pero algo blando en la base, donde se encuentran los orificios nasales. La hembra no se diferencia del macho más que en ser un poco más pequeña. Viven en pequeñas bandadas y se alimentan de granos, frutas e insectos.

Durante el calor del día se echan en la sombra con las alas y la cola extendidas, para tomar el fresco, igual que suelen hacer las gallinas y algunas aves domésticas.

El grito habitual de los gouzas es una nota prolongada y fuerte como el sonido de una trompeta. Su nido es una plataforma construída con juncos gruesos, y no contienen casi nunca más que un huevo de gran talla. Las crías nacen ciegas y desprovistas de plumas, y sus padres las cuidan con solicitud durante un gran tiempo.

La carne de los gouzas es un plato delicado.

Todos los ensayos para aclimatarla a Europa, como ave doméstica, han fracasado.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

EL ÚLTIMO ESTRENO DE LA PAGANO

El cronista gusta del comercio con gentes elegantes, educadas, finas, distinguidas. En otro tiempo, ha sido cronista social y asistió a reuniones, bailes, casamientos, etc. Un día, harto de anotar nombres de damas y caballeros y de calzar el guante blanco, trocó la crónica social por la teatral, cambio que no le dió mucho trabajo, pues se reducía a modificar el lugar de la representación...

Pues bien. Escuchando la última comedia que estrenó la compañía de Angelina Pagano para cerrar su temporada del Liceo, nos sentimos transformados de nuevo en cronista social. El discreteo con que se inicia la pieza, se prolonga hasta la última escena y fué tal la impresión de reunión mundana que nos dieron sus tres actos, que sacamos nuestro lápiz y empezamos a anotar los nombres de los novios... Tres son las bodas que se conciertan en "Jugando con lo imprevisto", que tal es el título de la comedia que comentamos, y, por lo tanto, el asunto es de todo punto interesante... del punto de vista social. Pero ahoguemos un instante al cronista social y dejemos hablar al teatral. ¿Por qué se producen esos casorios? ¿Qué circunstancias los originan? ¿Qué conflictos se presentan, desarrollan y resuelven en la pieza del señor Enrique Prins? En vano nos repetimos las preguntas, una, dos, diez veces. No tienen respuesta. Todo está expuesto con tintes crepusculares en "Jugando con lo imprevisto", y estamos por creer que el autor, como los futuristas, atribuye a su pieza un conflicto y una solución, pero admite muchas otras...

No hay un plan, una idea clara, un desarrollo lógico en la obra, que se limita a una larga charla entre personas "muy bien educadas que no quieren contradecirse". Como en los salones, se conversa amenamente de cosas triviales; los hombres, viejos y jóvenes, galantean a las chicas y a las viudas; éstas coquetean como les parece mejor, siempre a la caza de marido, y tres de ellas obtienen éxito... He ahí todo.

"Jugando con lo imprevisto" no resiste al análisis. Sólo ofrece una cosa clara: su obscuridad. Los personajes todos son idénticos o muy parecidos, tanto que se confunden entre sí. Cabe reconocer, empero, que está pulcramente escrita y que sus diálogos se aproximan a la espiritualidad.

"EITEL VON KAMMERAT", DE ENRIQUE QUEIROLO, EN EL SARMIENTO.

No es precisamente una novedad en los procedimientos de nuestro teatro, la presentación de un tipo más o menos pintoresco que sirva de protagonista para una trama inocente en la que los acontecimientos no tienen otro valor que el de crear situaciones propicias para que el personaje central hable un castellano chapurreado y proceda con ingenuidad y torpeza o con disimulada astucia, según convenga a la psicología atribuída al mismo por el autor. Esta clase de obras, que tanto han perjudicado a nuestro teatro, siguen constituyendo un patrón muy socorrido, especialmente cuando son escritas para determinado actor que tenga acreditada la facilidad en la composición de maquietas. Tales producciones suelen tener por lo general un éxito, cuando menos, discreto, porque lo que le falta de interés al argumento y de ingenio al diálogo, lo suple la gracia personal del cómico, más fácil y efectista para públicos sencillos y tolerantes, deportistas de la risa fisiológica.

"Eitel von Kammerat" entra de lleno en la categoría enunciada. No se han exagerado en ella los recursos grotescos y aún por momentos parece que se hubiera tratado de darle ciertas pretensiones de comedia, pero esa misma relativa honestidad del autor perjudica al éxito definitivo de la obra, porque el público induce del título y espera del protagonista una comicidad hilarante que nunca puede obtenerse por procedimientos que no sean los propios de esas obritas escritas únicamente para hacer reír a expensas de todo lo demás.

Va sin decir que el conjunto que acaudillan los hermanos Ratti puso en escena la pieza con gran habilidad, sacando de ella todo el partido posible. Son elementos bien disciplinados y muy fogueados en este género de trabajos. La obra dejó una impresión agradable, pero no divirtió lo que se esperaba. A consecuencia de ello, presentimos que el Sarmiento volverá pronto a su mecánico turno de estrenos.

"POR UNA MUJER", DE ANTONIO PASO Y EMILIO GONZALEZ DEL TORO, MÚSICA DEL MAESTRO LAMBERT, EN EL AVENIDA.

Corresponde esta pieza a la serie de las que se están estrenando en España, respondiendo al intenso movimiento de renovación de la zarzuela. Como en casi todas las obras, el libreto no responde a la importancia de la partitura. Los autores de la letra se han preocupado únicamente de proporcionar oportunidades al músico para desarrollar motivos líricos adecuados al ambiente, lográndolo a expensas del interés y del valor literario de la fábula. A pesar de todo, no se justifica este fracaso de los libretistas, puesto que la obra sólo cuenta con escasos números musicales que en ningún modo puede decirse que hayan constreñido su inspiración y aun en el caso contrario no puede aceptarse esta subordinación tan absoluta en piezas de un género en el que deben equilibrarse razonablemente la parte hablada y la musical.

Es lástima que por la circunstancia expresada, no obtengan todo el relieve que merecen los números musicales del maestro Lambert, quien ha hecho un verdadero derroche de inspiración, consiguiendo dar una acertada impresión de ambiente que, en cada trozo, vale más que toda la letra de la obra.

La interpretación, muy acertada, mereciendo mención especial la tiple Asunción Pastor y los actores Casenave y Hernández, así como los coros que estuvieron irreprochables.

NOVEDADES EN EL MAIPO

No es una novedad para nadie que una de las figuras más simpáticas del teatro de la calle Esmeralda, de la calle Esmeralda y de cualquier calle de cualquier ciudad, es Gloria Guzmán, ese bomboncito que canta como ángeles, sonríe como las rosas y mira como las palomas torcaces, pero tal vez lo sea para muchos que la primera actriz del Maipo celebrará pronto su beneficio con el estreno de una nueva revista titulada "Abajo los hombres". Desde luego se advierte la influencia de la Guzmán, que ha logrado el milagro de renovar el cartel del Maipo, donde las dos obras que vienen corriendo desde hace tiempo parecían tener asegurado el monopolio de la temporada. Por lo demás, otra novedad es el título de la nueva revista. Nos extraña que Gloria haya aceptado ese título para su función de gala, pues no tiene motivos para quejarse de los hombres, pues son ellos los que le llenan el teatro todas las noches y la vienen aplaudiendo con entusiasmo. Pero, en fin, si ella lo quiere, por lo menos respetaremos su capricho la noche de su velada y gritaremos con todas nuestras fuerzas: "Abajo los hombres". Pase no más, Gloria.

NUEVO SAINETE VIEJO EN EL APOLO

La compañía de Vaccarezza estrenó "El arca de Noé", de los hermanos Alberto y Mario Rada. Se trata de un sainete nuevo lleno de vejeces. El asunto ha sido bien desarrollado, pero los tipos, algunos de los cuales harto vistos en piezas de género, no consiguen por falta de color característico y de perfiles claros, dar la sensación de ser judíos sino por su ropaje. Su verba y su manera de actuar son patrimonio de cualquier raza. El ambiente no ha sido observado y de ahí que la pintura no sobresalga. Tanto los personajes como la forma en que se desenvuelve la acción, hacen pensar en los primeros sainetes de Pacheco, es decir, el viejo sainete criollo, pero carente en el caso de "El arca de Noé", del vigor y veracidad necesarios para dar la impresión de la realidad copiada.

Lo más destacado en esta obrita, es la parte festiva, que es la que parece han cuidado más los autores, prescindiendo de lo demás.

La interpretación fué eficaz por parte de Cicarelli y Rosingana, dos actores empeñosos, debiendo también ser nombrados Corsini y las señoras Bernal y Rinaldi.

TERMINÓ LA TEMPORADA DEL NUEVO

Puso término a su actuación en el Nuevo, la compañía que encabeza el notable actor Roberto Casaux.

La temporada se inició con "Trifón y Sisebuta", de Enrique García Velloso, y se clausuró con "El sabio de la familia", de Adelardo Fernández Arias y Ricardo Hicken, piezas carentes de valores estéticos por completo. La primera, merced a los dibujos que hace años se publican en un rotativo, tuvo un éxito de público, un éxito de curiosidad más que nada.

Pocas obras son dignas de ser recordadas en este momento de balance de la temporada. La mejor fué, sin duda, "Terco como una mula", de los señores Rogelio Cordone y Carlos Goicoechea, que fué bien recibida por la crítica y se representó cerca de cuarenta veces. En cuanto a la peor, no sabríamos a cuál señalar. Tantas se disputan el premio...

TEMPORADA DE VERANO EN EL IDEAL

Puede permitírsenos la alteración del almanaque, al anunciar como veraniega una temporada que por el momento no es ni puede ser más que primaveral. Sin embargo, si se tiene en cuenta el abusivo calor reinante se explica la confusión que voluntariamente hemos padecido.

El conjunto a que aludimos debutó en los últimos días de la pasada semana, acaudillado por Tomás Simari y Carlos Morales, anunciando espectáculos de la clase del último actores nombrados y tal vez también de la del primero, porque los avisos anuncian que los espectáculos son "morales para familias", y así, si lo de morales corresponde al segundo, lo de para familias suponemos que corresponderá al primero. Las obras del debuto han sido "Gente alegre", de Sargenti, y "Puerto Nuevo", de Botta y De Bassi, las que comentaremos en el número próximo.

POR TODO LO ALTO

No se trata de una estocada en la plaza de toros de Madrid, ni del vuelo del aviador Casagrande. Nos referimos al repertorio que está usando el actor Acchiardi en su actual temporada del Smart. Nada de autorcillos más o menos discretos. Se ha remontado a las nubes y no lo hace por menos de Suderman, Sarment, Francis de Croisset, Marquina y otros ases universales, entre los que no figura Ibsen porque Gómez lo dejó como para que descanse en paz durante una larga temporada. Lejos de parecernos censurable esta actitud de Acchiardi merece todo nuestro elogio, ya que se trata de presentar espectáculos nobles que encaucen el gusto del público por buenas sendas. El conjunto que actúa en el Smart es muy discreto y equilibrado, lo que le permite dar versiones sumamente aceptable de las obras que representa.

LA NUEVA TEMPORADA DEL ARGENTINO

No reclama un largo comentario la presentación de la compañía organizada por don Adelardo Fernández Arias para realizar una "season" primaveral en el Argentino. Se trata de un conjunto apenas discreto, cuya principal figura es la actriz Carmen Méndez, conocida y estimada por el público.

Las obras del debut, "El hombre, la bestia y la virtud" y "Las mujeres de Abraham", son de género distinto. La primera, original del famoso autor italiano Luis Pirandello, vertida al romance por los señores Enrique Gustavino y Rafael López Cárdenas, es una suerte de "pochade", preñada de sangrientas ironías respecto a la virtud femenina y no exenta de situaciones escabrosas, suavizadas por un diálogo ingenioso, como los que suele ofrecer el nombrado escritor en casi todas sus obras. Es graciosa la pieza y su mayor interés radica en los dos últimos actos.

"Las mujeres de Abraham", original de los vodevilistas franceses Mouezy-Eon y Gandera, consta de tres actos breves, y ya más que al género realista pertenece al género libre, por el atrevimiento de las situaciones y el desenfado de los diálogos.

El público que acudió en escaso número al debut de esta compañía, prodigó su aplauso a la señora Méndez y actores Passano y García Carabá.

El cartel ofrece actualmente "El burlado magnífico", farsa del poeta belga Crommelynk, que nos hizo conocer De Rosas en el Cervantes últimamente.

BATACLÁN DESALOJADO

En el Florida terminó la temporada de bataclán y volvieron las "varietés". Otra vez, pues, la canción breve, los juegos gimnásticos, los bailes de toda especie, ofrecerán a los catadores de esa suerte de espectáculos un lugar para "recrearse".

ESTRENO EN LA COMEDIA

La compañía de este teatro ha debido estrenar la revista de gran espectáculo titulada "El país azul", en la que se ha hecho un derroche de lujo, como sabe hacerlo la empresa Rey-Lozada. No sabemos que acogida le habrán dispensado el público. La solución en el número próximo.

SAN JUAN CAYÓ EN VIERNES

El santo evangelista cayó en ese día, según la popular canción, pero el santo actor, es decir, Julio Sanjuán, no sabemos qué día habrá caído en el Mayo, pues en estos momentos sólo se nos informa que ya está al caer. El conocido actor español se propone actuar durante una larga temporada en la que representará comedias y sainetes del repertorio español contemporáneo.

POR LO DE MUIÑO

Después de haber reprisado con fortuna "Un tío con toda la barba", de Sargenti y "El comendatore Lagomarsino", de Rillo y Martinelli Massa, ofrecerá como primera novedad, Muiño, en el Buenos Aires, el estreno de una pieza de Julio F. Escobar titulada "Vicenzino", que oportunamente comentaremos.

LA OLONA AL SAN MARTÍN

Para el 20 del actual está anunciado el debut de la compañía de Concepción Olona en el San Martín. La discreta temporada que realizó en el Mayo, los valores de la distinguida comedianta y del cuadro de comediantes que integran el conjunto, permiten descontar el éxito en el nuevo escenario, salvo que los primeros calores ahuyenten al público.

La Olona se presentará con "El rodeo", pieza de Luis Araquistain, que en España gustó.

¡MÚSICA, MÚSICA!

Esta exclamación nos parece que viene de perlas para comentar la lírica del Marconi, sala actualmente ocupada por las huestes del maestro De Angelis, bajo cuya batuta los cantantes pueblan el teatro de Miguelito de los más agradables agudos y gorgoritos.

Hay que pensar que la estada de esta compañía será larga, si se contempla la gruesa cantidad de gente que asiste a las funciones y la buena versión de las óperas.

Se ha dicho que la música domestica a las fieras y el público es conocido por una fierecilla susceptible de ser domada...

DAÑO BENÉFICO

La agradable pieza de Oscar R. Beltrán, que últimamente estrenaron en el Nacional, ha resultado un buen éxito. "El daño" resulta sumamente benéfico para Carca y para el autor. De donde se intuye que hay daños que no son perjudiciales, por lo menos en el reino de Talía.

Beltrán ha pisado con buen pie al hollar por vez primera los umbrales de la catedral del género chico, y como se trata de un escritor laborioso, este éxito no ha de ser el último.

DE ROSAS DEBUTÓ EN BARCELONA

El telégrafo nos hace saber que el inteligente actor que por segunda vez efectúa su cruzada artística por el viejo mundo, ha debutado en el teatro Goya de la ciudad condal, con un lleno completo. Era de esperarlo. De Rosas triunfa en todas partes.

PAONESSA, EN TRES ARROYOS

El conocido actor que viene realizando una jira artística por la provincia de Buenos Aires, actúa en Tres Arroyos con el mejor de los éxitos. Diarios de la localidad nos hacen saber que Paonessa atrae mucho público a la sala del teatro Español y los cronistas destacan la labor del nombrado comediante y de la primera actriz, señora Antonia P. de Ispizúa, sin dejar de reconocer que el cuadro de actores es muy discreto en conjunto.

Prepara la compañía el estreno de una obra de autor local, titulada "La vuelta del perro".

CASINO

La lucha greco-romana por el campeonato está en su momento álgido y el público, comprendiéndolo así, asiste en grueso número a los espectáculos de esta sala.

Por lo demás, en las otras secciones actúan los artistas de varietés recientemente arribados de Europa y que revelan interesantes habilidades.

GRAND SPLENDID

Nos parece innecesario repetir el interés que despiertan los espectáculos cinematográficos de esta hermosa sala, de indiscutible prestigio entre las gentes de la alta sociedad porteña. Basta consultar la sección social de nuestros rotativos más importantes, para apreciar quiénes son "habitués" de este cine.

Recordamos que una gran orquesta ameniza los entreactos y que los viernes las veladas son de moda.

CAPITOL

Es este acreditado cine se vienen realizando las funciones con numeroso público calificado, que sale bien impresionado de las cintas que ofrece la empresa, siempre cuidadosa del prestigio de la sala.

En la semana en curso, han de exhibirse películas verdaderamente admirables.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos - Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA



Un postre delicado para su mesa

A la hora de los postres, sorprenda agradablemente a su familia con un manjar delicado y grato como las deliciosas Tortas Bágley, rellenas de frutas escogidas. Los suyos ponderarán su acierto y le pedirán que las vuelva a servir pronto.

Las Tortas Bágley, en sus cuatro deliciosos gustos, se elaboran esmeradamente en las más modernas condiciones de higiene y con los mejores elementos seleccionados. Su envase **cerrado al vacío** las conserva durante tiempo indeterminado fresquitas y apetitosas como si recién saliesen del horno.

Con el te de la tarde son también riquísimas.



BIZCUELOS Y VAINILLAS BÁGLEY

En la elaboración de estos dos excelentes productos, entra—además de leche pura, harina flor y azúcar fina—el mayor porcentaje de huevos fresquísimos. Con un vaso de leche pura son insuperables.

Son muy deliciosos y nutritivos.

Vea que no falten en su despensa

TORTAS

VALENCIA · **Bágley** · FAMILIA
GUINDA · · GENOVA



La garantía de Bágley incluída en cada uno de los envases de Tortas Bágley, asegura su alta calidad y pureza absolutas. Cualquier Torta Bágley que no satisficiera, será inmediatamente cambiada por otra.